



Tehura



nº 6

REVISTA TEHURA
CREACIÓN, FILOSOFÍA, ARTE, POLÍTICA, SOCIOLOGÍA...

Revista Tehura: número 6, 2013. ISSN: 2254-0830

Edita: Tehura Asociación Cultural Iberoamericana. CIF: G85191617

Comité de Redacción

Director: Darío Barboza Martínez

Secretario: Antonio Heredia Fernández

Vocales: Mariana Gema Sánchez Hernández, Santiago Úbeda Cuadrado, Nicolás Gálvez Montaña, María Ángeles Rubio García, Eva Petruzzi Villén, Andrea Bani y Daniel GriloDaniel Grillo Bartolomé.

Diseño: Gerardo Weiss

Dirección postal: Paseo del Rey, nº 18, bajo A. 28008 Madrid, España

Tel: 913559140

E-mail: tehura@tehura.es

Página Web: <http://www.tehura.es>



Esta obra está bajo una licencia de [Creative Commons Reconocimiento, No Comercial, Sin Obra Derivada. 3.0 España \(CC BY-NC-ND 3.0 ES\)](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/)

Términos de la licencia: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/>

SUMARIO

Presentación		5
Mientras los vasos paralelos	NARRATIVA	6
Carlos Mamonde		
Amigos del alma.		9
Mariela Salaberry		
Caballos		11
José María García Pérez		
Mañana de lunes		15
José María García Pérez		
Ultimario		20
Martín Llade		
Armando y el buda de la India		27
Martín Llade		
Poesía	POESÍA	46
Miguel Velayos		
Crítica al sujeto del historicismo en Walter Benjamin	FILOSOFÍA	49
Darío Barboza Martínez		
La sogá de Alfred Hitchcock	CINE	63
Nicolas Gálvez Gutierrez		
Éloignement	POLÍTICA	67
Antonio Heredia		
Vinilo de corte	ARTES Y OFICIOS	71
Rotupia		
Oda a las Malvinas	DE LIBROS	76
Pinturas	PROPUESTA GRÁFICA	
Eva Petruzzi Villén		
Pinturas que ilustran las páginas interiores e ilustración de portada		
Fotografías de trabajos en vinilo		
Rotupia		
Fotografías del dossier y de contraportada		



Presentación

Presentamos el número seis intentando continuar cumpliendo con la necesidad de estar reunidos y siempre tratando temas de interés que puedan seguir sumando a tantos “cualquiera” que desconocemos, pero que es ese “cual” que “se quiere” (según escribió Giorgio Agamben).

Aquí preferentemente hemos abundado en bloques de narrativa, tal vez por no dejar de obedecer al pensamiento borgeano que destaca al cuento como ese breve espacio que desde la literatura se intenta sustraer de “el tiempo”. **Carlos Mamonde, Mariela Salaberry, José María García Pérez y Martín Llade**, sostienen esta aventura.

La poesía cumpliendo su primordial cometido de arrebatarse su normalidad a las palabras está bajo control de **Miguel Velayos**.

Una aproximación al ensayo sobre Walter Benjamín la expone **Darío Barboza Martínez**.

Nicolás Gálvez Gutierrez se ocupa de comunicarnos su perplejidad cuando una vocación de “ser estético” se propone justificar al crimen en “La sogá” de Alfred Hitchcock.

Antonio Heredia, en “Éloignement” expone un agudo extracto del segregacionismo oficial francés.

El diseño en “Vinilo de corte”, de **Rotupia** ajusta la relación entre materiales, forma y uso, ponderando al “vinilo” por su bajo costo y por sus propiedades plásticas.

El sostén gráfico del número seis de Tehura está a cargo de **Eva Petruzzi Villén**.

Mientras los vasos paralelos

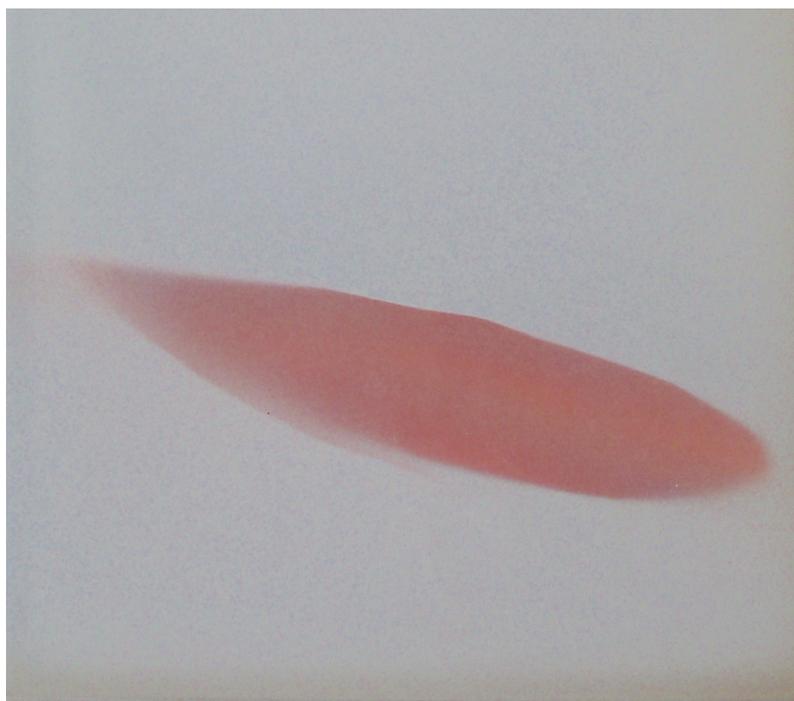
Carlos Mamonde

Ilustra: obras de Eva Petruzzi Villén

Cuatro o cinco horas (desde el atardecer) llevo sentada, en silencio, junto a su cama. Él respira, evidentemente; pero sólo respira. No duerme. Está desapareciendo detrás de los tubos. Toco su mano helada. Miro mi reloj: he tardado nueve minutos de contacto para calentar su mano con la mía. Su mano que ha virado del gris a un leve rosa pálido. Si rozo su otra mano, cercana también y también sobre su pecho... puedo palpar lo gélido, lo que huele a catacumba y olvido. Miro mi reloj otras muchas veces, obsesivamente. Escucho su corazón encerrado cómo le golpea el tórax. Tengo sed.

Me han dicho, me han solicitado, que intente hablar con él. ¿Cómo puedo establecer contacto con palabras?...él, tal vez, pueda oírla, me han dicho sin embargo...Taxativamente han dicho "usted debe hablarle"...no han mencionado un diálogo; alguna eventual respuesta: "háblele" me han dicho, no me han dicho "converse" o "comuníquese". Será que establecer un tejido de palabras, un nudo entre ambos, no es algo que ellos crean previsible. Ni sus manos rígidas (ni su lengua rígida, como una imagen santa y muerta en el oscuro templo de su boca) pueden ya tejer o destejer nudo ninguno. Pero yo hablo, mientras la gran espera. Monologo. Y pienso que debo levantarme a beber agua.

Mientras, le cuento banalidades de lo banal de ir respirando a su lado. Tengo sed. Pienso que, bajo la sábana, respiran sus células; sus dendritas, sus núcleos, sus terrores...y que se expanden las membranas más leves con el aire forzado del respirador...y hay anticuerpos ¿existirán acaso? que luchan ciegamente; y así nacen y mueren, suman ya millones en estas horas que llevo en silencio a su lado. Está lleno de vida ese cuerpo que pareciera muerto. Está lleno de líquidos que fluyen como torrentes en el silencio de sus arterias y vesículas. Está su lengua llena de palabras no dichas, que me buscan en la noche que empieza. Está su sexo roto esperando el calor de mis piernas. ¿Por qué pienso estas imágenes que solicitan vida y más vida? ¿Es tal locura intentar organizar el ruido de la mente?. Ese ruido en mi cráneo, a una infinita distancia de no más de un metro de su cráneo...silencioso y cegado, vuelto arenisca seca que erosiona toda cosa...y persona; sentada aquí, pensando sin detenimiento en una corriente espesa y veloz que no para y me come el aliento...y así como yo no puedo detener mi pensamiento, acaso él no puede detener la percepción y afectos de sus células más íntimas; en medio del silencio absoluto. Y todo lo que no detiene, precipita. Así marcha a volcarse el río en el cubil helado de ávida muerte.



¿Escuchas mi cháchara sin fin...palabrería de mi desespero a tu lado? Acaso escuchas como a mí me gustaba hacerlo, cuando volvías a casa, al final del día, final de tus tareas, de tus clases...”hoy hemos comentado un diálogo platónico” o “hemos hablado del sinsentido de la muerte... es decir de su sentido”, etc. etc. ¿Crees que logré que se interesaran por el misterio, por el “agalma” –el misterioso y brillante anillo, apenas entrevisto-de Sócrates?...¿es la muerte el más intenso brillo del “agalma”...la joya que muestra y se oculta?. Esa metonimia que recorre los siglos...

Y yo ni siquiera intentaba responderte... qué decir acaso...aislada como estaba en mis propias rutinas de la arquitectura: crear desde lo

imaginario, dibujar interiores, levantar alzados de fachadas...meditar sobre torsiones del espacio. Las tuyas eran formas verbales...las mías, formas de objetos y elementos soportando vacíos y simulando vacíos. Todo esto ocurrió antes de la enfermedad, lo sé. Porque, de pronto desapareciste...en la succión de un vacío mayor, inexpugnable y de avidéz incesante.

De todo esto te he hablado hoy, mientras te observaba hasta sentir a mis ojos como luz que declina y duele, hasta ser huecos de niebla de donde no salen formas, ni sonidos, ni nada. Tengo sed...mucha. Pero no me atrevo a dejarte sólo. ¡Qué estupidez, como si pudieses ausentarte o hacerte daño con un movimiento brusco...o sentir la soledad y el silencio!. De todo esto te hablo mientras te miro, como fascinada ante una fiera de ferocidad inédita y destructora de todo lo cierto y verdadero. Mientras te observo, escucho tu mortal disnea...por momentos, cuando el respirador pareciera también entrar en pausa, la pausa del cansancio de los metales inertes. Y ahora tu mano ya ha disipado mi temperatura de contacto...y retorna hacia el hielo que hiere.

De todo esto te he hablado hoy...mientras te observo –mortal y respirando- y siento tu mano regresando hacia el frío. Tengo sed. Y no me escuchas. Nuestro diálogo se fue en su carro de cenizas, entre palabras huecas. El aire de la habitación se ha vuelto del color de la cal y resplandece en la tarde que huye. Es el color de su carne. ¿Huye su carne por todas sus cavernas?. Su columna vertebral se distiende como un arco vencido en una arquitectura falaz. Su voluntad ya no me escucha. Toda célula y cualquiera se desordena ya en su núcleo central... como un puñado de arroz bajo la lluvia. (Esta última frase es suya...de un viejo poema suyo. ¿Sentirá él que yo lo cito...que, con pavor, yo lo cito?).

Finalmente, he decidido abandonar la silla para buscar una botellita de agua en la cafetería, de la que tengo un presentimiento. Me asomo por la puerta de su habitación hacia un pasillo sin límites. Ya todo está pintado por la noche. Cuando mi torso y mi cabeza se asoman al espacio, un sensor automático ilumina –en un estallido silencioso- decenas de puntos de luz fría, a lo largo de las sombras y las puertas. Me tranquiliza esto...pero al mismo tiempo me detiene: ¿en todos los pisos del hospital habrá ya el mismo vacío y su negrura? ¿la misma soledad desbordando los ascensores?. Tengo un poco de miedo y decido no salir.

Procuraré beber agua en el cuarto de baño. Si no encuentro un vaso limpio en su funda de plástico...beberé con el cuenco de la mano. Al retornar a mi asiento, veo en la débil luz filtrada que hay un vaso lleno de agua y al alcance de mi mano. Está –ha estado todo el tiempo- sobre la mesilla. ¿Lo habrán dejado para él? Pero a quién podría ocurrírsele, entre estos profesionales, semejante cosa...si él no puede beber, no puede tragar...si él se hidrata por la perfusión de los tubos. Nadie pudo pensar aquí en ofrecerle un vaso de agua, como a un animal sediento pero ágil. ¿Acaso he sido yo misma en los desmayos de la razón? ¡Qué torpe compañía que estoy siendo!.

Entonces, me decido a beber de ese agua quieta. Aunque fantaseo – durante un breve instante- con la idea morbosa de que si poso mis labios donde él hubiese bebido...me contagiaré con el mal. Pero todo es absurdo: no hay amenazas para mí; ni de microorganismos ni de virus. Él se ha hecho con su propia amenaza retorciendo sus células específicas. ¿Él ha construido su propia versión del mal en un retorcimiento imprevisto de su deseo?

Pudiera ser, tal vez. Ambos sabemos ya que la existencia es breve, pero el deseo es infinito...e incognoscible.

Me pongo de pie y estiro un brazo hacia el agua brillante. Siento el estremecimiento de toda mi carne cuando el líquido, insólitamente helado, me penetra como estoque hasta el alma y los lugares del deseo. Tiemblo y siento un vértigo súbito que me obliga a volver a la silla. Pero, en el momento fugaz en que estuve de pie, pude acechar en la penumbra toda la latitud de su cuerpo, abandonado a su mecánica de inspiración y expiración.

Recuerdo ahora nuestros primeros diálogos. Recuerdo el pavor y la incoherente alegría con que comprendimos –al unísono- que el deseo es como una tenia inmortal que se regenera de fragmentos infinitesimales.

Sin saber muy bien qué hago ni por qué...comienzo a quitarme ropa; hasta mi total desnudez. Marcho hacia él, entonces, y me retrepo en la alta cama. Con mis hombros y brazos rozo sus manos gélidas...pero mi cuerpo desnudo comprende rápidamente que su torso, sus caderas, sus piernas aún fuertes...son un territorio que arde.

Entonces acoplo íntimamente mi cuerpo a su forma. Y, poco a poco, la corriente de mis células entra en los laberintos de las suyas. Y se abre el conmovedor instante cuando, entre lágrimas, comienzo a comprender.



Amigos del alma

Mariela Salaberry

Ilustra: obras de Eva Petruzzi Villén

Nosotros somos de lo más grande que inventó la humanidad. Para cualquiera, aunque muchas veces se olvidan. Además, nadie puede imaginar lo que fue nuestra vida, llena de peripecias y aventuras. Hubo períodos de calma sí, pero para recuperar fuerza. También épocas de doloroso abandono.

Voy a contar solo dos momentos de los más memorables.

Un día nuestro primer dueño nos regaló a un hombre de quien era amigo del alma. El tipo, apenas entró en contacto con nosotros, no nos dio tregua. Transmitía un estado de excitación permanente que tardamos en comprender. Nos sacó como chicharra de un ala a tomar un taxi y después un avión. Diga que nosotros somos flexibles y comprensivos así que no le ocasionamos ninguna molestia. Muy por el contrario, le prestamos un gran servicio.

El viaje fue largo y en el avión nos abandonó. Por suerte pasamos una noche tranquila. Pero a la hora de bajar nos volvió a agarrar y otra vez se puso eléctrico. No se quedaba quieto ni un segundo.



Mucho tiempo después nos enteramos que habíamos viajado de Montevideo a Madrid.

En Madrid, salvo contadas ocasiones, se olvidó de nosotros. Vivimos encerrados en un placard. Como el apartamento era chico nos entreteníamos oyendo las conversaciones, música, ronquidos, quejidos y otros ruidos que mejor no nombrar, aquellos cotidianos que los humanos esconden por puro pudor. Llegamos a conocer sus más íntimos secretos.

Pasó mucho tiempo, no podríamos decir cuánto. Hasta que un día apareció otro amigo de este hombre. Como iba para Cuba, además de remedios, parches de bicicleta, palmetas para matar moscas, ropa de esa que en Europa se tira nueva, marchamos con él a la isla.

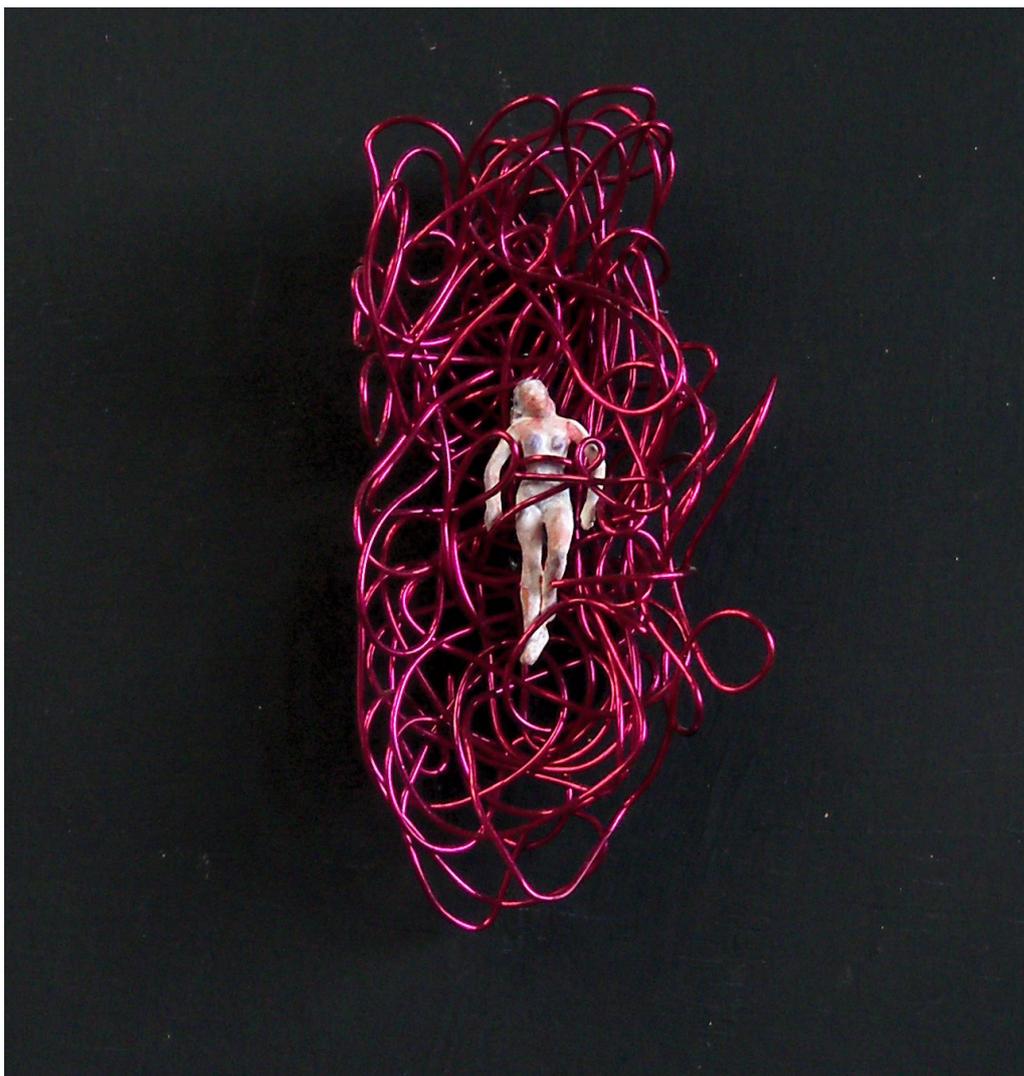
Cuando el otro nos regaló, le dijo al que se iba para Cuba:

-Tomá, lleváelos. Sólo me traen malos recuerdos.

-Un verdadero desagradecido resultó ser el tipo.

En Cuba pasamos a ser propiedad de un clarinetista cubano que tocaba en una boñite. No parábamos al son del jazz, los danzones y habaneras. ¡Eso sí que era vida! Siempre dispuestos, descubrimos el mundo de la música.

Dejó de interesarnos quien nos usaba. Porque la música, esa sí que se convirtió en nuestra amiga del alma. Todas las noches, acompañábamos los pies del instrumentista en sus menores detalles, siempre brillantes, relucientes y tersos por el betún del cuero con el que nos lustraba todos los días. Como corresponde a gente de nuestra categoría.



Caballos

José María García Pérez

Ilustra: obras de Eva Petruzzi Villén

Al ir a coger el tren, en lo que apuntaba ser un nuevo día monótono de trabajo, vio a las seis yeguas y a los dos caballos de Tinín, trotando por uno de los prados donde solía dejarlos pastar por la mañana, mientras que por las tardes solían llevarlos a las afueras del pueblo, en función de la hierba. Aquello no era algo que llamase la atención, si no fuera porque un caballo blanco parecía dirigir a los demás y su ritmo se iba acelerando. Saltaron la valla de alambre de espinos que los separaba del siguiente prado, después un pequeño muro de piedra y, sin perder el paso y aumentando la velocidad estaban no muy lejos de llegar a la vía del tren. Aquella explosión de libertad y ligereza, capaz de saltar por encima de los obstáculos dispuestos por el hombre se le antojó una metáfora del ansia de vida del ser humano, de un anhelo por no estar sometido a unas ridículas fronteras y, por último, del deseo de disfrutar de la naturaleza sin destruirla.

Para desilusión suya, y tal vez salvación de los animales, que a punto estaban de alcanzar las vías, Tinín llegó en su furgoneta a toda velocidad, dando botes con los numerosos baches de aquello que no podía denominarse carretera realmente, casi a la vez que se oía en todo el valle el penetrante pitido de la locomotora, anunciando que en pocos segundos haría su entrada en la larguísima recta en medio de la cual se encontraba la estación desde la que él contemplaba aquella hermosa escena.

Durante toda la mañana en la oficina no dejó de recordar lo que había visto, lo que motivó que tuviera que rehacer tres o cuatro documentos en el ordenador, puesto que “contratos” se había convertido en “con trote”, “obligatoriedad” se había transformado en “pide libertad” y la “Calle Calíope” en “grácil galope”, entre otros errores. En el café se le veía ausente y lo único que hizo en esos minutos de descanso fue un esbozo en la servilleta del bar en el que se podía distinguir los firmes lomos y las largas caballerías de un grupo compacto de caballos corriendo por un lugar que ya no aparecía por el poco espacio disponible en el peculiar soporte del dibujo.

Aprovechando esa misma tarde que Matilde se había ido a comprar ropa para Samuel, por aquello del inicio del curso escolar, Salvador salió de su casa emocionado con su cámara de fotos, dispuesto a inmortalizar a aquellos animales por los que sentía una gran admiración. Para su desgracia, ya no estaban allí, acaso porque



se los había llevado Tinín a otros prados, acaso cerca del bosque tras el que estaba el río Liger. Tras la decepción inicial, volvió sobre sus pasos y tomó varias fotografías de la Rubia y su potrillo, una hermosa yegua que había tenido a su potrillo tres meses atrás. Siguió unos cientos de metros más al sur y llegó al fin del pueblo, donde él sabía muy bien que estaban dos caballos jóvenes, de pelaje claro y proporciones ideales. También a ellos los fotografió, dejando sin ese honor a un grupo de media docena de ponis, que pacían plácidamente cerca de allí, ajenos al desinterés que producían en aquel tipo alto y que vestía completamente de negro.

Por la noche, antes de irse a la cama, y dado que estaban en verano, su hijo quiso ver **Spirit**, una película de dibujos donde un mústang escapaba de los intentos de domarlo por parte de soldados de la caballería y de un simpático indio. La aspiración de libertad va nutriendo a ese caballo hasta que llega a poder vivir en las inmensas llanuras americanas, sin más ataduras de las que se derivan de una joven yegua ala que ha conocido en sus idas y venidas a lo largo de muchísimas millas durante toda la peli. El día se terminaba, de nuevo, con un caballo. Parece que no podía evitarlo: sería cosa del destino.

A día siguiente, en la estación, buscaba con la mirada las yeguas; sin embargo, lo único que pudo ver fue un ternero de pelaje oscuro recién parido, junto a su madre y con las fuerzas y el equilibrio justos para no caerse al suelo. Pocos metros más allá, otra vaca estaba a punto de parir: de hecho asomaban las patas ya y para facilitar el parto la madre se tumbó en el suelo, mirando hacia donde debía de aparecer su cría, pero como la posición no debía ser la más adecuada para ello se tumbó completamente en la hierba húmeda, y poco a poco iba asomando el ternero, que unos minutos después formaba parte de aquel grupo, ante las miradas emocionadas de todos los que viajeros que estaba deseando en su corazón que el tren llegase con el mayor retraso posible.

Una vez en el vagón, empezó a pensar si Tinín dejaría que los potros que fueran a tener sus yeguas llegaran a adultos para emplearlos en las labores del campo o, por el contrario, acabarían convertidos en carne para los restaurantes y hogares de la zona, donde entre las muchas comidas habituales de la zona estaba la carne de potro. Lo cierto es que esas mismas yeguas empezaban a acostumbrarse a la presencia de Salvador, puesto que no en vano lo veían día sí y día no contemplándolas, haciéndoles fotos e incluso con unos cuadernos de tapas duras intentando plasmar con sus lápices la innegable belleza de aquellos animales. En todo caso no pretendía convertir en arte sus pinturas, tan sólo era una forma más de plasmar la pasión que sentía por los caballos, y no le sorprendió en absoluto que Jonathan Swift los escogiera como las únicas criaturas capaces de crear una sociedad civilizada en su famosa novela.

Unos días después del nacimiento de aquellos terneros, Salvador se recogió en su despacho después de comer, sacó un libro de la estantería más alta, y se sentó en el sillón con toda parsimonia. Era un libro de gran tamaño, con un título en inglés **Horses** que ocupaba toda la portada, sobreimpreso en un precioso cuadro de Toulouse – Lautrec. Lo abrió y estuvo más de una hora paladeando el volumen, repleto de reproducciones de gran calidad con imágenes de caballos en todos los lugares imaginables, a lo largo de un largo viaje artístico que iba desde el siglo X antes de Cristo hasta prácticamente nuestros días.

El fin de semana, sacando a pasear el perro, volvió a ver a la rubia y a su potrillo, que él había bautizado como “Pelusa” desde el primer momento, ya que tenía un pelo corto con pinta de ser muy suave. Se paró cerca de muro bajo de piedra, próximo a donde pacían madre e hijo, y éste se le quedó mirando con sus ojos un poco azulados y una mirada que desprendía inteligencia. Y con precaución se le fue acercando hasta quedarse a medio metro.





Salvador miró a la yegua, que no le quitaba ojo, valorando seguramente si constituía una amenaza para el potrillo o no, y se atrevió a tocar primero la cabeza de Pelusa y acariciarlo después. Efectivamente, aquella piel no podía ser más suave y aunque era bastante clara, con el paso de los meses se fue oscureciendo paulatinamente, como descubrió maravillado un tiempo después en otro paseo, tras unas semanas sin haberlos visto. Estaba más alto, sus músculos también eran más fuertes y ya se tomaba el atrevimiento de alejarse más y más tiempo de la protección materna, pero aquella mirada inocente que parecía irradiar confianza en quienes lo veían seguí allí, y ojalá que con el paso de los años no desapareciera nunca, como uno desea que las cosas hermosas duren para siempre, por más que sepamos que cuanto nos rodea tendrá, tarde o temprano, su fin.

Por extraño que pueda parecer, sabiendo su afición a los caballos, le dijo a su hijo Samuel que no era buena idea ir a clases de equitación, respuesta que le dio tras haberse enterado el chico que dos de sus mejores amigos iban a Palacios de la Serna a clase un par de veces a la

semana. Samuel insistió y pidió razones, porque le padre únicamente le había dicho que no sin más aclaraciones. Pero salvador no estaba en condiciones de darlas, entre otras cosas porque él mismo tampoco las tenía: lo que le dijo era lo primero que se le ocurrió, sin pensarlo mucho y sin que, por una vez, pudiera tener detrás, como solía hacer, una reflexión profunda que poder explicar a cualquier persona para defender sus ideas, sus decisiones y sus actos.

Lo pensó un poco y le dijo que no sólo lo apuntaría a él, sino que él se iba a apuntar también. Eso desconcertó al muchacho completamente, porque nunca había oído que un padre se apuntase a una actividad a la que se inscribe un hijo, pero como había conseguido lo que quería, lo aceptó como una extravagancia más de su padre, quizás tampoco de las más llamativas, a decir verdad. Las clases empezaron la primera semana de octubre y se distribuían en dos sesiones de una hora cada una de ellas los martes y los jueves. A Samuel no le costó aprender, de manera que estaba siempre con sus dos amigos, mientras que a su padre le costaba más; no obstante, al ser más disciplinado, no le costó llevar las riendas del caballo que le asignaron, un ejemplar con mucha experiencia ya en doma.

La sensación de los primeas sesiones fue extraordinaria: se subió al caballo y al sentirlo debajo casi tembló de la emoción. Cogió las bridas, se sujetó fuertemente en los estribos y fue picando espuelas despacio, comprobando que el animal obedecía sus órdenes, lo que no era difícil porque era veterano. Ni que decir tiene que su hijo aprendía veinte veces más cosas y veinte veces más rápido, pero eso a Salvador no le importaba lo más mínimo. En su pensamiento estaba el deseo de que en el futuro se convirtiesen en un solo ser, como si de un centauro se tratara. Sin embargo, no lo quería lograr con unos caballos tan adiestrados como eran aquellos, sino con algunas de las yeguas de Tinín, o tal vez con los dos caballos jóvenes, o incluso con la Rubia. Y aquel pensamiento se convirtió en una obsesión.

En el trabajo todo iba de mal en peor: no atendía los pedidos, se notaba que en el teléfono estaba deseando terminar las conversaciones con los clientes y al llegar la hora de redactar contratos, reclamaciones o documentos similares, se pasaba las horas muertas ante la pantalla del ordenador, para sospecha de sus compañeros y creciente enfado de sus jefes. Estaba claro que de seguir así en no demasiado tiempo acabaría en la calle, y una circunstancia así iba ser muy peliaguda de explicar a Matilde. Y eso que ella ya llevaba un tiempo notándolo bastante extraño en casa: despistado, no se podía hablar con él durante mucho rato porque enseguida se aburría y buscaba terminar cualquier conversación, y encima lo hacía saltándose las más elementales normas de educación. No es que antes fuera el colmo de la normalidad, desde luego, pero de ahí a lo que estaba ocurriendo mediaba un abismo. La transformación era tan patente que todos la habían percibido de una forma u otra.

Como el reloj de la estación del último pueblo previo a llegar a Trascampos, atravesado

su cristal por dos rayas profundas, y éstas más mal que bien tapadas por gruesas cintas blancas de precinto de embalaje, así se sentía Salvador, herido, por más que no pudiera o supiese cuál era el dolor o la inquietud que le provocaba aquella zozobra que tan notablemente había alterado su vida. Y la vuelta en tren ya no era un momento gozoso cada tarde, antes al contrario, porque suponía tener que hablar, con los vecinos, con Matilde o con Samuel. Había llegado a una encrucijada y no tenía ni la más remota idea de cómo podría salir de aquel atolladero y recuperar la normalidad, al menos en lo posible.

Aunque le supuso un esfuerzo tremendo, dejó de acudir a las clases de equitación, para tranquilidad de Samuel, que empezaba a estar harto de los comentarios que sobre su padre escuchaba cada vez más a menudo, y que no se limitaban a sus dos amigos en voz baja; estaba ya en boca de los alumnos, de los instructores y de todo aquel que tenía a bien pasar por la escuela de Palacios de la Serna. Y no era fácil quedarse en casa cuando su hijo cogía la equipación y se marchaba, pero no quedaba más remedio si quería recuperar el control de su vida. En casa intentó poco a poco seguir las conversaciones con atención, intervenir de vez en cuando e incluso dejar caer algún que otro chiste de tarde en tarde; es decir, aparentemente recuperaba su vida, aquella vida propia que se había difuminado como si nunca hubiera existido.

Por otra parte, en el trabajo volvió a comportarse como el oficinista gris que todos esperaban que fuese... y que había dejado de ser desde que pasó todo esto, camino iba ya del medio año. La presión de sus tareas se aflojó un tanto cuando empezaron a comprobar que iba "recuperando la cordura", por decirlo en palabras de uno de sus compañeros. Para Salvador, en cambio, era todo lo contrario: la lucidez de su mente, su sensibilidad con la naturaleza en general y los animales en particular... nunca había sido mayor que en ese espacio de tiempo que si breve en el cómputo temporal de los hombres, había igualado a toda una vida para él.

Salir por la mañanas, con el amanecer como único testigo, se convirtió en algo tedioso, desprovisto del más mínimo aliciente. Tampoco los pinceles volvieron a salir de la hermosa caja de madera donde los guardó para siempre; los libros de la biblioteca se llenaron de polvo y hasta de alguna telaraña; por último, la cámara de fotos que había sido inseparable de él no veía el sol en lo que de Salvador dependía, de forma que sólo la sacaba del armario Matilde para inmortalizar alguna de las celebraciones familiares en las que se suelen emplear estos artilugios.

Una mañana, próxima ya la primavera, salió más temprano que de costumbre y se dirigió despacio a la estación, absorbiendo plácidamente los múltiples olores que del campo emanaban bajo el rocío. El sol apuntaba tímido sobre las copas de las higueras del collado cercano y Salvador giró a la izquierda en el cruce previo a las vías del tren. Miró al fondo del valle y allí estaban las seis yeguas de Tinín y los dos jóvenes caballos. No pudo apreciarlo desde la distancia, pero los ocho animales lo contemplaron apenados y empezaron a trotar. Ahora sí los vio y con los ojos seguía aquel movimiento, y conforme se iba acelerando también su corazón se puso a latir más fuerte. En el reloj las ocho: sólo diez minutos para el cercanías. Sin pensarlo salió hacia el camino rural y aceleró el paso al distinguir a los animales dirigirse a las vías a buen paso, junto a la casa de piedra de Pedro Santos. Se lanzó a la carrera directamente sin otra idea más que la de espantar a las yeguas antes de que llegasen a los raíles, sin acordarse de que siempre llevaba su reloj adelantado cinco minutos. Exhausto por el esfuerzo, trató de espantarlos para que no se acercasen al tren que ya había dado señales de vida con su pitido; quedaban cuatrocientos metros. El maquinista pitó más fuerte para asustarlos pero no había manera. En los últimos segundos se pararon casi en seco, pero con la inercia no pudieron evitar golpear a Salvador y lanzarlo a las vías en el momento en el que el tren había llegado casi a su altura.



Mañana de lunes

José María García Pérez

Ilustra: obras de Eva Petrucci Villén

Como si de un planeta aparte se tratase, cerca de la vía se pueden ver espacios húmedos repletos de patos, gaviotas, garzas y un buen número más de animales voladores, pero también no muy lejos pacen vacas de todos los colores y hermosos ejemplares de caballos, tanto del tipo percherón como otros que se dedicaban a la hípica y las competiciones deportivas habituales de la ciudad vecina (polo, carreras por la playa, etc.). Ajenos al bullicio urbano de los más numerosos animales bípedos, aquellos otros reparten su vida entre las montañas cercanas, los paraísos acuáticos que constituyen las rías y hasta alguno de los ríos montañosos que circulan con profusión por todo aquel territorio. Los únicos que dan la impresión de no encajar allí eran, por paradójico que pueda parecer, los seres humanos.

Todo ese panorama de vida era visible la mayor parte de los días, pero no ese lunes de octubre, porque casi no se podía ver a más de cincuenta metros, debido a la niebla tan cerrada que cubría el paisaje. Ni el perfil de las montañas, ni las yeguas de Tinín, ni el cercano bosque de eucaliptos y encinas; apenas podían verse las tres vacas del Pepe el Sordo. Era uno de esos días otoñales en los que las diferencias entre campo y ciudad se hacían más difusas, porque el primero era una sugerencia sobre imágenes multicolores aprendidas día a día, paseo a paseo, caminando o en bicicleta, en tanto la segunda ganaba lo suyo el no poder ser más que entrevista desde la distancia.

De todas formas, como Lucas iba leyendo tampoco percibió mucho toda esa uniformidad neblinosa, pero al descender del vagón y dar los primeros pasos fuera de la estación sí se dio cuenta de que ese hermoso fenómeno natural había desaparecido, como por arte de magia, siendo sustituido por la visión de la ciudad en la que llevaba trabajando ya unos tres años. Echó a caminar como todos los días, con el despiste habitual en él, agudizado en este caso por coincidir con el lunes, ese principio de semana que siempre costaba más vencer. Su mirada se perdía por los edificios y plazas sabidos ya casi de memoria, y como tal no iba reparando mucho en cuanto le rodeaba, por más que hubo un momento en que le pareció que la estatua al famoso héroe contra los franceses parecía mirar en otra dirección, y en lugar de un cañón había dos rodeándolo. Como es lógico, no hizo mucho caso a esa imagen, entre otras cosas porque el sueño, la niebla del pueblo y la lectura en la que venía enfrascado le hacía tener la mente un tanto distraída.



Así que continuó su caminata hasta el trabajo, optando hoy por la “ruta larga”—como solía llamarla -, y en la esquina de la Plaza Cuadrada daba la impresión de que faltaban agujeros de bala de la Guerra Civil, puesto que él los había contado en alguna ocasión y el número exacto era de treinta y dos. No le apeteció mucho pararse a contar balazos, la verdad, entre otras cosas porque iba un poco justo de tiempo y le gustaba ser muy puntual, dejando aparte el hecho de que los agujeros de bala que han permanecido en una pared de piedra más de setenta años no suelen desaparecer así como así. Si cada vez que nos pareciese que hay un cambio en la geografía cotidiana que solemos ver nos detuviésemos a comprobar minúsculos cambios no haríamos otra cosa en la vida, seamos sinceros.

El hombre del sombrero, que vestía pantalón, zapatos, bolso de mano y sombrero a juego – un día todo ese atuendo verde chillón, el siguiente amarillo, a ese le sustituía el azul para pasar el rojo y terminar con el naranja, al menos entre semana, que es cuando Lucas solía verlo – se acercó a él, se detuvo a unos pocos centímetros y lo saludo efusivamente. Ese acto tan aparentemente trivial rompía con toda la rutina asociada a ese desconocido, que se agrandaba a sus ojos porque las escasísimas veces que lo había oído hablar de lejos con algún conocido, el extravagante caballero empleaba un inglés perfecto, y, en cambio, para saludarlo a él no sólo lo hizo en un castellano sin el menor acento, sino que por si eso fuera poco, su rostro visto de cerca revelaba a una persona mucho más joven que lo que Lucas había calculado en más de una ocasión.

Estaba deseando llegar al café de Carlos, donde tomaba un café solo antes de empezar a trabajar, a ver si con ese estimulante podía ver cuanto lo rodeaba más claro. Para llegar allí tenía que atravesar la Calle de los Ausentes, a pocos metros de la iglesia de San Roque. De no ser porque otras veces sus ojos ya le habían jugado alguna mala pasada –fuera por la miopía, fuera por el astigmatismo, fuera la suma de ambos problemas, el caso es que a veces creía ver rostros fantásticos en las baldosas de una calle, o el perfil de una cordillera en el fondo de la fuente de los jardines de Cossío- , hubiera jurado que la torre de la iglesia había perdido por lo menos dos o tres metros de altura. Lo curioso del caso es que, como compensación, las farolas que flanqueaban al Banco Castilla se veían más altas que nunca. Así pues, apresuró el paso y no dejó de hacerlo hasta llegar al Bar Calima, el que se encontraba cerquita de su ofician y que era gestionado por un chico con el que no tardó en entrar en conversación pronto, porque era muy despierto y ambos compartían muchas cosas. Entró sin mirar si quiera la fachada –si lo hubiera hecho habría notado el cambio de color del toldo, el dibujo que hacía la veces del logotipo del negocio y alguna que otra cosilla más- y fue hacia la barra. Buscaba con la mirada a Carlos, pero lo cierto es que no andaba por allí. Preguntó a la desconocida camarera por él pero ella reconoció que no sabía quién era Carlos. Lucas cogió entonces una de las tarjetas que había sobre la barra y leyó con cuidado el nombre del bar: Mesón la Juani. No cabía duda de que se habría equivocado de bar, por más que no era fácil justificar una error de ese calibre en una persona que tomaba allí el café prácticamente a diario desde mucho meses atrás.

Salió del bar, observó el lugar y no cabía duda: aquel era el sitio donde había estado siempre el Bar Calima. ¿Qué demonios ha pasado con él, con Carlos y el resto de los habituales, y cómo han podido cambiar toda la decoración y hasta el nombre en un fin de semana? Por no hablar de que Carlos no me dijera nada el viernes. Miró sobre el bar y allí estaba el estudio de arte donde daba clases un pintor bastante famoso, con el que Lucas había charlado de cuando en cuando. Sin embargo, a su derecha ya no estaba la sede del partido político regional que había ganado las elecciones unos años atrás, por más que ahora estaba en franco retroceso. No



Señor, allí lo único que se veía era el anuncio de unas clases particulares, probablemente de esas que da un tipo que acaba de terminar la carrera y necesita ir sacando un dinerillo hasta que dé con un trabajo que merezca la pena. Lo que no entiendo es cómo todo esto ha cambiado en tres días, sin que hubiera un aviso, sin que un conocido me comentase algo, sin que de tres locales diferentes nadie los haya sacado en la conversación. Es que es de lo más raro, caramba, no me lo explico.

La hora era la misma, la ciudad idéntica, el lunes no se distinguía de cualquier otro a la salida de la estación, y a pesar de todo, la verdad es que todo estaba ligeramente cambiado. Es como si alguien se hubiera divertido alterando pequeñas partes de la geografía humana que tan bien conocía hasta transformarla en algo que empezaba a ser irreconocible. Faltaban seis minutos para la nueve de mañana y estaba a punto de entrar en el portal donde se hallaba su oficina(2º izquierda) cuando notó que estaba un poco nervioso, que miraba a su alrededor como escudriñando las cosas para intentar ver alguna variación, algo que delatase un cambio; miraba a su alrededor como si cuanto lo rodeaba hubiera pasado de ser un espacio anodino y rutinario a un lugar donde el más mínimo detalle podía haberse alterado y, tal vez, llevar dentro alguna explicación posible a todo aquel sinsentido.

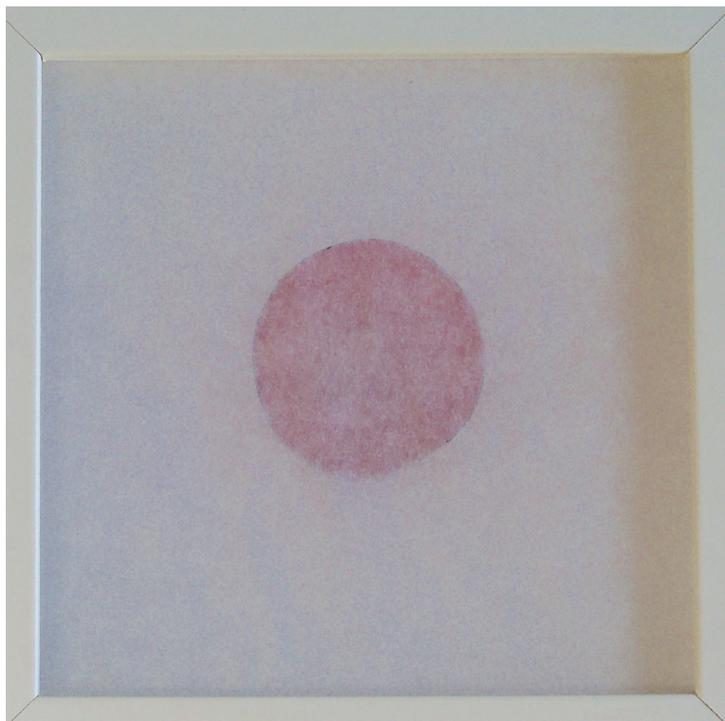
Para variar, el ascensor no funcionaba, los escalones eran siete hasta el primer descansillo, otro siete hasta la primera planta; de ahí en adelante ocho más te conducían al segundo descansillo y con nueve más, finalmente, llegabas a la segunda planta. Los había contado muchas veces... pero ¿seguía habiendo el mismo número o no? Comenzó a subir con la boca seca, apoyando fuertemente la mano en la barandilla, y al llegar al primer piso soltó un respiro de alivio. La primera parte estaba como siempre. Hizo lo propio para subir hasta su trabajo y ahí contó primero diez y a continuación once escalones. ¡Por Dios, qué demonios está pasando esta mañana!

Había llegado el momento de la verdad y ver si Seguros Ramírez era lo que dejó o una metamorfosis hecha para desesperación suya. En el primer despacho vio a Luis, peleándose con el ordenador, es decir, estampa habitual; un poco más adelante Lola atendía el teléfono, con seguridad a un cliente, dada la hora. En la izquierda le saludó Pedro, apostado junto a la máquina de café, como todos los días a las nueve en punto. Por último, Arturo le hizo un pequeño guiño desde su silla. Abrió su despacho y todo estaba en su sitio, o al menos aparentemente. Colocó con cuidado la chaqueta en la silla y se sentó tratando de respirar tranquilamente, sin conseguirlo del todo. En aquel pequeño espacio no había cambios, por suerte, de modo que encendió el ordenador y al abrirse le saludó así: "Buenos días, Antonio".

Si hubiera sido una broma de sus compañeros, esto no hubiesen podido alterar el paisaje urbano, eso está claro. Ahora bien, si lo de fuera no tiene una explicación lógica, lo de dentro



acaso sí. Se acercó a Lola y le pidió la carpeta de un cliente: "Lola, ¿podrías pasarme el expediente de Carlos Martínez?". Ella lo miró con una cara que parecía sorprendida al oír ese nombre, cosa lógica porque el cartelito de su mesa ponía Piedad Blanco, en lo que no había reparado Lucas hasta el momento de volver a su despacho. Se detuvo y regresó hasta la entrada principal, y desde allí fue leyendo los nombres de todos y cada uno de sus compañeros: Justo Antúnez, Alberto Fernández y Pablo Ordaz. Cuando volvió a entrar en su despacho, que ya no era el refugio que él había pensado unos minutos antes, tuvo que sentarse, beber un buen trago de agua, recuperar el aliento y apretarse las manos contra las mejillas como para comprobar que no era un sueño, era la realidad, por más que él era incapaz de reconocerla, de situarla en un lugar de su memoria donde todo encajase.



No había encaje posible, por más que se esforzase. Desde ese momento ya no pudo recobrar la tranquilidad.

Miró al techo, con la mirada perdida entre los fluorescentes y las placas de escayola, luego al suelo, donde las baldosas no se habían movido, por más que él sintiese que bajo sus pies todo era inestable, enfocó después la mirada a la puerta y a través de las cortinillas pudo observar el aparentemente normal desarrollo del trabajo en la oficina. Se resistía, mas al final no pudo menos que acercarse a mirar la foto que descansaba en una estantería: allí estaban sonrientes Alicia con Moisés y Beatriz. La hizo junto a la playa él mismo, y su mujer había salido tal y como era: hermosa, alegre, con sus cabellos rizados y abrazando orgullosa a sus dos hijos, el mayor de siete años, y la menor de cinco. Pensar en los tres, en los cambios que podían haber sufrido le produjo

una ansiedad y un nerviosismo que le impidió desde ese momento seguir sentado. El tiempo pasaba o retrocedía o había dado saltos hacia delante y atrás, o tal vez había entrado en una dimensión temporal, ya que no espacial. Pedro -¿o se llama Alberto? - llamó a la puerta y en lugar de pedirle un teléfono, como era su intención, lo vio con una cara tal de preocupación que le preguntó:

- ¿Te pasa algo, Antonio? Tienes muy mala cara, ¿no me digas que has venido a trabajar enfermo? Mira que te dije el viernes que tuvieras cuidado de no pillar una gripe, que el tiempo iba a cambiar muchísimo.

- No, no es nada, creo que me ha sentado mal el café que me acabo de tomar. Pero enseguida estaré bien de nuevo, no te preocupes...

Iba a darle las gracias pero al pensar en el nombre de Pedro no estaba muy seguro si ahora era Pablo, Alberto o Justo, así que no añadió nada, para no meter la pata otra vez. Cogió a continuación el teléfono, empezó a marcar instintivamente el número del trabajo de Alicia, pero se arrepintió inmediatamente y con la mirada perdida y temblándole la mano depositó el teléfono en su lugar. ¿Qué le voy a decir, que si ha notado algún cambio en su cuerpo, que si los chicos están igual que siempre, que si ..? No, no y no. Es absurdo. Más vale esperar y verlo todo sobre la marcha esta tarde, cuando los dos estemos en casa, y así no preocuparlos inútilmente.

Alicia regresaba sobre la cuatro, pues salía de su trabajo en el ayuntamiento a las tres de la tarde, lo malo es que él no llegaba hasta por lo menos las seis y media, eso con mucha suerte. No puedo esperar tanto, y no me voy a presentar en la concejalía de urbanismo para decirles que hay cambios por toda la ciudad, cambios que por otra parte sólo yo veo, porque nadie me ha hecho el más mínimo comentario al respecto. Y ya no digamos si, aprovechando que estoy allí, me paso al despacho de al lado y le digo a mi mujer que creo que el mundo está loco, que todo está cambiando, y que el único que permanece normal soy yo. Le va a dar algo, conociéndola me mirará con esos ojos grandes cuando se enfada y querré que me trague la tierra. Mira, ya lo sé, me iré a casa más o menos a la misma hora en la que ella acabe de llegar, y una vez allí le expondré todo lo que ha pasado hoy, que más que horas da la impresión de haber transcurrido semanas. Tenemos tiempo, porque los enanos no salen del colegio hasta las seis, y hay que irlos a buscar. Aquí diré que no me encuentro nada bien, y como antes ha visto la mala cara que tengo ese como se llame, pues a nadie le va a extrañar.

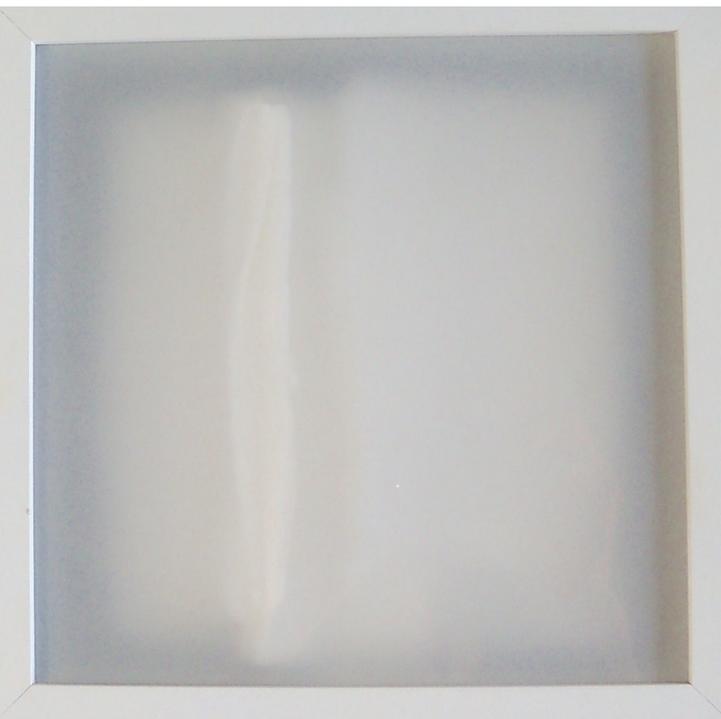
Se aproximaba a su hogar conduciendo sin mucha atención, porque toda ella estaba dedicada a pensar en cómo exponer las experiencias de ese día sin que lo primero que pensase

es que su marido se había vuelto loco. Subió desde la cochera por la escalera interior, y en la cocina estaba ella, ya con la ropa de andar por casa, preparando algo de comer para ir al salón y, mientras un poco la televisión, dar buena cuenta de ello, pues solía llegar con hambre. Se besaron en la boca, como hacían siempre, y ella le preguntó extrañada cómo había venido tan temprano. Él se excusó con no sé qué problema en la oficina y se propuso analizar con detalle cada cosa no tanto que dijera, sino que evidenciara un cambio en su forma de vestir, alguna modificación en su amada geografía, en su forma de hablar, por pequeña que fuera cada detalle de todo ello. En principio nada parecía fuera de su lugar: su voz continuaba siendo grave y hermosa, como elegantes sus movimientos; por otra parte, lo que decía no disonaba de lo dicho cualquier otro día. Cuando ya todo parecía en el mismo lugar donde lo había dejado no muchas horas antes, se fijó en la mano de Alicia mientras comía. En la parte interior de la muñeca, en un lugar que el cierre del reloj no llegaba a tapar, la piel era perfecta, sí, tanto que faltaban un par de pequeñas manchas encarnadas que tenía de nacimiento, que Lucas conocía mejor que si fueran de él mismo, y que siempre había bromeado respecto a que nunca podría confundirla con nadie precisamente por esas manchas.

Se vino abajo cuando lo apreció. Si hasta ella había sufrido esa alteración, todo estaba perdido. Lo de menos era si él no habría sufrido alguna suerte de cambio, lo que ignoraba completamente, porque si ella no era la misma, nada merecía ya la pena, nada tenía sentido. No se le había ocurrido antes, pero ¿él había cambiado en algo? Y lo que es más importante, ¿esas mutaciones alteraban de algún modo la vida en general, y la suya en particular? De acuerdo, allá donde dirigiese la mirada (una torre, una cartel, una persona), casi todo había sufrido un cambio, un cambio pequeño, si concretamos más. Sin embargo, y si eso no llevara aparejado un cambio más profundo en el comportamiento de las personas, en su forma de ser, a lo mejor todo eso no era tan importante. A fin de cuentas, la naturaleza es un cambio permanente, por más que somos los seres humanos quienes a veces no queremos darnos cuenta de ello, más que nada porque en cierta forma hemos querido domesticarla, explotarla, siempre con un sentimiento de superioridad sobre ella, como si ella pudiera tenerlo en cuenta. Hasta ahora, porque quién sabe si todo eso no proviene de esa misma naturaleza.

Ante estas últimas reflexiones, cayó en la cuenta de que, dejando aparte los seres humanos, el cambio había afectado a lo hecho por estos, pero ¿y a la propia naturaleza? La tarde del martes, al regresar al pueblo en tren, no se fue directamente a casa, sino que tomó el camino de la derecha y se fue mirando los campos de más allá de las vías, de un verde casi resplandeciente por las últimas lluvias, las yeguas de Tinín pastaban relajadamente en una gran pradera, cerca del río, mientras no lejos hacían lo propio las vacas de Pepe el Sordo. El sonido de campo, con los grillos, los ladridos a lo lejos, el relincho de las yeguas, incluso las campanadas de la vieja iglesia, todo conformaba algo apacible, que invitaba a la felicidad y esos los sonidos...*eran los de siempre*. Por tanto, el cambio que se producía a su alrededor no afectaba en modo alguno al mundo natural: lo que ignoraba era si ese cambio iba a continuar actuando, de forma que se vieran alteraciones cada poco o mucho tiempo, o una vez llegado el punto de ese llamémoslo "primer cambio" todo seguiría así.

Poco importa, porque lo cierto es que él lo había apreciado, sentido miedo, llorado después de comer con Alicia; había llegado a la certeza de que más valía aceptarlo todo, y tratar de vivir con ello, pues a fin de cuentas él también había cambiado, como le mostró el espejo del baño esa misma noche, un poco antes de irse a dormir. Al lavarse los dientes se fijó en aquella imagen invertida que le devolvía el espejo, se aproximó un poco, y luego un poco más, para compensar su miopía, y allí, a no muchos centímetros pudo ver que la nariz torcida, que era uno de sus rasgos más característicos, producto de una grave caída de la bici cuando era un chaval, estaba ahora más recta de lo que estuvo nunca.



Ultimario

Martín Llade

Ilustra: obras de Eva Petruzzi Villén

A Irene, Cent'anni!

La llamada de la productora se recibió a las seis de la tarde, apenas veinte minutos antes de la hora prevista para comenzar la grabación. No tardaron más de quince en desalojar al público presente en el estudio, aplacando su desilusión con pegatinas y bolígrafos con el logotipo de la cadena. Respecto a los invitados, refunfuñaron un poco, y se dejaron llevar nuevamente a sus casas, con la promesa de ser llamados en breve para cualquier otro programa. Y la cuestión es que la cosa hubiera prometido, porque localizaron para la ocasión una mujer con tres pezones, un universitario que había pasado un mes de resaca tras beber treinta y cinco litros de cerveza en cuatro días y una pretendida experta en *eructoterapia*. Pero en el último minuto la cadena decidió dar carpetazo al asunto. “Poco gancho” le explicaron por teléfono a García, pero él se hubiese jugado el cuello a que los de Teleworld estaban detrás de todo el asunto. Al fin y al cabo, se había pasado los últimos cuatro años haciendo talks en Miami y algunos afirmaban que en España ya nadie se acordaba de él. Seguro que ése era el argumento esgrimido por Teleworld para venderles a cambio algún espacio de abueletes buscando media naranja o el enésimo de ponecuernos arrepentidos.



Sin otro deseo que el de llegar a su casa y ahogarse en una bañera de Martinis, se encaminó a maquillaje, para que le terminasen de borrar la sonrisa del rostro. En esto, entró Cristina, con las manos en la espalda y una mueca de embarazo.

-Hay un señor de ciento catorce años en la sala de espera-musitó.

-¿Cómo?

-Está esperando a que le entrevisten.

¿Y a él qué? Es lo que hubiera replicado. Pero lo de los ciento catorce años le dejó tan confuso (por un instante se preguntó si eso era lo que le había dicho que llevaba esperando a que le entrevistasen) que titubeó antes de responder que el programa ya era historia.

-Eso les he dicho. Pero parece que no lo entienden- las orejas de Cristina enrojecieron, como si temiera uno de sus tan comentados estallidos de cólera, conocidos en la profesión como “momentos García”. Pero a decir verdad, y eso era un secreto todavía para muchos, el García de cuatro años atrás había fallecido bajo las palmeras de Miami, amodorrado fatalmente

por la parsimonia de los cámaras y regidores cubanos. Ahora, cuando lo maquillaban, tenían que clarearle la piel, irreversiblemente tostada después de mil cuatrocientos días expuesta a un sol incombustible. Y por ese motivo, era ya imposible detectar ningún rubor iracundo iluminándole las mejillas. Ni siquiera él mismo, por mucho que lo intentase, lograba irradiar el más mínimo temblor de irritación frente al espejo. En su lugar sus ojos desprendían una extraña euforia, que le aterraba encontrar muy similar a la de los presentadores de teletienda (la mayor parte de los cuales, como era bien sabido, acababan en tratamiento psiquiátrico, por adicción a los propios productos que trataban de vender). Por eso ya ni se molestaba en enfadarse; se limitaba a buscar un regidor o quien tuviera más a mano, a fin de que lo hiciera en su lugar. Pero Cristina era más blandengue que el pecho de una octogenaria y no parecía dispuesta ni a echar al viejo, ni a dejarle a él tranquilo hasta que le brindase una solución.

-Avisa a Juan Luis para que le acompañe a la salida- le propuso con hastío.

Más Juan Luis se había marchado ya, nada más recibirse el aviso de que todo se iba al garete. Cristina pensaba que si él se acercaba un momento a despachar amablemente al anciano y a su acompañante, resultaría todo menos violento. Al fin y al cabo, lo habían traído de no se sabe qué asilo perdido por la Sierra de Madrid, con las molestias que eso comportaba para su edad, y se trataba de que no se quedara con la sensación de haber perdido parte del poco tiempo que debía quedarle de vida.

-Que se hagan unas fotos contigo y que al menos tenga algo que contar a sus compañeros de residencia.

Cuando quiso darse cuenta, se encontraba en la puerta de la sala de espera, con las mejillas aún a medio desmaquillar y dos clínex en torno al cuello de la camisa, que Cristina se apresuró a quitarle de un tirón. Allí estaba el hombre, seco y delgado, con la carne de los lóbulos colgándole tiernamente alrededor de dos pómulos consumidos igual que un par de limones olvidados durante largo tiempo en un frutero. Las bolsas en torno a los amarillentos ojos se asemejaban, igualmente, a cáscaras de nuez modeladas en barro oscuro con pliegues rosados. Aún así, pensó García, no aparentaba la edad que decían que tenía... De hecho, cayó en la cuenta de que su imaginario mental carecía de una imagen con la que caracterizar a un hombre de ciento catorce años. Había leído, como todo el mundo, artículos en la prensa sobre los record Guinness de longevidad, pero éstos siempre correspondían a mujeres americanas con cara de tortuga o a pescadores japoneses, en la mayor parte de los casos ciegos o sordos. Sin embargo, éste hombre no era ni una cosa ni la otra. Es más, a excepción de sus orificios nasales, que palpitaban con simétrica obstinación como si cronometraran cada segundo de su existencia, no daba impresión alguna de ser parte de cuanto lo rodeaba.

Una joven latinoamericana risueña, probablemente ecuatoriana, que estaba sentada a su lado, se puso en pie con una sonrisa temblorosa al reconocer a García y animó al hombre a tomar su mano y levantarse también.

-El señor García-dijo presentando a éste.

-¡Mira, podría ser tu bisabuelo!-dijo Cristina tratando de hacer sonreír al anciano, pero volvió a sonrojarse al dirigirle García *el presentador* una mirada de reprobación.

-Somos tantos...-murmuró éste encogiéndose de hombros-¿Cuál es su nombre, señor?

Para su sorpresa, su boca, hasta entonces indistinguible de la barbilla, se apareció entre ondas rugosas de piel, luciendo cuatro dientes grises de entre los que brotó una voz rota pero, aún así, poderosa, como el aldabonazo de un gong de bronce verde.

-Josssé -repuso marcando perfectamente las tres eses y le tendió las cinco raíces retorcidas que le nacían de la maraña de nervios, venas y tendones en que se habían convertido sus



nudillos. A García le dio la impresión de estar estrujando un puñado de ramitas secas y le soltó la mano, por temor a que se le deshiciera entre los dedos.

-¡Qué casualidad...!-empezó a decir Cristina, pero García la cortó, expresándole al hombre la satisfacción que les producía tenerle allí.

-¡Oh, la satisfacción es nuestra!-saltó la latinoamericana y luego apianó la voz para explicar que en la residencia habían estado muy nerviosos en los últimos días debido a unas décimas de fiebre que muy bien hubieran podido mandar al traste la aparición de José en la tele. Porque en la *resi* le querían mucho, faltaría más, y estaban muy orgullosos de que fuese como un padre para todos. En ese momento el aludido arqueó una de sus tupidas cejas hasta casi clavarse la punta en el ojo correspondiente, como si se tratara de la primera vez que veía a aquella mujer. Otro lo hubiese tomado por un rasgo de senilidad pero a García le hizo gracia creerlo una ironía. Menos divertido le resultó cuando la joven preguntó si iban a hacerle ya la entrevista. García abrió la boca para contestar, por supuesto, que lo sentían mucho, pero que no era posible ya que Teleworld acababa de mandar al carajo el proyecto de programa, y con ello al equipo y a él mismo, inclusive. Sin embargo, como en la famosa escena de la desincronización de *Cantando bajo la lluvia*, se encontró con que lo que de sus labios salía era la voz suave de Cristina diciendo que, naturalmente, y que entrarían a grabar en cinco minutos.

Se volvió furibundo hacia la propietaria de dicha voz, pero ésta ya había buscado refugio en el pasillo y se disponía a encerrarse en el baño de señoras cuando la cogió por un brazo y la atrajo hacia sí, sin hacerle daño. Al menos eso último le alegró; su segunda exmujer le había sacado el chalet de Miami y la mitad de su patrimonio por haber sido menos diestro en una circunstancia similar y dejarle un moratón del tamaño de un posavasos en el hombro.

-¿Pero tú de qué vas?-le espetó furioso, sintiendo revivir dentro de sí, con el consiguiente resentimiento de las cicatrices de la última liposucción, al García de años atrás. Para su sorpresa, esto provocó la súbita aparición de una Cristina bien distinta a la que él conocía que, sin alterar su expresión, ni endurecer un solo músculo del cuello, le brindó un argumento irrefutable; no le soltó ningún sermón acerca de ilusiones truncadas, ni de ese minuto de gloria al que, según el código deontológico televisivo universal, hasta el más insípido de los seres tiene derecho al menos una vez en la vida. No. Se limitó a decirle: "¿Y tú qué coño pierdes?", a lo que él no pudo replicar nada, pues hacía mucho tiempo que había perdido toda capacidad de cuantificar qué quedaba en él de lo que probablemente quiso ser una vez.

*

La entrevista nunca saldría al aire, ni siquiera sería grabada. Sentarían al vejestorio sin maquillar (advirtiendo, por si las moscas, que a su edad no era recomendable por el tema de las reacciones alérgicas) en el sofá de los invitados y le harían cuatro o cinco preguntas tontas, para que se diera con un canto en sus cuatro dientes podridos. Como lo más probable es que le quedaran un par de meses, o acaso de semanas, darían largas a cualquier requerimiento sobre la hipotética emisión del programa, y después, carpetazo definitivo.

La latinoamericana se sorprendió al descubrir la zona del público vacía y le explicaron que, debido a la crisis, resultaba caro fletar autobuses de asistentes y que los aplausos se añadían luego, grabados. También se advirtió cierta decepción en la muchacha al ver que sólo había un cámara en el estudio (un rezagado al que Cristina localizó in extremis ya montado en su moto, en el aparcamiento) y ninguna otra persona. Pero al parecer, debió pensar que aquel hecho estaba también relacionado con la crisis y no dijo nada.

El cámara, de mala gana, colocó al anciano un micrófono de corbata, que hizo a éste rascarse en el cuello, visiblemente incómodo, y dijo que podían empezar cuando quisieran.

-¿Dónde están las tarjetas con las preguntas?-susurró García al oído de Cristina. Ésta se encogió de hombros. Los de redacción lo sabrían, pero como se habían marchado... Le sugirió que le preguntase cualquier cosa y lo dejó allí plantado, de rodillas pero no suplicante,



en su silla ergonómica tapizada en poliéster verde.

Cualquier cosa...La única pregunta que le vino a la memoria fue cuándo había sido la última vez que realizó una sin que se la escribieran. Por lo general, era a él a quien se las formulaban fuera de los platós. *¿La mesa de siempre, señor García?, ¿Hoy también tomaremos un L'Ermíta de 2002?, ¿Te has acostado con ella, verdad?* Y por no complicarse la vida, a todas respondía siempre que sí, incluyendo a aquel estúpido proyecto de programa.

Pero, sea, que él también había empezado con una grabadora de segunda mano y la idea de volver a sentirse por unos instantes como en aquellos tiempos le produjo un prurito, no del todo desagradable, en el rostro, como de acné recobrado.

Cristina dio la señal al cámara, la luz roja se encendió y, tras tragar saliva, García presentó a su invitado a media sonrisa. Como no sonó ninguna cortinilla musical, ni ningún silbido ni aplauso y *Josssé* no experimentó reacción alguna al ser citado, el corazón le dio un brinco. *¿Se le había quedado allí mismo?* Repitió su nombre tartamudeando ligeramente (¡sí, igual que cuando el acné!) y entonces la acompañante del hombre se acercó a él, y lo desperezó pasándole con ternura la palma de la mano por los hombros. De haber sido una emisión auténtica, habría entrado en cuadro pero, *¿qué más daba eso ahora?* El anciano dio un respingo malhumorado e hizo señas a la chica para que lo dejase a su aire. Claro, se dijo García, necesitaba tomarse su tiempo. *¿Qué prisa podía tener si probablemente ya habría hecho todo cuanto puede hacerse en una vida y ahora sólo le restaba, igual que a un árbol, respirar, ocupar espacio y nutrirse?*

-Bueno José, nos alegra mucho tenerle aquí-le dijo después de un largo minuto- ciento catorce años es mucho tiempo, y son numerosos los acontecimientos históricos que usted ha podido conocer...Como, por ejemplo, la Guerra de Cuba. *¿Qué recuerda de ella?*

El hombre meneó la cabeza como si no le hubiese escuchado bien.

-¿De Cuba?-musitó.

García, descolocado, cayó en la cuenta de quizás no fuera tan buena idea empezar tan atrás en el tiempo...Y es que, acostumbrado a manejar las cifras siempre fiables de redacción (o mejor aún, de Wikipedia), ni se había molestado en calcular el año de nacimiento del anciano.

-Yo era *mu* chico-logró articular éste invirtiendo no poca saliva en el esfuerzo-me hablaron alguna vez de eso pero no *macuerdo*.

-Claro, claro...-García trató de no evidenciar desánimo; un fallo que podía cometer cualquiera y que una buena pregunta, formulada sin tregua, disiparía al instante-pero de la Primera Guerra Mundial sí que se acordará.

Otra pausa. Pasaron algo así como cien años en el ánimo de García hasta que una nueva grieta ajó las comisuras de los labios del hombre, en el trabajoso intento de que una respuesta floreciese de ellos.

-¿Mande?

-La Primera Guerra Mundial-le repitió soltando un gallo para que no se evidenciara su perplejidad. *¿O es que aquel tipo había estado metido en un agujero desde su nacimiento hasta aquella misma tarde?* ¡Todo el mundo había oído hablar de la Primera Guerra Mundial, aunque sólo fuese por la mera deducción de que había tenido que haber al menos una antes de la Segunda! Si hasta Charlot llegó a hacer películas sobre ello...Esa referencia amarilleó los ojos de *Josssé*, que emitió un gorjeo, quizás en un vano intento por que su gastada piel volviera a recorrerle una vez más la cuenca de lo que una vez fue su sonrisa.

-Me parece que habla *usté* de la Guerra del Catorce-le dijo. García chasqueó entusiasmado los dedos. ¡A ésa se refería! Pero el chasquido se partió en dos cuando el hombre le explicó, lo mejor que pudo, que eso había sido muy lejos de donde él vivía. De hecho, le sonaba que era cosa



de los alemanes y los rusos, porque los rusos, *sabe usted*, eran muy malos, que lo decía el cura de su pueblo, porque se calentaban del frío en invierno quemando crucifijos y comían alas de murciélago asadas.

Lo de los rusos le dio idea a García de salvar el poco prestigio que pudiera quedarle después de aquellas dos meteduras de pata...al menos ante sí mismo y ante Cristina, la latinoamericana y el cámara cabreado, que ahora movía la cámara con una mano mientras con otra escribía un sms en el que probablemente le contase a su novia que iba a llegar tarde al cine porque su jefe era un gilipollas.

-Pero bueno, la Guerra del treinta y seis la recordará usted bien -exclamó triunfal. José asintió sin pestañear-y seguro que combatió en ella. ¿Verdad?

No había acabado de asentir el anciano y su rostro se frenó en seco para dejarse caer en un balanceo de negación, como una rama cimbreada por el viento. No y renó. Llegaron a escuchar tiros en la sierra pero no muchos, porque decían que los rojos andaban racionados de balas, y que al final disparaban sin cartuchos, sólo para incordiar. Él se llegó a librar porque le pagaron veinticinco duros al sargento que vino al pueblo a buscar gente a cambio de que lo declarasen inútil. Y no, no recordaba que hubiese muerto nadie que el conociera...aunque sí. A un vecino suyo sí que lo trajeron *frito pa toa la vía* pero fue porque una mañana en la tienda de campaña había metido el pie en la bota y resulta que tenía una víbora dentro.

-Son alimañas. ¿Sabe usted? A mí me picó un alacrán en la frente una vez que dormía la siesta en un *sembrao*. Él me dio lo mío, sí, pero yo lo reventé de un alpargatazo.

A estas alturas García ya no recordaba qué pregunta había dado lugar a aquella retahíla de frases inconexas pegadas con saliva. De todos modos, ahora que lo pensaba, tampoco tenía mucho aquel preguntarle al hombre sobre la Guerra Civil, cuando quedaba tanta gente viva de esa época.

Y hablando de aquello...¿No recordaría a lo largo de su dilatada vida haber visto a alguien famoso, quizás a Alfonso XIII, a Maura o Eduardo Dato? (los nombres de estos últimos los sacó de un par de calles de Madrid, por sonarle que debían ser de la época o algo así).

-Bueno, una vez vi al Caudillo- repuso José tras rascarse la frente con el dedo, dando la impresión de que fuesen a saltarle astillas en el esfuerzo-pasó por el pueblo en un cochazo y nos dio la mano a todos los que estábamos sentados en el puente. Nos felicitó por la capilla que habíamos levantado *pa* la Virgen del Espino. Fue una cosa *mu* rara.

García sonrió con condescendencia. Nada tenía de raro, teniendo en cuenta que el *Caudillo* visitó muchos pueblos e inauguró muchos pantanos y otros edificios como parte de la propaganda del régimen...

-Sí, sí que era raro -insistió el centenario-porque allí no habíamos *levantao* ninguna capilla, ni *pa* la Virgen del Espino, ni al *sumsumcorda*. La sospecha que nos quedó a muchos fue que *sabía confundió* con Aldehuela de Calatañazor, que es el pueblo de al *lao*. El nuestro es Calatañazor a secas.

-¿Pero nadie le dijo nada de eso?-preguntó con incredulidad su interlocutor.

-¿Qué iban a decir? Era el Caudillo y *sansacabó*...Así que al día siguiente nos pusimos a levantar la dichosa capilla, por si acaso se le ocurría volver. Era un tío raro. ¿Sabe que cuando me dio la mano la tenía como un témpano de hielo?

No, no lo sabía. Pero el tono ligeramente crítico le dio pie a una pregunta que no se hubiese privado de hacerle de haber estado la entrevista de verdad en antena.

-Entonces...¿A usted qué le parecía?

-¿Qué tuviera las manos frías? *Pos* hombre, *questaba* poco *trabajao*.

-No, no, José. Me refiero a Franco. ¿Qué opinión le merece a usted?

Dos gotas oscuras de sudor que sobre aquella tez apergaminada se hubieran dicho de resina, perlaron la frente del hombre, señal inequívoca de que comenzaba a acusar el cansancio. ¿O acaso la pregunta lo incomodaba? Nada de eso, pues mostró la negrura de sus dos dientes inferiores para recalcar, sin titubeos, que había sido un *mal bicho*.



-Sí, señor, un mal bicho, y le diré porqué. Porque nos quitó cien *hetáreas* a todo el pueblo entero *pa* plantar *nosecuantos* mil pinos. Que ya me dirá *usté pa* que puñeta sirven, aparte de *pa* echarse una siesta debajo *dellos* o *pa* que un *joputa* coja una lata de *gasolfina* y quemee *too* el monte.

Y aquí García no pudo estar más de acuerdo, pues el hombre había expuesto justamente las razones de su encono.

En esto, se dio cuenta de que tanto la ecuatoriana como Cristina se mostraban inquietas. De hecho, esta última le señaló en reloj. ¿Cuánto tiempo había transcurrido ya? No podían haber pasado más de cinco minutos pero se comportaban como si la cosa durase ya varias horas. Supuso que comenzaban a temer que se encontrase cansado o que hubiese derrochado demasiado esfuerzo en su curiosa soflama antifranquista. Y entonces le vino a la memoria el cuento aquel de un libro del colegio sobre un monje que permanecía unos minutos escuchando el canto de un pájaro y cuando regresaba al monasterio habían pasado doscientos años. No era que la voz del vejete resultase especialmente melodiosa, pero de alguna manera escucharle hablar le acababa de causar la misma sensación que suponía que había sentido el monje. Pero no quería concluir la entrevista sin una última pregunta que les devolviera allí, a aquel plató desierto de comienzos del siglo XXI.

-Dígame, usted José, de todas las cosas que se han ido inventando en estos más de cien años que lleva usted en este mundo, cuál le ha impresionado más.

Aquí no lo dudó tampoco el hombre. Ni los aviones, ni la televisión, ni internet. Lo que más recordaba era cuando pusieron luz eléctrica en el pueblo, allá por el año dieciséis o diecisiete. Fue toda una fiesta, y muy divertido.

García se sintió conmovido al verlo casi transfigurado de emoción:

-Claro, claro-dijo-me imagino que sería increíble haber vivido hasta entonces en la oscuridad, iluminados con velas, y de repente sentir que toda esa luz entraba de golpe en su casa.

-Que va-repuso José- si nosotros no pusimos *lu* hasta los años setenta. Pero el tío Roque, el *arcarde*, sí que la puso y, lo que le digo, era una fiesta cortarle el cable de noche y ver cómo salía hecho un basilisco diciendo que iba a matar a todo el pueblo. Yo creo que el primer mes le dejamos a oscuras como unas veinte veces.

*

La despedida fue correcta y sin dramatismo. No tuvo la sensación de que aquella fuese la última vez que lo fuese a ver aunque realmente lo fuera. Una vez devuelto a los brazos de su menuda acompañante, el hombre se sumió en su letargo inicial como si en realidad no hubiera salido de él en muchos años. Todo aquello no había sido sino el duermevela de una mariposa alrededor de una bombilla que acababa de apagarse dejando esparcida en el aire una quemazón pasajera.

Prometieron una fecha de emisión hipotética que nunca tendría lugar, o mejor aún, les aseguraron que les enviarían una copia de la grabación a la residencia, seguro, sí, lo más tardar en quince días, y luego les acompañaron a la puerta, donde ya les aguardaba un taxi.

Cuando creían que ya estaba todo dicho, el anciano les sobresaltó haciendo crujir unos cuantos músculos de su cuello que probablemente llevaban décadas sin flexionarse y a través de la ventanilla trasera del coche les espetó con una vocecilla que recordó a la de un bebé:

-Por cierto...*Mu* guapa la chavala. Si yo tuviera noventa años menos...

A Cristina se le pusieron las orejas coloradas por segunda vez aquella tarde



y García estimó que no era mal momento para pasarle el brazo por el cuello, como entre buenos compañeros. Ella se lo agradeció con dos lágrimas que unidas por un trazo rosado hubiesen formado los extremos de una sonrisa.

-¿Sabes?-le dijo-hoy me has demostrado muchas cosas.

El cámara hacía rato que se había marchado al cine.

*

Fueron a casa de él cuando ya atardecía e improvisaron una cena fría con lo que encontraron en el frigorífico. Hablaron de muchas cosas, pero en ningún momento de Teleworld, ni de los directivos de la cadena, ni de la madre que los parió. Tampoco hubo alusiones al futuro. Era como la noche del fin del mundo y la festejaron escuchando viejas canciones francesas en vinilo y bebiendo sorbete de cava (una de las especialidades secretas de él). Luego, cuando se cansaron de hablar, se metieron un tirito y después, en la cama. Lo hicieron tres veces. Se quedaron dormidos en mitad de la cuarta.

A eso de las cuatro o cinco de la mañana García se despertó. La respiración de ella era intermitente y ligeramente chillona, casi enternecedora por lo novedoso, aunque cabía la posibilidad de que acabara por volverse irritante con el tiempo. Y sin embargo no era eso lo que le había despertado. Sintió una punzada en el pecho y por un momento la palabra maldita de los ejecutivos le hizo temblar las sienes. Pero no, no era el corazón, sino algo mucho más sutilmente profundo y lejano, que le había sobresaltado igual que el estruendo de una puerta que se cerrase de un golpe muchos pisos por encima de su cabeza. Y es que acababa de descubrir, tranquila y fríamente, la razón de porqué los presentadores de televisión nunca llegarán a vivir cien años.



Armando y el buda de la India

Martín Llade

Ilustra: obras de Eva Petrucci Villén

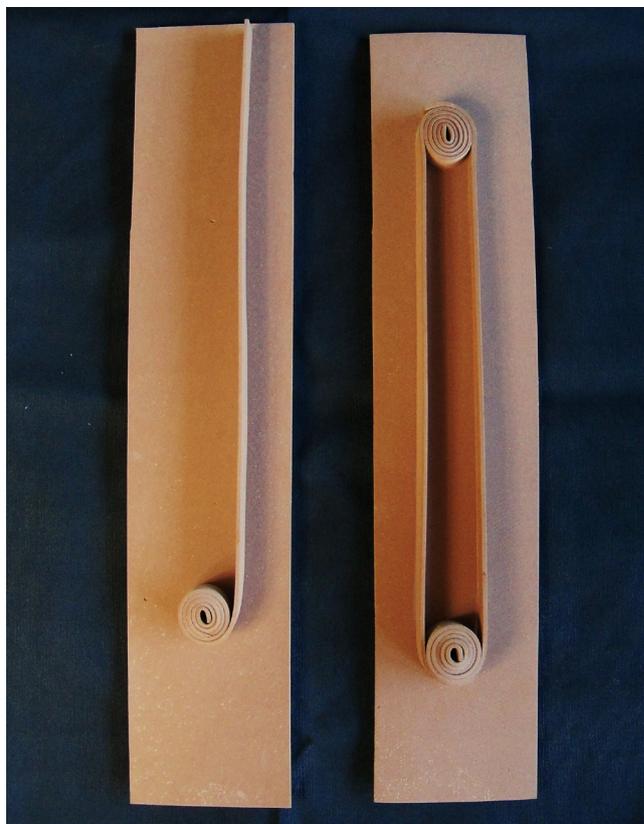
A Xosé Antonio López Silva,

Ab amando ductum est amicitiae nomen

Llevaba más de un año sin ver a Armando y durante ese tiempo mi vida había experimentado importantes cambios, todos ellos a mejor. Aunque en modo alguno soy una persona supersticiosa, no pude evitar establecer una curiosa relación entre la mala etapa que estaba atravesando la última vez que nos vimos y lo bien que me iban las cosas el día que se produjo nuestro reencuentro. Para empezar, mi pésima situación laboral era cosa del pasado, y ahora me encontraba desarrollando el trabajo de mis sueños en una empresa de gran prestigio a nivel nacional, con unas condiciones que nada tenían que ver con las humillaciones del pasado. Y por si fuera poco, al mes de ocupar mi puesto había conocido a Clara, que era hermana de una de mis nuevas compañeras, y que se reveló de inmediato como la mujer de mi vida. Entre sus brazos cicatrizaron de golpe las

heridas abiertas de una relación todavía reciente y sumamente tormentosa. En una carambola demasiado perfecta para ser casual, mi existencia había adquirido como por ensalmo unas dimensiones que jamás hubiera imaginado en mis años previos de grisura y conformismo. Y curiosamente, Armando, con quien había compartido tantas horas de lamentaciones mutuas, no estaba allí para verlo.

Como ya sucediera en anteriores ocasiones, fue él el que rompió el contacto por una ofensa imaginaria que en aquel momento, cercano a la depresión, no me apeteció discernir. Después de comprobar que no me cogía nunca el teléfono y no respondía a mis numerosos mensajes, decidí no insistir más. Siempre encontré muy cobarde esa faceta suya de no sacar a relucir lo que le molestaba de uno y explotar luego silenciosamente, desapareciendo de la escena como si largos años de amistad hubieran sido únicamente humo. Y máxime teniendo en cuenta lo mucho que se le llenaba siempre la boca de hiel cuando sacaba a relucir los agravios sufridos a manos de su larga lista de amistades extintas, de las que se había desembarazado de idéntica manera que de mí.



Sin embargo, y a pesar de lo grande que es Madrid, estaba claro que nuestra afición común a la música clásica no tardaría en juntarnos de forma casual, o bien en alguna sala de conciertos o en una tienda de discos. Y así sucedió, una

tarde de junio, en la Puerta del Sol. Nos encontramos de frente en el pasillo de la música antigua y pudimos leer nuestra mutua expresión de sorpresa en el rostro del otro. Resultando imposible el disimulo, prevaleció el instinto sobre el resquemor y le extendí la mano sin pensarlo, sonriéndole de corazón.

-Hombre, cuánto tiempo-me escuché decir. Y Armando, que se amparaba en sus silenciosas espantadas para no tener que justificar malas palabras ni reproches cargados de veneno, me tendió tímidamente su mano, asimilando todavía lo que estaba sucediendo.

-Sí, bastante...-es lo único que acertó a responder. Dado que a los dos nos resultaba violento hablar de ello, pronto encontramos una vía de escape en los discos que él había comprado. Nos pusimos a comentar con exagerado entusiasmo que si tal director era más apropiado para un compositor u otro, y que si el último álbum de la Bartoli era más de lo mismo y así, logramos liberar un poco de la tensión acumulada durante aquel año de separación. Para cuando quisimos darnos cuenta, habíamos salido de la tienda y nos encontramos caminando por el Paseo del Prado, cerca de su casa. Hubiéramos podido continuar departiendo en una cafetería, pero de forma tácita ambos decidimos que la cosa estaba bien así y nos separamos con cierta cordialidad, como si fuese a producirse un nuevo encuentro. Cuando llegué a casa le comenté a Clara lo sucedido y ella meneó la cabeza, escéptica:



-Por lo que me cuentas, es un tío muy voluble. Ten cuidado con él.

Unos días después Armando me llamó y con toda naturalidad, como si nada hubiese pasado, me propuso vernos para dar una vuelta. Recordando la advertencia de Clara le pregunté si estaba seguro.

-Tendríamos que aclarar lo que pasó...-le dije con un deje de tartamudeo. Se hizo entonces el silencio al otro lado de la línea y después de un suave resoplido, replicó con la voz ligeramente descolorida:

-Mira, por mí podemos olvidarlo. Si te parece bien...

Dado que a mí también me incomodaba volver sobre cuestiones que resultaban tan lejanas en aquel momento como si hubiesen atañido a otras personas, respondí que estaba de acuerdo. Al fin y al cabo, con quien me había reencontrado era con el Armando que más apreciaba: el conversador culto y refinado, siempre mordaz, con el que era capaz de estar hasta altas horas de la madrugada, participando de sus descabellados planes para arreglar el mundo. Porque Armando no era un simple profesor de Historia del Arte en secundaria, sino que también estaba versado en política, filosofía y sociología y era un enamorado del cine y de la buena mesa. Reconozco que había aprendido muchas cosas de él en todos aquellos años desde mi llegada a Madrid, incluyendo algunas que en un principio me costó asimilar, pero que ahora le agradecía. Por ejemplo, me resultaba sumamente embarazoso que me abroncase ruidosamente en los restaurantes a los que íbamos si consideraba que mis modales a la mesa dejaban un tanto que desear.

-¡Pero no hables con la boca llena, joder! Da ganas de vomitar-me espetaba o también: ¡Y no golpees tan fuerte la copa en la mesa, coño! Eso es de paletos.

Una de las veces me hizo sentirme tan violento que estuve a punto de levantarme e irme a media comida, pero él me retuvo, tras serenar su tono.

-No pienses que te lo digo para incordiar. Eres un paleta como lo era yo cuando vine de Galicia hace veinte años y precisamente por eso te puedo aconsejar mejor que nadie.

Igualmente, tras muchos años de rechazo, me convertí en un devoto del vino y todo porque cuando íbamos a comer juntos Armando no me dejaba nunca pedir agua.

-Vamos a ver, ¿quién se supone que es el marica aquí? ¿Tú o yo?-y hacía que nos trajeran una botella de Albariño o vino de aguja rosado, a los que me aficioné muy especialmente.

Y sin embargo, aparte de este Armando de elocuencia casi hipnótica había otro amargado y furibundo, al que también tuve que tratar de tarde en tarde. Era aquel que aún continuaba en lo alto de los 135 peldaños de la escalinata de la Plaza de España en Roma, donde un viernes Santo, todavía no lo suficientemente lejano, su pareja le abandonase por una mujer. Se trataba de un chico quince años menor que él llamado Jesús, con el que había llegado a convivir casi siete. Aunque Armando no cesaba de repetir que consideraba aquel el mayor error de su vida, lo cierto es que después de esto, no volvió a cometer ninguno de esa índole, ni grande, ni pequeño. Sencillamente, se recluyó en una rutina que a fuerza de precisión acabó por encontrar fascinante, porque era lo único que verdaderamente podía considerar ahora suyo y nada ni nadie serían ya capaces de arrebatársela.

Para alejar el fantasma de Jesús dejó atrás todo lo que le recordaba a él y se compró una nueva casa, en la que nunca recibía visita alguna, y la decoró como un palacio, a la medida de los placeres cotidianos con los que procuraba embellecer día a día su soledad. Porque hacía tiempo que había comprendido que eran muchas las cosas que podían disfrutarse sin más de necesidad de nadie que no fuese él mismo y sus sentidos refractados en un prisma de sensaciones. Ante, amaretto, Monteverdi, tiramisú, cielo al atardecer, bergamota...Podía haber sido el resumen de cualquiera de sus jornadas. Y un zumo recién exprimido por las mañanas, en su cafetería predilecta de Hortaleza, y el tacto sensual de un libro nuevo, abriéndose por vez primera para él en una vaharada de lignina. Aunque uno de los placeres que con más celo preservaba de las miradas ajenas era el de sus propias lágrimas ante una película conmovedora, que le hiciera evocar con matices su odiada infancia, o ¿por qué no?, con la más banal de las historias de tiros y explosiones, siempre que no faltase en ella un héroe con el que identificarse. Estos detalles sólo me los confesaba después de unas cuantas copas de Cacique, en nuestras veladas de los viernes por la noche. Y lo vivía de tal manera que era capaz de conmovirme también a mí mientras me lo contaba, aunque estuviera refiriéndose a *La guerra de las galaxias* o a cualquiera de las últimas producciones de animación de Pixar.

Todas estas cosas que he referido me vinieron de golpe a la mente esa tarde en que fui a buscarle a su casa para ir a cenar, tras nuestro acuerdo telefónico de hacer borrón y cuenta nueva. Para mi sorpresa, cuando llamé al timbre me invitó a subir. Eran muy pocas las ocasiones en que Armando había accedido a dejarme entrar en su recinto sagrado, y siempre para enseñarme algún libro o algún disco concreto que no le apeteciera sacar de casa. Dado que esta vez no me mostró nada y se limitó a hacerme esperar en el salón mientras se lustraba los zapatos, deduje que quería que admirase algún objeto en concreto de los que decoraban aquella estancia. Y es que otra de sus aficiones era coleccionar antigüedades tales como grabados, máscaras africanas y cuencos tibetanos con los que conferirle al piso ese aire de santuario que desprendía incluso hasta en su rancio aroma de belleza olvidada. No eran pocas las ocasiones en que se ensimismaba describiéndome sus últimas adquisiciones en este sentido, aunque aquí sí que me resultaba difícil participar de su entusiasmo, al ser él la única persona con derecho a contemplarlas. Por ese motivo, en las contadas veces en las que me mostraba sus objetos más preciados yo exageraba un tanto mi interés, a fin de que sintiera que había merecido la pena romper su propia norma.

No tardé en deducir que el objeto sobre el que quería llamar mi atención era un reloj antiguo de pared, coronado por una majestuosa cabeza de ciervo tallada en madera de ciprés. Entonces me señaló muy satisfecho:

-Es de la casa Kienzle, de la Selva Negra. Un modelo de 1837. Me ha costado la paga extra de verano.

-Estupendo...-repuse.

Me acerqué a contemplar más de cerca el reloj con tan mala suerte que no reparé en un jarroncito que había sobre una mesa, al lado del diván. Cuando quise darme cuenta, sostenía impotente en mis manos el fragmento más grande que quedaba de él.

-¡Mierda!-exclamé. Y mi preocupación fue considerable, porque temí haber hecho también añicos nuestra precaria reconciliación. Ciertamente, Armando no se mostró



muy contento pero, acaso por el mismo motivo, trató de quitar hierro al asunto y se fue a por la escoba y el recogedor.

-Lo siento, lo siento-repetía yo una y otra vez-¿Era muy valioso? ¿Puedo compensarte de alguna manera?

-No, no te preocupes-afirmó con el gesto aún torcido. Una vez hubo depositado en la basura los restos del jarrón me explicó que realmente no se trataba de un objeto de valor material, sino que su madre se lo había regalado veinte años antes. Dado que ni la mujer estaba muerta y que él acostumbraba a decirme barbaridades tanto de ella como del padre, a los que sólo visitaba unos pocos días en verano y navidades, me sorprendió su expresión un tanto compungida. Me comprometí entonces a comprarle otro jarrón, que también fuese chino, como aquel, porque...¿no podía recomponerse, verdad?

Armando sacudió entonces la cabeza una y otra vez, insistente. Daba igual, no tenía por qué compensarle, además, no se fiaba de mis gustos a la hora de elegir uno nuevo.

-No importa-le propuse-lo eliges tú y lo pago yo.

-Bueno, déjalo ya, que no se ha muerto nadie-concluyó con impaciencia, dándome una palmadita en la espalda. Y abrió la puerta para que nos marchásemos ya. Fuimos a un restaurante indio que había a dos calles de su casa y cenamos muy agradablemente, sin que volviera a surgir el tema del jarrón roto en la conversación. Rematamos la velada con un par de copas en un bar cercano y nos retiramos a eso de las dos y media de la madrugada, como en los viejos tiempos. Me volví a casa muy contento.

A la mañana siguiente le conté a Clara cómo me había ido todo, incidente incluido. Se rió de mi consabida torpeza y añadió que la comprensión de Armando no encajaba con la idea que se había hecho de él a partir de mis descripciones.

-Aunque bueno, también estabais enfadados cuando me hablabas de él-razonó sin dar más vueltas al asunto. Ya se lo presentaría en alguna ocasión.

Dicha ocasión tuvo lugar sorprendentemente pronto, apenas diez días después, cuando ella y yo salíamos muy ilusionados de una agencia de viajes a Asia en la que acabábamos de contratar un tour de diez días por el Noroeste de la India. Nos encontramos entonces a Armando frente a una tienda de discos de segunda mano situada en el Arenal y le presenté a Clara. Pese a mis temores de que su faceta más ácida saliese a relucir, como en otras veces en las que le había presentado a amigos míos en los que despertó una antipatía inmediata, he de decir que esa tarde se mostró encantador. Y dado que Clara era profesora interina de secundaria, aunque en su caso de música, no les faltó un tema de conversación en el que explayarse a gusto. Como el clima invitaba a ello, nos tomamos unas cervezas en la Plaza Mayor y allí salió a relucir el tema de nuestro viaje y de las ciudades que visitaríamos.

Armando se mostró muy interesado y sorprendió a Clara por sus amplios conocimientos no sólo sobre la India, sino sobre Asia en general. Pero más perpleja le dejó el hecho de que no hubiese estado en ninguno de los países sobre los que habló, ni tuviera intención de visitarlos. En realidad, Roma era el lugar al que más lejos había llegado en su vida. Muchas veces yo le preguntaba por qué en lugar de leer tantos libros sobre Angkor o el Taj Majal, no iba a verlos con sus propios ojos. En parte entendía su pereza, porque antes de conocer a Clara yo también era así. Una de mis excusas era que no tenía con quién irme pero en su caso dudo que a Armando le importase ir sólo. Él argumentaba entonces que las condiciones sanitarias de aquellos países debían ser pésimas, que no soportaba a los turistas vociferadores y que llevaba muy mal el calor. En definitiva, que le bastaba el salón de su casa para recorrer los rincones más recónditos del planeta sin más esfuerzo que el de levantarse a cambiar de documental en el DVD o, como mucho, aventurarse por el pasillo a aligerar la vejiga a fin de resistir sin interrupción otros mil años de civilizaciones perdidas.

Una vez nos hubimos despedido de él, Clara me comentó que le parecía un tipo divertido aunque un tanto prejuicioso. También le chocaba que se reafirmase tan orgullosamente en su soledad cuando era evidente que en realidad disfrutaba haciendo gala de su ironía y erudición ante un público, por muy pequeño que éste fuese.

Pasó una semana y no me extrañó volver a recibir una llamada de Armando, pero sí la forma en la que fue directamente al grano, sin decir hola siquiera.

-Mira, he pensado que como te vi el otro día tan afectado por lo de mi jarrón sí que habría una manera de que me compensases.

Tuve que pararme a pensar de lo que me estaba hablando. ¿Perdona? De buena gana le hubiese explicado que ya no estaba tan afectado, en parte, sobre todo, debido a que él mismo no le había dado importancia. Pero como también recordaba haberme comprometido a compensarle, le dije que sí, que pidiese lo que quisiera.

-Pues ya que vais a la India quisiera...-aquí hizo una pausa, pero no porque dudase sobre lo que iba a decir, sino para tomar aliento después de su desbocada entrada-un buda de bronce.

-¿Un buda?-repliqué un tanto descolocado.

-Sí, me encantan y hace años que deseo tener uno. Tráemelo y nuestra deuda quedará saldada-aunque supongo que esto último pretendía sonar gracioso, Armando le confirió cierto tono enigmático que me hizo preguntarme si se estaba refiriendo al asunto del jarrón o a algo de mayor envergadura como, por ejemplo, nuestro enfado anterior.

Le dije que no había ningún problema y, satisfecho, cambió de tema, volviendo una vez más a sus lugares comunes: lo mal que iba España, las cuatro últimas canciones de Strauss por Renée Fleming y un brasileño que le había tirado los tejos en un bar la noche anterior.

-Tenía cara de cerdito-fue su *pero* en esta ocasión. Siempre había uno. O por lo menos, eso es lo que él daba a entender desde su ruptura con Jesús.

Clara encontró conmovedor lo del buda.

-Se ve que en el fondo le encantaría ir. Supongo que si le traes el buda es como si de alguna manera hubiese estado allí.

*

Ciertamente, al hacerme esta petición, Armando estuvo muy presente a lo largo de las distintas etapas del viaje. No podía evitar recordarle cada vez que pasábamos junto a algún puesto callejero en el que vendían figuras de bronce o madera tallada y cuando los guías nos llevaban a las tiendas de rigor, impuestas por la agencia, siempre estaba a punto de comprarlo. Entonces Clara me recordaba que nuestra ruta abarcaba seis ciudades y que sería un trasto con el que tendríamos que cargar. Era mejor dejarlo para el final.

No pude estar más de acuerdo con ella, sobre todo teniendo en cuenta que, deslumbrado por todos los hermosos objetos que nos eran mostrados a toda hora del día, ante los templos, en los mercados o incluso en la mismísima puerta del hotel, me entusiasmé comprando más de la cuenta. Al final nos hicimos con las típicas marionetas de un marajá y una majarani, un turbante, varias camisas y pantalones de una comodidad extraordinaria, un elefante de marmolina, una figura tallada en madera del dios elefante Ganesh, discos de música tradicional, películas indias, libros de mitología, incienso y especias, además de tres tapices. Clara, perpleja, trató de hacerme ver que sería imposible meter todo aquello en el avión, pero al final ella también se dejó seducir y se compró un sari verde y otro rojo y dorado. Al final tuvimos que comprar dos maletas para todas aquellas nuevas adquisiciones. Por suerte, la agencia había puesto a nuestra disposición un coche con un conductor con el que hicimos todo el viaje; de lo contrario hubiera sido impensable ir de una ciudad a la otra con semejante equipaje.

Fue casi al final de nuestro periplo, en el entorno de una ciudad de fantasía, que decidí hacerme finalmente con la figura de bronce. Cuentan las leyendas que los dioses pusieron sobre la tierra a un cisne que portaba una flor de loto en el pico. Brahma prometió entonces que del lugar donde el ave dejase caer el loto él haría un lugar de culto. La flor cayó a orillas de un lago y el sitio acabaría convirtiéndose en Pushkar, en el Rajastán, una de las pocas ciudades del mundo con

un templo consagrado a Brahma. Debido a este motivo, rigen en la sagrada Pushkar una serie de normas que nadie, ni siquiera los visitantes pueden vulnerar, como consumir de alcohol, carne y huevos o incluso hasta que las parejas se besen por la calle.

El guía que nos paseó por Pushkar era un hindú joven y tranquilo llamado Pinku al que manifesté mi deseo de adquirir el dichoso bronce, que no había dejado de perseguirme desde el comienzo del viaje. Nos llevó entonces por una larguísima calle atestada de puestos donde se vendía desde incienso hasta discos de Bob Marley y los Beatles. En una pequeña tienda de un conocido suyo encontramos lo que queríamos. O por lo menos, eso nos hicieron creer, porque de entrada desconfié de que aquella figura sentada en la posición del loto y con pechos femeninos que pusieron en mis manos fuese Sidarta Gautama.

“¿Éste es Buda?” le pregunté al dueño de la tienda, un amable muchacho con las encías completamente ensangrentadas por la piorrea. Él asintió y dado que el negocio estaba consagrado únicamente a la venta de deidades no había motivo para desconfiar de su palabra. La estatuilla no era precisamente barata, pero estaba claro que en España hubiese costado mucho más. Aún así pagué con gusto los cincuenta euros que me pidieron por ella, imaginando lo mucho que le gustaría a Armando, quien sin duda le reservaría un lugar de honor en su salón-museo.

La jornada en Pushkar concluyó con una visita a un templo Sikh y al lago, por desgracia completamente seco en esas fechas, a excepción de una pequeña piscina. Aún así, la visión del atardecer sobre ese paisaje resultaba verdaderamente fascinante. “Esto se llena en una noche de monzón”, nos comentó Pinku mientras contemplábamos el lugar cómodamente sentados en uno de los peldaños o ghats destinados a los peregrinos que acudían a sumergirse en las aguas. Aún así, había unos pocos de ellos nadando en la piscina, sin que resultase sacrílego el hecho de que a unos pocos metros un hombre pasease a una manada de patos o cinco perros dormitasen la siesta sobre la superficie desecada del lago.



He de decir que en todos los lugares que visité de la India encontré el mismo perro, amarillento y escuálido, de una estirpe bastarda que a fuerza de multiplicarse había acabado por convertirse en pura raza de la calle. Respecto a los gatos, sólo llegué a ver dos, en la mezquita de Jama Masjid en Delhi, y dado su aspecto parecía que se tratase de los últimos ejemplares supervivientes de la especie en todo el país. Cuando preguntaba a la gente por qué no se les veía por la calle me respondían que sí los había, pero que estaban dentro de las casas y que eran muy queridos allí.

No era de esta opinión Pinku, quien los juzgaba portadores de la mala suerte. “Es verdad -nos contó- en mi casa sólo entraron dos gatos. La primera vez, al poco se murió mi abuelo y a la segunda, mi padre”. Me quedé perplejo, y sólo se me ocurrió argumentar que hubieran podido transmitirles algún tipo de enfermedad, pero él insistía, se trataba de un animal peligroso, maligno incluso. Cuando le confesé que yo los adoraba y que moría de ganas de volver a tener uno algún día, se quedó pensativo unos instantes. ¿Es que acaso iba a poner mi vida en peligro? Él sonrió y me señaló la pesada figura que acababa de comprar y que llevaba envuelta en papel de periódico, dentro de una bolsa de plástico. “No importa-repuso-si alguna vez pasa esto, tienes el buda para que te proteja con su buena suerte”.

Dado que la conversación estaba teniendo lugar en inglés, y que el momento resultaba demasiado idílico como para enturbiarlo con tonterías occidentales de jarrones rotos y amigos solitarios, no le expliqué que no era para mí. En ese momento, los cinco perros se levantaron, atraídos por la llamada de un vendedor callejero, que a pesar de su evidente pobreza quiso compartir con ellos un trozo de pan. Esto llamó poderosamente nuestra atención y cambiamos entonces de tema, no volviendo más sobre el objeto de bronce en cuestión.

Al día siguiente regresamos a Delhi y de allí volamos a España, donde tardamos todavía unos días en recuperarnos de la profunda impresión que constituyera visitar aquel país, en el que el cielo se envuelve en seda de sari al atardecer y los pavos reales despliegan toda la belleza de sus plumas para anunciar la lluvia.

*

Los primeros días tras nuestro regreso me moría de ganas por ver la reacción de Armando cuando le entregara aquella preciosa pieza que, una vez pesada en la báscula del baño, dio la sorprendente medida de casi cinco kilos. Por fortuna, las buenas artes de los empleados de la compañía de viajes bastaron para que no se nos cobrara ninguna tasa adicional en el aeropuerto, ni por ella, ni por las dos maletas de más que volvieron con nosotros, cargadas de superficiales recuerdos.

-Desde luego, ya puede estarte agradecido tu amigo-me dijo Clara-mira que cargar con ese muerto desde la India hasta aquí.

Por lo pronto, el *muerto* se quedó en una maleta, dentro de su envoltorio de papel de periódico, a la espera de que Armando regresara de su acostumbrada estancia estival en el pueblo de sus padres, en Galicia. Aún así, lo llamé para comunicarle que ya lo tenía. No hizo falta, porque apenas oyó mi voz, me preguntó a bocajarro por el buda. Le repliqué todo entusiasmado que sí.

-¿Y no será una mierda?-se mostró desconfiado-¿no te habrán vendido uno de plástico?

En absoluto. Le describí detalladamente su aspecto y su peso y pareció mostrarse satisfecho. Dado que no regresaba hasta finales de agosto, tardaría todavía unas tres semanas en comprobar lo bien que había cumplido yo el encargo.

-¿Tres semanas?-bromeó Clara. ¡A ver si al final iba a acabar queriendo quedármelo!

¡Qué va!, le repliqué. Con la cantidad de cosas que habíamos comprado, ¿qué íbamos a hacer con un trasto más, y especialmente tan voluminoso? Además, no saldría de la maleta hasta el día en que Armando viniera a buscarlo.

Pasaron las semanas y mi amigo regresó por fin a Madrid. Sin embargo, nuestro encuentro tardó en producirse, y ello a pesar de que hablábamos frecuentemente por teléfono. Por algún motivo desconocido, Armando pretextaba estar cansado o sus recurrentes ataques de gota para no quedar, aunque en ningún momento me dio la impresión de que sus evasivas se debieran a algún tipo de enfado. Sencillamente, él era así. A lo largo de los años, me había acostumbrado a sus repentinas desapariciones, a que se pasase dos o tres semanas sin coger el teléfono, ni siquiera a horas en las que por fuerza tenía que estar en casa. Luego, de forma igualmente inesperada, retomaba la rutina de llamarme y volver a querer quedar para cenar todas las semanas. Y en todos esos reencuentros se comportaba como si nada hubiera pasado, obviando sus largas ausencias en las que era evidente que algo había tenido que pasar. Dado que a excepción de mí, sus amistades se limitaban a dos o tres ex compañeros de anteriores institutos con los que se citaba muy de vez en cuando, no se me ocurría sino que todo ello tuviera una justificación sentimental. Si era así, no dejaba de resultar extraño, porque a lo largo de los años Armando me había confiado sus más escalofriantes secretos, desde su intento de suicidio a los veintiún años, al resentimiento que todavía le inspiraban en ocasiones sus padres hasta los más sórdidos detalles de sus años de convivencia con Jesús. ¿Por qué se andaba entonces con tantos miramientos? Clara opinaba que quizás no le importara compartir detalles de sus historias pasadas, pero no de las que estaban desarrollándose en ese momento. "Al fin y al cabo-concluía-es muy respetable que quiera tener su privacidad". En eso no podía estar yo más de acuerdo, pero me resultaba un poco injusto haber tenido que ser su paño de lágrimas, en ocasiones a tiempo completo (porque no le daba reparo alguno llamar en plena madrugada si estaba atravesando por una crisis, hábito que le pedí que interrumpiera cuando empecé a vivir con Clara) y no participar siquiera testimonialmente de sus alegrías.

Entre largas y llamadas sin respuesta, no nos vimos la cara hasta bien entrado el mes de septiembre, cuando Armando ya se había reincorporado a su instituto. Dado que habíamos quedado en un restaurante italiano situado en la Carrera de San Jerónimo y que yo había aparcado por el Templo de Debod, decidí dejar el buda en el coche para no tener que cargar con él todo aquel trayecto a pie. Supuse que después de cenar bajaríamos andando hasta la explanada del templo y una vez allí, llevaría a mi amigo en coche a su casa con el ansiado regalo.

Tal y como había imaginado, no hizo mención alguna de sus actividades desde su llegada a

Madrid. Igualmente, tampoco preguntó por el buda. Sólo cuando interrumpí su disertación sobre la arquitectura del Segundo Imperio francés para decirle que lo tenía en el coche y que luego lo recogeríamos, torció el gesto y replicó:

-¿Y tenemos que bajar hasta el templo de Debod? No, gracias. Ya me lo darás otra noche- y continuó hablándome de Garnier, Viollet-le-Duc y otros ilustres desconocidos para mí, con tanta pasión que hubiera podido pensarse que se trataba de sus más queridos amigos de la infancia.

Cuando llegué esa noche a casa, la pregunta de Clara fue inevitable, al igual que su reacción:

-¿Que no se lo ha llevado? ¡Vaya tío raro!

Dos semanas después, tuve la precaución de aparcar muy cerca del lugar donde cenamos, un restaurante chino que por pura casualidad se llamaba *El Buda feliz*, situado en la calle Luna. También en esta ocasión tuve que sacar yo el tema y Armando, como si el asunto le resultara ya cansino, se encogió de hombros. Había pensado en tomarse unas copas por sus garitos habituales de Chueca cuando yo me fuera a casa. ¿Tenía que cargar con un objeto de casi cinco kilos durante toda la noche? No, gracias, ya se lo llevaría en otra ocasión.

-¡Como una puta cabra!-fue lo primero que dije cuando entré en casa a eso de las dos de la madrugada, sin dar tiempo siquiera a Clara a hacerme la pregunta de rigor. Pero a ella le extrañó aún más que estando tan cerca el coche, en el parquin de la calle Luna, Armando ni siquiera hubiera tenido la tentación de echarle un vistazo a la figura de bronce.

-¿Será que no lo quiere?-se preguntaba. Tan perplejos estábamos, que incluso tardamos un par de horas en dormirnos, pues cada dos por tres se nos ocurría alguna descabellada hipótesis que justificara aquel proceder. Dándole vueltas y vueltas, la que más me llegó a convencer a mí fue que Armando, en el colmo de su retorcimiento, hubiera querido joderme haciéndome cargar con aquel trasto durante todo el viaje por la India. Aunque Clara se inclinaba más por pensar que acaso había sido una prueba para comprobar en qué medida tenía yo por importante aquella amistad.

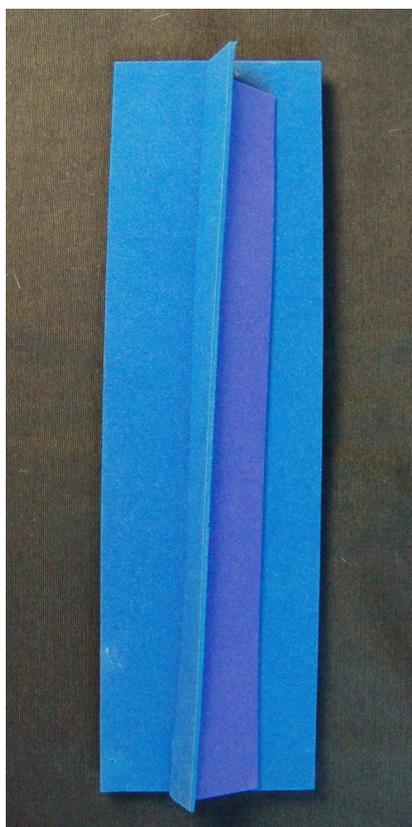
-Pero si es eso es así-observé yo-ya he pasado la prueba. ¿Qué le cuesta ahora quedárselo?

-Quién sabe. A lo mejor se ha dado cuenta de que tiene demasiadas cosas en casa y no sabe dónde meterlo.

Huelga decir dónde sugerí que podía ponerlo a buen recaudo. Y así, entre risas tontas por el chiste fácil, apagamos la luz y nos dormimos al fin.

Pasaron varios meses hasta que mi excéntrico amigo y yo volvimos a vernos las caras. De vez en cuando me llamaba por teléfono y me soltaba una perorata de al menos una hora de duración sobre las materias más variopintas, desde política internacional a las comedias italianas de los cincuenta, sin hacer alusión alguna al tema que para mí estaba comenzando a convertirse en una obsesión. Una vez acababa de regurgitar aquel aluvión de ideas dispersas que llevaba quién sabe cuánto tiempo ansiando ensamblar en un discurso coherente, ponía punto final a la conversación sin más miramientos, y se despedía con la misma celeridad con la que me abordase, hasta la próxima llamada. He de decir que pese a que apenas me permitía meter baza en medio de sus reflexiones, nunca dejaban de resultarme muy interesantes sus juicios, aunque en ocasiones fuese únicamente por lo disparatados que podían ser.

Llegaron las navidades y Clara invitó una tarde a unos tíos suyos a visitarnos. Como llevaba tiempo sin verlos, no había tenido oportunidad de mostrarles las fotografías de nuestro viaje a la India y los numerosos recuerdos que nos trajimos de



allí. Así pues, nos dedicamos con gran placer a recordar aquellos días con té Darjeeling, y no pudo evitar salir en la conversación el buda adquirido en Pushkar. Clara les relató graciosamente cómo a pesar de haber pasado cinco meses, la figura continuaba en nuestra casa, sin que su virtual propietario hubiese mostrado el más mínimo interés por hacerse con ella. Su tía quiso verla, lo que me hizo titubear, pero Clara me instó a que la sacase de la maleta donde había estado guardada hasta entonces.

Dado que apenas la había visto un minuto cuando la compré en Pushkar no recordaba bien cómo era y al despojarla del papel de periódico en que estaba envuelta me sentí sobrecogido. Era verdaderamente hermosa, y eso mismo opinaron los tíos de Clara.

-¡Pero qué preciosidad!-exclamó la tía y añadió algo que yo temía escuchar: ¿Por qué no os la quedáis vosotros?

Durante esos cinco meses había estado evitando semejante cuestión. Hice todo lo posible por desprenderme cuanto antes de ella y ni siquiera quise echarle un vistazo por miedo a lo que estaba sucediendo ahora. Me estaba encariñando con la figura. Y la misteriosa dejadez de Armando era la culpable de ello.

-No, no-repliqué inmediatamente-se lo prometí. Le rompí un jarrón y a cambio me pidió que le trajera esto.

-¿Y por qué no le compraste otro jarrón y ya está?-razonó el tío, a lo que Clara se me adelantó:

-Su amigo es un tío raro. Martín ha estado intentado todo este tiempo entregarle el buda y él no ha hecho más que darle largas.

-Pues si no lo quiere, con más razón os lo podéis quedar-apostilló la tía.

Traté de atajar la conversación explicando que era un amigo al que no deseaba fallar, pues habíamos estado distanciados mucho tiempo, y cambié luego bruscamente de tema. Ellos no insistieron más. Sólo al despedirse, la tía volvió a expresar su parecer sobre lo bien que quedaba la pequeña estatua en nuestro salón. Y era cierto, porque yo ya no la había devuelto a su rincón en el armario sino que ahora reposaba sobre la mesa del televisor, entre una seda pintada de China y una estatuilla del dios egipcio Min, el del descomunal falo.

Pasaron días sin que volviera a hablarse del asunto, pero cada vez que yo regresaba del trabajo no podía evitar posar mi mirada sobre los verduzcos contornos de aquella figura cuya identidad seguía resultándome incierta. Aunque sus facciones sonrientes podían recordar bastante a las de las más conocidas representaciones indias de Buda, sus pechos apuntaban a una entidad femenina. ¿Pero cuál de entre las 330 millones de deidades que conformaban el panteón hindú? Me lancé entonces a una exhaustiva investigación del enigma, que resultó infructuosa. Su parecido físico con diversas fotografías que hallé de Indra, el señor del cielo, era razonable, a excepción de los pechos. También busqué representaciones de las diosas Laksmi y Sarasvati sin resultados concluyentes, aunque algunas estatuas de bronce de Parvati en páginas de coleccionistas en internet me generaron ciertas dudas. Por lo que leí, Parvati era la esposa de Shiva y madre de Ganesh, cuya figurilla tallada en madera habíamos colocado en el armario del baño. Al parecer, representaría la energía cósmica, inseparable del concepto puro de conciencia que sería Shiva; eso al menos en una de sus encarnaciones más benévolas, pues otra de ellas sería la de Kali, la terrible diosa negra, que según leí, era representada con el rostro y los pechos manchados de sangre, dos cadáveres a modo de pendientes, un collar de calaveras y una faja confeccionada con manos de hombres muertos. Nada que ver, en definitiva, con la risueña serenidad que inspiraba la figura del salón. De todos modos, ¿por qué el vendedor de Pushkar, supuestamente un buen conocedor de su oficio, nos habría vendido a Parvati cuando era un buda lo que buscábamos? Y todavía más aún, ¿por qué Pinku habría colaborado en aquel supuesto engaño? Para Clara la respuesta era obvia: dinero. O bien no tenían una figura de Buda en aquel momento o querían vendernos algo más caro.

Quizás Armando hubiera podido resolver todas las dudas que nos generaba la figura en cuestión, incluyendo la más acuciante: ¿qué debíamos hacer con ella? ¿cómo podríamos desprendernos ahora del objeto más hermoso que jamás habían albergado las paredes de aquella casa? Y es que cada vez que entraba al salón me veía desbordado por una mezcla de recreación estética y rabia por no poder considerarlo mío. ¿Pero por qué, si yo nunca había sentido la necesidad de poseer algo así, experimentaba ahora aquella cada vez más creciente ansiedad?

La respuesta que me surgía a esta pregunta era siempre la misma: mi amigo era el responsable por haberme expuesto tanto tiempo a la tentación mezquina, pero también comprensiblemente humana, de querer quedármelo. ¿O acaso había sido la estatuilla la que, al igual que hacen los gatos con sus amos, me adoptase a mí en lugar de yo a ella? Para Clara todo era mucho más simple.

-Si te gusta, quédatela.

-¿Pero qué pasa con Armando?-inquirí yo.

-Te ha estado mareando durante meses y parece que no le interesa. Que se joda.

A pesar de la preocupación que suscitaba en mí que la amistad no volviera a romperse, las palabras de Clara supusieron un alivio, porque era exactamente lo que necesitaba escuchar.

-Está bien-dije después de meditarlo-ya que él ni me habla del buda, no se lo volveré a nombrar. Quizás así se olvide de este asunto.

Además, contaba con la ventaja de que al vivir en Aluche y él en el centro, rara vez venía a visitarme. No conducía y le daba mucha pereza tomar el metro o el autobús. No corría el riesgo de que me visitara por sorpresa, sin darme tiempo a ocultar la figura en un cajón.

Lo que no esperaba yo era que Armando, que siempre se había caracterizado por ser el espíritu de la contradicción, mostrase un repentino interés en el *souvenir* apenas dejé de mencionárselo. Y no sólo eso, sino que comenzó a llamarme con mucha asiduidad, insistiendo en que retomásemos nuestra rutina de cenar los viernes por la noche.

-Será que le habrá dejado el rollo con el que ha estado estos meses y ahora se aburre-opinó Clara.

A mí tampoco se me ocurrió una explicación mejor.

Paradójicamente, esa perspectiva de encontrarnos, que me hubiese resultado muy grata antes, comenzó a inquietarme. Aún así, quedé con él. A pesar de que llevábamos cerca de cuatro meses sin vernos me dio la impresión de que había pasado más tiempo. Quizás años. Acaso esta percepción pudo deberse a su radical cambio de aspecto: ahora en lugar de la perilla que le hiciera ganarse el mote de 'el chivo' entre sus alumnos, lucía unas tupidas patillas rizadas, que lejos de rejuvenecerle resaltaban sus numerosas canas. Pero él no parecía advertir ese detalle.



-¿A que me parezco a Pushkin?- comentó jocosamente y me pregunté si se las habría dejado por ese motivo. Y comenzó a relatarme que la belleza mestiza de éste se debía a que su bisabuelo había sido el príncipe abisinio Aníbal, uno de los favoritos de Pedro el Grande, y que acaso su sangre africana fuera la responsable de su ardiente carácter...

La velada transcurrió con la misma aparente naturalidad que siempre.

*

Volvimos a quedar todas las semanas y aunque al principio mi mutismo al respecto pareció asegurar que el tema del buda quedaba atrás, no tardó en referirse a él. Pero no lo hizo como hubiese sido lo lógico, preguntándome directamente y emplazándome a llevárselo. No, lo hizo como era costumbre en él. Con subterfugios extraños en apariencia inofensivos pero que se incrustaban

como pequeñas agujas de culpabilidad en mi conciencia. Por ejemplo, una noche fuimos a un restaurante indio y como descubriera en unas vitrinas del pasillo que conducía al comedor un buda de bronce, este sí claramente identificable como tal, me preguntó como quien no quiere la cosa si el *suyo* era como aquel.

-Parecido-murmuré y aproveché la carta que nos entregó el camarero para cambiar el tema sin demasiados aspavientos.

A lo largo de las semanas realizó varios comentarios de la misma índole, tirando la piedra para esconder la mano inmediatamente después. Si pasábamos delante de una tienda de brocante señalaba los objetos de bronce expuestos en el escaparate y expresaba su predilección por este material, apostillando que por ese motivo me había encargado una figura de esas características. También la triste estampa de un mendigo sin piernas pidiendo en la calle Preciados le hizo sacar a colación las posturas en que era representado Buda en las distintas culturas. Pero cuanto más incisivas eran sus indirectas, más rápidos eran mis giros en la conversación para obviarlas. Siempre había algún cartel cinematográfico por la calle sobre el que llamar la atención o una oportuna llamada perdida en el móvil que me urgía devolver, con lo que le cerraba toda vía posible para continuar con ese tema.

Naturalmente, él no era tonto y se percató de inmediato de que algo pasaba. Los dos habíamos iniciado una partida de desgaste en la que curiosamente los papeles acababan de intercambiarse. Si al principio era mi entusiasmo por entregarle el buda el que chocaba con su indiferencia, ahora me tocaba a mí reaccionar con una frialdad cada vez mayor ante su creciente interés. La cosa era irracional a más no poder, pero al fin y al cabo, Armando la había iniciado y resultaba un enigma en qué devendría. Cada vez más incómodo ante su juego, empecé inconscientemente a espaciar nuestros encuentros. Y así, de una cena a la semana, pasamos a vernos cada quince días y luego una vez al mes. Eso no hizo que mi amigo dejara de llamarme con igual solicitud. Yo pretextaba entonces estar cansado del trabajo de la semana para demorar nuestros encuentros, excusa que, por cierto, siempre había sido la favorita de él cuando le daba por desaparecer. Un día, decidió alterar su estrategia y propuso, en consideración a mi agotamiento, venir él a visitarme a casa y cenar con nosotros. Sorprendido por la encerrona, le dije que sí, aunque luego volví a llamarle inventándome que había olvidado que unos tíos de Clara (no por casualidad, los involuntarios artífices de lo que estaba sucediendo) iban a venir a cenar esa misma noche.

Con una preocupación que ella encontró exagerada, le conté a Clara que Armando había comenzado a estrechar el cerco.

-Fíjate. ¡Dice de venir a casa a vernos! ¿De dónde se ha caído? Si siempre he tenido que insistirle muchísimo para que se dejara caer por aquí, y con la condición de llevarle luego en coche a su casa.

-¡Anda ya!-replicó riéndose-¡parecéis dos críos! ¿Por qué no le dices la verdad? Si es tu amigo, la entenderá. Al fin y al cabo, él ha tenido la culpa. Y si tanto miedo te da, puedes contarle que soy yo la que me he encaprichado con el buda.

Le argumenté entonces que Armando tenía un sentido de la posesión que rayaba en lo enfermizo.

-¿Armando enfermizo?-ironizó-¡No me lo puedo creer!

Por alguna razón desconocida que seguramente explicaría el resto de sus rarezas, mi amigo había desarrollado una extraña fijación con poseer todo aquello que le gustaba. Si en alguna ocasión me pedía prestado un libro o una película y éstos le interesaban, no llegaba a acabarlos. Me los devolvía y luego se los compraba para terminarlos ya en una copia de su propiedad. No encontraba placer en disfrutar algo que no era suyo y buscaba con ansia en tiendas de segunda mano todas aquellas cosas que le hubieran deparado un momento grato a lo largo de su vida. Mi teoría era que, a falta de buenos recuerdos de sus padres, había acabado por idealizar otros elementos de su infancia, tales como las canciones, las series de televisión o los tebeos. Dado que las personas eran para él una constante fuente de decepción, prefería refugiarse en los objetos, que podía controlar con pasar una página o apretar un botón. Y en cuanto a las historias que contaban dichos objetos, eran relatos cerrados, coherentes y revivibles cuantas veces quisiera él sin interferencias ajenas. Ya he comentado que vivía las historias de la ficción como si fueran una versión alternativa de su propia existencia, y es por eso que me las contaba en ocasiones con la voz entrecortada por la emoción, como si acabaran de sucederle personalmente. Por ese motivo, se tomaba como una ofensa las películas que consideraba fallidas e incluso llegó a afearme en una ocasión que le hubiese recomendado *Ratatouille*.

-¿Pero cómo se te ocurre?-me llamó por teléfono indignado-¿es que pensabas que yo me iba a identificar con una rata?

Si uno cometía el error de prestarle a Armando un objeto descatalogado que a él le interesase, ya podía despedirse de él. Daba toda clase de largas para no devolverlo e incluso hasta esgrimía indignado argumentos como “¿pero no dijiste que me lo regalabas?” o “¿por qué no me lo buscas por internet? Mientras, me quedo yo éste”, ante los que uno acababa rindiéndose. Le encantaba esgrimir que aquel material era capital para su tesis doctoral, en la que llevaba catorce años, dos mil páginas y tres ex tutores invertidos, y que no podría devolvértelo hasta haberla concluido.

Mi prevención respecto a no chocar con su sentido de la posesión tiene su origen en la forma en la que acabó su amistad con Antonio. Era éste un amigo que yo le había presentado, que trabajaba de bibliotecario en Torrelodones y al que le encantaban las rarezas editoriales. Era capaz de localizar libros en teoría fuera de circulación desde hacía muchos años y tenía en su casa al menos un centenar de primeras ediciones firmadas por los autores. En sus ratos libres se dedicaba a dejarse caer por el café Comercial de Madrid con una mochila cargada con sus nuevas adquisiciones y un pequeño ordenador portátil, con el que consultaba todas las librerías de viejo on-line del mundo. Supongo que era otra de suerte de fetichismo, aunque mucho más relajado que el de Armando. Le gustaba pedirle a sus amigos que le propusieran retos en este sentido y al cabo de un tiempo les llamaba todo orgulloso, para comunicarles que les había conseguido el ansiado volumen. Naturalmente, esto interesó a Armando desde el momento en que se lo presenté y comenzó a realizarle encargos, que Antonio cumplía con su diligencia habitual. Pronto empezaron a verse con cierta asiduidad hasta el día en que Armando le habló de una obra titulada *Ensayo sobre las directrices arquitectónicas de un estilo imperial*, un título, sin duda, muy propio de mi amigo. Antonio había oído hablar ya de ese libro, editado en los años 40 y en el que se comparaba la arquitectura de esa época con la del siglo de Oro Español. De hecho, confesó que siempre le había picado la curiosidad por leerlo. Total, que se puso manos a la obra y una tarde en que quedamos con él en el Comercial abrió muy ufano su mochila y extrajo de ella un tomo no muy voluminoso y bien conservado a pesar de su evidente antigüedad. No sólo lo había encontrado, sino que además lucía en su primera página la dedicatoria del autor, un tal Diego de Reina. Armando estaba encantado y repasó cuidadosamente las láminas del libro, mientras comentaba:

-Supongo que te habrá costado caro. No importa, porque es algo que merece la pena tener. ¿Cuánto te debo?

-Nada-repuso Antonio rebajando la intensidad de su sonrisa.

-¿Me lo regalas?-por su expresión, no me cabe ninguna duda que hubiera llorado de la emoción de haber obtenido una respuesta afirmativa. No fue el caso.

-No, si lo he comprado para mí.

Una mancha de sangre relampagueó fugaz por los ojos de Armando. Por un instante, vi enrojecerse la piel que envolvía todo el área de su rostro, tal cual si alguien le hubiese arrojado ácido sulfúrico a la cara. Sin embargo, algún frío mecanismo detuvo su inminente estallido de cólera y fue recuperando gradualmente su palidez habitual, antes de preguntarle con una voz que resonó a mármol:

-¿Cómo?¿Pero no te lo había encargado yo?

-Sí-explicó Antonio con cierto nerviosismo-pero no lo he encontrado. Bueno, sólo he localizado este ejemplar. Y como yo te dije que también estaba interesado en él...

-¿Y para qué me lo traes? ¿para que vea lo que disfrutas con él?-Armando lo apartó de sí sin violencia, como quien rechaza un café por estar demasiado caliente.

Antonio le explicó que, en absoluto, que como sabía que lo necesitaba para su interminable tesis (lo de interminable es mío) pensaba prestárselo el tiempo que él desease.



-Además, así no tienes que gastarte dinero en él-trató de animarle. Pero ya era inútil todo lo que le dijera. Armando había puesto la cruz y la raya sobre Antonio y como era su costumbre, no pensaba hacérselo saber personalmente al interesado. Aprovechó un momento en que su ahora ex amigo fue al baño para levantarse e irse de allí.

-Dile que me ha surgido algo-y se marchó sin más contemplaciones. Cuando Antonio regresó se quedó un tanto sorprendido por su repentina partida, aunque más le desconcertó que no se hubiera llevado el volumen.

Esa noche Armando me llamó para desfogarse:

-Ese tío es un puto gilipollas-dijo con la voz temblando de ira-¿qué te parece? ¡Le encargo el libro y se lo queda él! ¿Qué coño le iba a interesar? Le llegó, le pareció interesante y dijo "¡pues para mí!". No quiero volver a verle.

Traté de aplacarle, diciéndole que posiblemente se habría producido un malentendido y que seguro que a no mucho tardar, Antonio le conseguiría otro ejemplar para él, pero ni por esas dio su brazo a torcer.

-¡Me importa un carajo el libro! ¡Lo que importa es el detalle feo que ha tenido! ¡En eso se conoce a las personas!

No volví sobre el tema en unos días y, preocupado porque ya no fuera posible volver a juntarnos los tres, pues pasaba muy buenos ratos con ellos, hice varios esfuerzos porque Armando perdonara tamaña ofensa. Insistí en que si Antonio le apreciaba mucho, en todos los libros que le había conseguido y, sobre todo, en las conversaciones tan interesantes que podían sostenerse con él. Y además, ¿qué coño? Era una buena persona. Esto último le dejó pensativo y consintió en que el sábado siguiente volviéramos a quedar con él, pero no en el Comercial, que le desagradaba sobremanera porque lo consideraba un 'bar de abuelitos', sino en el Antik, uno de sus locales predilectos de Chueca. Sin embargo, no se me ocurrió, quizás por no embarullar aún más las cosas, en poner sobre aviso al aludido para que no volviera a referirse al libro de la polémica. Y así, Antonio se presentó tan campante nuevamente con él, confiando en que ésta vez Armando se lo llevara prestado. El efecto cuando lo puso ante sus ojos fue fulminante. El gesto se le descompuso y rechinó los dientes con tanta fuerza que por un momento temí que fuera a abalanzarse sobre el sonriente bibliotecario y a desgarrarle el rostro de un mordisco. En su lugar, extendió los brazos como un autómatas y aceptó el libro, lo que me dejó bastante perplejo. Cuando Antonio se ausentó un momento para pedir un segundo café, me explicó lo que pensaba a hacer:

-Ahora dejaré el libro aquí-y señaló el hueco entre los dos cojines del diván en el que estábamos sentados-y me largaré. Y cuando me pregunte por él le diré que lo perdí no sé dónde. ¡O follamos todos o la puta al río!

-¿Pero cómo vas a hacerle eso, hombre?-y le dije que no se lo permitiría. Contrariado, Armando se puso en pie. Pues en ese caso, se largaba. Ya nos veríamos, refunfuñó, pero sólo él y yo. Y se marchó sin añadir más. Cuando Antonio regresó, me preguntó extrañado si era Armando el que acababa de irse todo presuroso, dando un portazo que había hecho temblar el suelo del Antik. Pero antes de que yo pudiera inventarme una endeble excusa, él se llevó las manos a la cabeza.

-¡No me lo puedo creer! ¡Se ha vuelto a dejar el libro! ¿Pero en qué anda pensando este hombre?

No pudo obtener Antonio una respuesta clara a esa cuestión, ni esa tarde, ni nunca, porque Armando no volvió a cogerle una sola llamada más.

*

-¡Cómo se las gasta ese tío!-fue lo único que Clara pudo decir una vez le hube relatado todo este asunto. Aunque ya empezó a manifestar sus dudas sobre lo conveniente de dicha amistad para mi salud mental, se le ocurrió un subterfugio a fin de que yo pudiera saciar la sed de budas de Armando y, a su vez, nos quedásemos con la figura de Pushkar. Bastaba con comprar una estatuilla que colmase las expectativas que yo mismo había generado el día en que le llamé entusiasmado meses atrás, a nuestro regreso de la India.

Así que inicié la búsqueda en tiendas especializadas, pero para mi sorpresa, no encontraba nada que se le pareciera. O por lo menos nada que no costase una pequeña fortuna. Comprendí

entonces porqué Armando se había mostrado tan insistente con que le trajese semejante objeto de tan lejos. Lo más barato que hallé fue una figura ni por asomo tan hermosa como la nuestra, valorada en ciento cincuenta euros. La verdad es que hubiera pagado con gusto semejante cantidad el día en que le rompí el jarrón a mi excéntrico amigo, pero ahora, después de todo lo sucedido, no lo juzgaba merecedor de ese detalle. Todo eran estratagemas para no decir las cosas a la cara que, de paso, me obligaban a tomar parte en aquella burda sucesión de omisiones y recelos. ¿Que yo era un cobarde? Puede. Aunque no el único.

Mientras duró la búsqueda, Armando continuó llamando, con continuas excusas para presentarse en mi casa. Desde regalarnos un jarrón que, según confesión expresa, había dejado de gustarle, hasta un supuesto recado que tenía que hacer en Aluche. Yo continué dándole largas y, cada vez más agobiado, empecé incluso a no responder al timbre del portal, por temor a que se le hubiera ocurrido presentarse por sorpresa.

Una mañana Clara me llamó al trabajo y me comentó que, de camino al suyo, había visto en una tienda de objetos orientales un buda procedente de la India –o al menos eso aseguraba el vendedor- que podía servir. Le pedí más detalles.

-No es tan bonito como el nuestro-admitió-pero tampoco es feo. Es dorado y bastante grande.

Quise saber si podría ceñirse a la descripción que yo le diera a Armando, incluyendo su peso.

-Bueno, pesa bastante, aunque no tanto como el otro-concluyó después de ausentarse unos instantes del teléfono para constatarlo.

Costaba treinta euros. Le dije que lo comprase y crucé los dedos para que aquella rocambolesca historia llegase pronto a su fin.

Cuando esa tarde llegué a casa no pude evitar experimentar cierta decepción. No es que la descripción de Clara no hubiese sido certera. Era un buda con todas las de la ley, pero saltaba a la vista que no estaba hecho de bronce.

-Eso no me lo preguntaste-repuso ella-pero puedes decirle que te lo vendieron como tal en la India. Con lo despistado que eres, se lo creará.

Lo examiné detenidamente. En absoluto pesaba cinco kilos, sino cerca de dos, pero al menos era voluminoso. ¿Y qué coño? ¡También venía de la India! Era lo mejor que podía ofrecerle a Armando sin sacrificar el buda original y lo que empezaba a quedar de nuestra ya maltrecha amistad. No perdí tiempo en llamarle e invitarle a comer el siguiente sábado y él, en su más puro estilo, lo emplazó a dos semanas después, alegando peregrinos motivos.

Por fin llegó la tan ansiada jornada. Clara se marchó a comer con otra amiga suya, en parte porque no le apetecía ver a Armando, al cual comenzaba ya a tener ojeriza a cuenta de esta historia. “A ver si esto se acaba de una puñetera vez-me dijo al irse-o eso, o le llamo y le cuento todo para que deje de dar el coñazo”. No pude menos que darle la razón, aunque prefería que el último acto tuviese lugar tal y como se había planificado. Sin alharacas, ni estridencias.

Armando llegó casi una hora tarde y se le veía muy contento. Cuando entró en nuestro piso comenzó a escudriñar todos los rincones, con cierta ansia y no tardé en preguntarle qué buscaba.

-El buda-repuso-qué raro. Pensé que lo tendrías expuesto.

¿Expuesto? ¿Qué idea rara tenía de los regalos? ¿Es que acaso había estado medio año retrasando deliberadamente aquel momento para que yo me encariñase con la figura de bronce y luego arrebatármela con recochineo? Empecé a pensar que las piezas encajaban y que éste, y no otro, había sido su mezquino motivo para que las cosas llegasen a ese extremo. Pero se equivocaba. Porque tanto el buda falso, como el auténtico, estaban guardados en sendos cajones. El primero, porque me irritaba un poco su visión por lo que conllevaba, y el segundo, por motivos obvios. Saqué el buda dorado, que aún permanecía envuelto en su funda de plástico de burbuja y se lo entregué. El no lo cogió.

-¿Es éste?-inquirió como si se tratase de una broma. Asentí, sin poder evitar temblar ligeramente. Seguía sin querer tocarlo y lo deposité sobre el piano de Clara.

-¡Pues no es de bronce! ¡Te han engañado!-dijo con una mezcla de desilusión y enfado-¿Cuánto dices que has pagado por él?



-Cin...cincuenta euros-respondí-o quizás me lío con el cambio...Puede que cuarenta.

Estiró la mano y golpeó con los nudillos la estatua dorada. El sonido hueco que brotó de ella me sonó a "soy falso" y por un instante me vi derrumbándome, confesándole que todo era una broma y haciéndole entrega de la maravillosa Parvati, blasfemamente resguardada en el cajón de mi ropa interior. Quién sabe si lo hubiese hecho de no haber proseguido Armando con su perorata. Afirmó que era una baratija, que me habían timado y que cómo era posible que un hombre de mi supuesta cultura no distinguiera el bronce de una simple escayola pintada de amarillo. Me excusé, alegando las malas artes de nuestro guía y el hecho de que todas las figuras de la tienda donde lo compré fueran de características similares.

-¡Pues estos budas los venden en los chinos a diez euros!-exclamó secamente. Estaba claro que le había decepcionado, aunque no esperaba yo que tanto como para no querer llevarse a su casa el objeto fraudulento. No pegaba ni con cola en su salón, me explicó. Por él, podía quedármelo, es más, apuntó, quedaba muy propio sobre el piano.

-Le da distinción y todo a vuestro piso-la risita áspera que acompañó a este comentario me resultó un tanto ofensiva. ¡Si él se figurase! Pero en lugar de responder a su provocación, la emprendí contra los supuestos embaucadores que aprovechándose de mi buena fe me habían encasquetado aquel trasto. Como Armando me viera muy mortificado, cedió en su severidad y me consoló diciéndome que no pasaba nada, pues al fin y al cabo yo no era un entendido en aquellas cosas.

-Y además-precisó-ése no es un buda indio, sino japonés- y me impartió una clase magistral sobre los peinados y poses de Sidarta en las distintas culturas asiáticas, retomando las reflexiones de aquel día en Preciados, ante aquel mendigo minusválido. Siempre me quedaré con las ganas de saber si hubiera identificado a la deidad de Pushkar.

A modo de compensación, le invité a comer en un restaurante italiano que había cerca de casa y poco a poco el tema se fue diluyendo entre sorbos de lambrusco y cucharadas de tiramisú. Sólo al despedirse con las manos vacías, Armando meneó la cabeza y exclamó con condescendencia:

-¡Anda que un buda de bronce! ¡Las ganas!

Cuando Clara volvió a casa, se sorprendió mucho de que él no se hubiese llevado la figura. Indignada, repuso que era un arrogante y un despectivo y que no se merecía en absoluto ningún detalle por mi parte.

-¡Y encima le invitas a comer! Ponte a sumar todo lo que te has gastado ahora y verás cómo te está saliendo el jarrón de las narices. ¿Y qué vamos a hacer ahora con este otro muerto?

Observé que en una cosa tenía razón Armando: no quedaba mal encima del piano, podíamos conservarlo como recuerdo de aquella pintoresca anécdota. Y allí lo dejamos, con la mirada cruzándose a lo largo de la estancia con la de la otra figura, a la que saqué de su encierro, con la esperanza de que fuese la última vez...A menos que mi amigo pensara visitarme en más ocasiones.

Dado que el tema parecía haber quedado zanjado, retomé mi asiduidad habitual con Armando, que sólo se veía enturbiada por sus sarcasmos acerca de las aleaciones. Cada vez que pasábamos ante una tienda donde hubiera algún objeto de este material me hacía parar y con la ceremoniosidad de un catedrático me hacía recrearme en su figura para añadir:

-¿Lo ves? Bron-ce, bron-ce. Es verde. ¿Lo entiendes ahora?

Me tragué unas cuantas veces mi orgullo a cuenta del chistecito, con la esperanza de que acabara olvidándose definitivamente de ello, pero no fue así. Un día me llamó por teléfono y me abordó con la misma excitación que el día en que me realizase el encargo indio.

-Oye-me exhortó directamente-me parece que el otro día te quedaste un poco apenado porque te habían timado en la India y...



-¿Apenado?-repliqué temiéndome lo peor.

-Y había pensado...Hoy he pasado por una tienda de antigüedades de la calle Pez y he visto dos leones de bronce chinos, preciosos. Si te parece, yo compro uno y tú pagas el otro y quedamos en paz.

¿En paz? Consciente finalmente de que había contraído una deuda mafiosa, no pude menos que defenderme, ésta vez muy en serio. Le repliqué enronqueciendo la voz, sin levantarla en ningún momento, que no era así como se hacían las cosas. Yo le había roto un jarrón y me había ofrecido en su momento a comprarle otro de idénticas características, algo que él rechazó. Igualmente, le traje de la India una figura que no fue de su gusto, pero había hecho todo lo posible por contentarlo. Que me pidiese ahora dinero estaba un tanto fuera de lugar. O una de dos: o le compraba algún objeto durante uno de nuestros viajes que reemplazase al perdido, o no le daba nada. Así de claro.

Resopló ruidosamente antes de responder que de acuerdo, que bueno, que sólo había sido una idea. Se despidió y colgó.

*

El tiempo había pasado. Nada menos que tres años desde que Clara y yo nos conociéramos y decidimos casarnos. No sería una boda aparatosa, sino una sencilla ceremonia con muy pocos parientes. Para hacerla más especial, no la celebramos en Madrid, sino en el ayuntamiento de mi ciudad, San Sebastián, un soleado sábado de noviembre, de la que, paradójicamente, había sido la semana más lluviosa del año. Decidimos ir de viaje de novios a Tailandia y Camboya.

Una semana antes de la boda, invité a unos pocos amigos a cenar, entre los cuales estaba Armando. Dado que jamás felicitaba a nadie por nada, ni las navidades, ni los cumpleaños, ni tampoco le gustaba que se los felicitaran a él, no me extrañó que no me diera la enhorabuena. Pero clamaba al cielo que su más inmediata reacción al enterarse de dónde tendría lugar nuestra luna de miel fuera:

-¡Genial! ¡Así me traeréis un buda tailandés!

-¡Se los mete en el culo!-estallé horas después por teléfono, cuando todos mis amigos, él incluido, se hubieron ido a casa-¡Ahora ya no me cabe ninguna duda de ello!



-¿De qué me hablas?-se sobresaltó ella, pues fueron las primeras palabras que le dije, nada más responderme.

-¡De Armando y sus putos budas! Al principio pensé que lo hacía para joder. Ahora no se me ocurre otra explicación. Se mete budas por el culo para darse gusto y alcanzar el karma. Por eso está tan pesado con que le regale uno.

A Clara le dio un ataque de risa. “¡Pero qué enfermo!” exclamaba una y otra vez. Luego logró sosegar un poco y me preguntó qué es lo que iba a hacer. Aquello ya era más que una cuestión de orgullo. Era mi pulso con él sobre los parámetros en los que se tasaba nuestra amistad. Si no era capaz de ir más allá de los aspectos materiales, allá él. Yo no pensaba dar mi brazo a torcer, igual que él tampoco había dado el suyo.

-Me parece bien-dijo Clara-además, esta vez no vamos organizados y no habrá un Dinesh para llevarnos las maletas. Iremos con dos pequeñas y no podremos sobrecargarlas.

Nos casamos finalmente y Armando, tal y como había supuesto, no nos llamó el día señalado para felicitarnos. Un par de días después regresamos a Madrid y tomamos el avión para Tailandia. Dado que sólo teníamos diez días, porque luego había que volver al trabajo, no pudimos ver más que Bangkok y Chiang Mai, pero bastó para fascinarnos, eso sí, de una manera distinta a como lo hiciera la India. Camboya

resultó, sin duda alguna, una catarsis, y eso que nuestra estancia apenas fue tan sólo de dos días, en los que visitamos los templos de Angkor y un poblado de palafitos de pescadores, en Siem Reap.

Aún a pesar de su reputación de urbe caótica y asfixiante, Bangkok también nos brindó momentos de recogimiento en sus numerosos templos. Dentro de ellos, encontrábamos inevitablemente la misma figura, remitiéndonos una y otra vez a lo relatado hasta ahora. Uno de los primeros que visitamos fue el Wat Inharawihan, poco frecuentado por los turistas, pero dominado por un buda de 32 metros de altura, ante cuya majestuosidad no pude evitar arrodillarme y dejarme arrullar por las susurrantes plegarias de los monjes. Aunque he de decir que este misticismo se vio interrumpido por un pensamiento poco digno que me hizo hipar de risa, provocando más de una mirada airada en derredor mío.

-¿Qué pasa?-preguntó Clara en voz baja.

-¿Te la imaginas- señalé la estatua de arriba abajo-incrustada en el culo de Armando?

Sonrojados de vergüenza, pero sin poder parar de reír, tuvimos que salir de allí antes de que alguien afease nuestra conducta. Lamentablemente, la grotesca imagen, que a Clara le provocaba repelús, no dejó de perseguirnos durante las restantes visitas a los recintos sacros. Ya fuera en el templo del pequeño Buda de esmeralda (en realidad, hecho de jade), o en el Wat Pho, con el mayor Buda reclinado de toda Tailandia, de 46 metros de largo, bastaba una mirada mutua para que se nos hinchasen los carrillos y tuviésemos que buscar un lugar donde soltar discretamente nuestras carcajadas.

-¡Vete a la mierda!-me decía entonces Clara llevándose las manos al pecho de los calambres que le producían las risas-¡Contigo no se puede ver nada!

-¡Pero si no he dicho nada!-protestaba yo, igual de divertido.

-¡No, pero lo piensas!

Cuanto más enormes eran las estatuas y más afiladas emergían las llamas de resplandor espiritual de sus cabezas más nos reíamos, imaginando la hipérbole de las hipérbolas, Armando empalado por su codicia, por su afán absurdo de posesión y manipulación. Toma Buda. El culo de mi hasta entonces amigo había pasado a convertirse en la imagen más negra y honda que pudiera concebir del egoísmo humano, algo totalmente contrapuesto a la sencillez de las gentes que ofrendaban incienso y regalos ante aquellas estatuas doradas.

Y a propósito, me impresionó mucho la historia del Buda del Wam Traimit. Se trataba de una figura que había sido hallada durante los años 30 en un templo abandonado, a orillas del río Chao Phraya. La imagen era de estuco dorado y fue trasladada al modesto templo de Wam Traimit, donde permaneció sin llamar la atención de nadie, hasta veinte años después. Un día alguien decidió trasladarla, pero la grúa encargada de este cometido se rompió y los trabajadores optaron, por superstición, por no continuar con esta labor. La estatua quedó abandonada en medio del fango y allí la hubiesen dejado largo tiempo si no fuera porque esa noche se desató una terrible tormenta que provocó una riada. Al día siguiente, los operarios decidieron limpiar el barro de la estatua y descubrieron que bajo la capa de estuco se ocultaba en realidad un material mucho más precioso. Se trataba de un buda de oro macizo, camuflado durante más de dos siglos, sin duda, para librarlo del pillaje. Este suceso conmovió a toda Tailandia y el redescubierto buda dorado se convirtió en objeto de una gran veneración. Cuando leímos esta historia en nuestra guía, dentro del propio Wam Traimit, nosotros también nos quedamos conmovidos y, por una vez, nos olvidamos del que se había convertido en el leitmotiv recurrente de la luna de miel.

-Parece un cuento-le comenté a mi mujer-¿Cuántas personas habrán pasado delante de él durante generaciones sin saber el tesoro que tenían ante sus ojos?

-Para mí la historia también puede aplicarse al revés-reflexionó ella.

No entendí a que se refería y me lo explicó. Cuántas veces, dijo, no habremos creído que teníamos un tesoro y lo habremos cuidado como tal, cuando en realidad no era más que un molde de estuco, pintado de oro y completamente hueco. E inevitablemente vino mi memoria la imagen de los nudillos de Armando arrancando del cuerpo del buda que rechazase, el soniquete "soy falso, soy falso, soy falso".

*

Días después de nuestro regreso de la luna de miel le llamé. Me preguntó qué tal y le hice un pormenorizado relato del viaje, obviando cuán presente había estado durante su transcurso. Porque no sólo lo recordé en los templos, sino en mercados como el acuático de Damneon Saduak, a las afueras de Bangkok, o en el nocturno de Chiang Mai, donde, como en una suerte de broma de suntuosa escenografía, me encontré deambulando por entre puestos y más puestos atestados de la maldita figura. Cientos y cientos, miles quizás, de budas de todos los tamaños, con los labios contraídos en la misma sonrisa bronceada. Una sonrisa que, aunque se presuponia beatífica y transmisora de la paz, se abría para mí como una herida que se infectase progresivamente cuanto más tratara de ignorarla. Y he de decir que en estos escenarios ya no me reí tanto como en los templos.

Para mi alivio, Armando no hizo alusión alguna a la obsesión de la que me había convertido en partícipe. De hecho, habló más bien poco. Escuchó mi soliloquio sin hacer apenas comentarios y quedamos en vernos unos días después, en la cafetería Mamá Inés de Chueca, que solía frecuentar desde el cierre del Antik.

Cuando llegué allí esa noche, lo encontré ya sentado en su mesa de costumbre, cerca de la puerta. Debía llevar ya un buen rato, a juzgar por la copa vacía que tenía frente a sí. Me extrañó este detalle, ya que no bebía nunca alcohol antes de la cena. Me senté con él y pedí un café. Armando saludó mi llegada con un suave asentimiento con la mirada y comenzamos a hablar de nuestros temas de siempre. En realidad, al igual que el día anterior al teléfono, delegó en mí casi todo el peso de la conversación. Sólo después de transcurrido un buen rato, y aprovechando una pausa que hice para terminar el café, abrió mucho los ojos y me preguntó con un timbre extrañamente suave si me importaba nuestra amistad.

-Pues claro que me importa-repuse descolocado. Y es que a él siempre le había causado rechazo hablar de esos temas, como si la expresión explícita del afecto fuera una suerte de debilidad. De hecho, era el único de todos mis amigos que jamás me había permitido abrazarle y cuando extendía la mano a modo de saludo o despedida siempre estiraba mucho el brazo para establecer una distancia prudencial. Eso último siempre se lo agradecí, ya que padecía de una fuerte halitosis sobre la que jamás llegué a advertirle.

Continué replicándole que por supuesto que valoraba nuestra amistad y que para mí había sido muy importante nuestro reencuentro después de la separación de años atrás. Y era por ello que no quería que un nuevo malentendido volviera a distanciarnos. Asintió y abrió todavía más los ojos, tanto que por un instante llegué a temer que se le cayeran de las cuencas y acabasen en el fondo de su copa.

-Entonces-dijo al fin después de lo que parecieron horas-¿vas a regalarme el Buda alguna vez?

Si había un momento en el que fuera preciso ser más sincero que nunca era aquel.

-No-repuse con tal concisión que sentí mi voz rasgar el aire.

-Está bien...-suspiró él. Y como si se sintiera más aliviado, comenzó a hablarme de otro tema, ya con algo más de naturalidad.

Cenamos y nos fuimos de copas al XXX, otro de sus locales habituales, al que ya me llevaba desde mis primeros tiempos en Madrid, diez años atrás. Allí habíamos vivido momentos muy divertidos, a veces en compañía de otros amigos comunes que él acabó por apartar de su camino. También en el XXX fui testigo de una noche de nervios y tensión cuando coincidimos con su ex, Jesús, sentado en una mesa vecina con la que ahora era su mujer. Armando no paró de temblar de nerviosismo durante toda la velada y a pesar de que se lo propuse, no quiso abandonar el lugar para no mostrarse débil. Jesús y él no se dirigieron la palabra, ni llegaron a saludarse, pero en un momento determinado se cruzaron camino del baño y cuando parecía que estaban a punto de darse de bruces, se esquivaron sin mirarse con una precisión tal que se hubiese pensado que era algo previamente ensayado. Me resultó curioso que la misma fuerza que les había unido años atrás, ahora los separase con igual intensidad, lo mismo que a dos trozos de imán repelidos entre sí por su propia similitud. Aunque también estaba claro que Armando era un experto nato en esquivar a los demás, y no iba serlo menos con la persona que consideraba que le había hecho más daño.

Este tema, y otros habituales en nuestras conversaciones, surgieron aquella última noche en el XXX, pero a diferencia de los años precedentes, sonaban ahora a canción del verano en pleno invierno. El interés que una vez tuvieron parecía haberse evaporado para ambos e

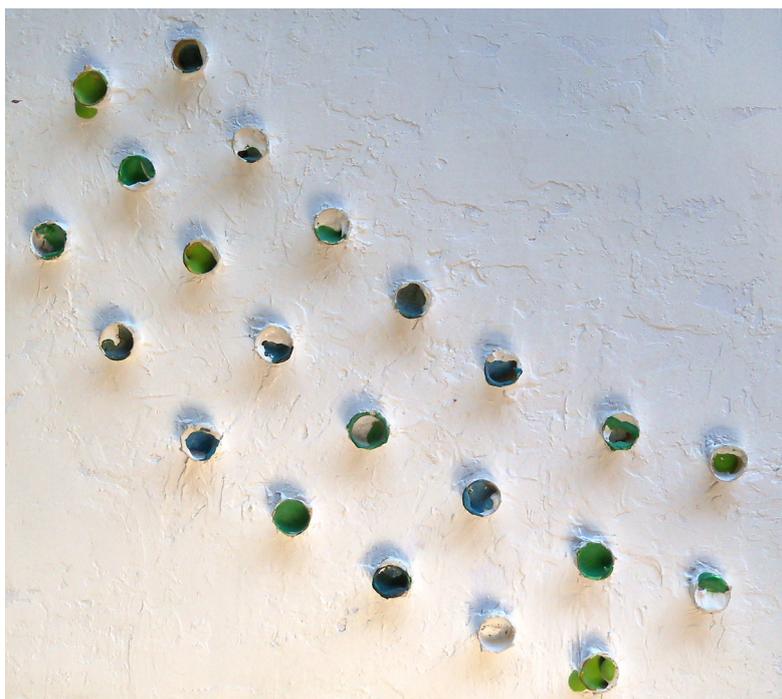
incluso Armando se mostró impostado, desprovisto de la contagiosa rabia que imprimía a sus soliloquios. Dijimos las mismas frases de siempre, nos reímos sin ganas de cosas a las que ya no encontrábamos gracia alguna y nos despedimos con una cortesía de sacristía, como si recitásemos el padrenuestro de corrido.

-Nos vemos-dijo él dándose la media vuelta y perdiéndose por Gran Vía, en dirección Cibeles.

Nunca más he vuelto a verle. Tras un par de llamadas sin respuesta deduje que todo había acabado. A los dos budas, al falso y al verdadero, esto es, al de bronce y al de escayola, los veo todos los días nada más levantarme. Me gusta sentarme en el sofá ante la enigmática figura de Pushkar y contemplarla durante minutos que a veces se convierten en horas. Y en esos ratos me da por preguntarme de quién diablos se tratará y con qué dones recompensará a sus devotos. Pinku dijo que me traería suerte y, aunque no se trate de Sidarta, por ahora la he tenido. También a veces pienso en si cambié el curso de la vida de Armando, quedándome con la fortuna que la deidad hubiera podido traerle a él, tan necesitado como estaba de ella. Y es que lo poco que he sacado en claro de todo esto es que en esta vida somos nosotros mismos quienes hemos de ir en busca de nuestro propio buda, porque si encomendamos esta tarea a otro será él quien se beneficie de ella.

Clara lo ve de otro modo. Según ella, al igual que el jarrón chino, nuestra amistad se había roto hacía mucho. Lo único que hicimos en ese tiempo de aparente tregua fue pegar malamente los pedazos y finalmente éstos acabaron por desprenderse poco a poco hasta reducirse a la nada.

Hace ya más de un año de todo esto y lo contemplo ahora con la misma aureola de escepticismo con la que me pregunto si nuestros pasados viajes no fueron un sueño. Aun así no puedo evitar plantearme la inevitable cuestión de cómo le irá y si habrá logrado en su vida una armonía similar a la que aspiraba a crear estéticamente en su salón. Y dado que mañana Clara y yo partimos de vacaciones a Vietnam, me temo que serán muchas las veces las que en los próximos días me acuerde de mi antiguo amigo Armando.



Poesía

Miguel Velayos

Dibujos: Irene Araus

Los dos poemas están extraídos del libro “Permanencia en el tránsito” de Miguel Velayos

Nota sobre Miguel Velayos

Miguel Velayos (Ávila. 1978) es diplomado en Educación Primaria y licenciado en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Es autor de los libros de poesía: “Esquelas desde Madrid”, con el que obtuvo el premio “Blas de Otero” de la Universidad Complutense, “Yo también quise ser poema”, (Finalista del Certamen de Jóvenes Creadores de Castilla y León) “Desinencias”, “Identidad de edades”, “Permanencia en el tránsito”, y “Política Sesions”. Sus poemas se han publicado en distintas revistas nacionales e internacionales, y colabora con diversos medios literarios.

Ha cursado estudios de Interpretación y forma parte de la compañía teatral “Ambages”, especializada en la unión entre poesía y teatro, y con la que ha representado distintos espectáculos en numerosos festivales y escenarios de la geografía española.

Se dedica profesionalmente a la enseñanza en un Centro Penitenciario. También imparte cursos de poesía y escritura creativa. Actualmente, reside en Madrid.

Web: miguelvelayos.es

Nota sobre Irene Araus

Irene Araus (Madrid. 1.989) es licenciada en Bellas Artes por la Universidad Complutense de Madrid. Ha cursado el Master de Formación de Profesorado de Secundaria y Bachillerato (Universidad Autónoma de Madrid).

Como artista docente ha participado en distintas exposiciones colectivas, destacando entre ellas, su colaboración en el “Proyecto Exposiciones enREDadas” (UAM. II Semana de la Educación Artística. UNESCO. 2013), la exposición “Universidad en Tránsito” con profesores de la UCM, el colectivo artístico “Dentro Fuera” y la Fundación San Martín de Porres, y la exposición fotográfica “Camuflados”.

También colabora en el diseño de cartelería y material gráfico-plástico para diferentes plataformas y colectivos de carácter social y cultural.

La Exposición de Irene Araus “Permanencia en el tránsito”, formada por grabados y pinturas sobre poemas del poeta Miguel Velayos, se ha expuesto en diferentes lugares de la geografía española.

Actualmente, ejerce como Responsable y Educadora de Escuela de Expresión (Villaverde). Reside en Madrid.

Para acceder a algunos trabajos de Irene Araus facilitamos el siguiente enlace:

<http://miguelvelayos.es/obra-grafica>



Exilio de memoria

No queda más exilio que la propia memoria,
los recuerdos que saben
quién has sido, las largas deserciones
de la vida.

... El resto es el futuro
que sólo cumplirás en la distancia...



Hacinados

Hacinados y oscuros por nuestra soledad,
en casas siempre frías de alquiler...
Como si fuesen sombras, las ausencias regresan
trayendo su dolor...

Crítica al sujeto del historicismo en Walter Benjamin

Darío Barboza Martínez

Introducción

En este trabajo pretendo realizar un análisis de la concepción del sujeto que se encuentra presente en la obra de Walter Benjamin para pasar luego a contrastarla con la conceptualización del mismo que se encuentra presente en el Proyecto de la Ilustración. Para ello analizaré como el concepto del sujeto ha sido tratado por distintos filósofos significativos de lo que se ha llamado la Modernidad. Para esa labor me valdré de distintos textos de Benjamin que, ya sea para tratar el concepto de Historia, el lugar del “materialista dialéctico” y su particular “sujeto” –revolucionario- (“Sobre el concepto de Historia”), la obra de arte y la “Historia del Arte” (Eduard Fuchs, coleccionista e historiador), así como el análisis de lo que es la investigación filosófica –entre el conocimiento y la verdad- (“Prólogo epistemocrítico” en *El origen del trauerspiel alemán*), me sirvan para contrastar sus ideas con las de su propia *Escuela de Frankfurt* –especialmente con las percepciones de sus compañeros Horkheimer y Adorno.

A su vez, a través del texto “Concepto de Ilustración” (M. Horkheimer y Th. W. Adorno), mostraré como desde la Escuela de Frankfurt, se lleva a cabo una crítica al modelo de la racionalidad ilustrada y al concepto de sujeto que emana de la misma. Pero al mismo tiempo mostraré las conexiones que persisten con dicho modelo, por parte de estos autores, así como la especificidad de la concepción de Benjamin con respecto a sus compañeros de la *Escuela*. Es dentro de este análisis que habré de señalar las implicaciones que conllevan el mecanismo hermenéutico que utilizan, la dialéctica heleniana, apuntando a una recuperación del propio discurso racionalista. Parte de la consideración de que la argumentación de los autores sigue “al pie de la letra” esa estructura argumentativa desarrollada por



Hegel en la *Fenomenología del Espíritu*. Lo sustento en que al preguntarse por la Ilustración, por el proceso de desencantamiento del mundo, terminan por recurrir a la versión dialéctica para explicar la necesidad de que la razón en primer lugar negase la herencia del mito, pero que al mismo tiempo la contuviese en su seno, como proceso superador en el que consiste, en virtud de cumplir con un *aufheben* que a la vez contiene y supera lo anterior. Sin embargo, la postura de Benjamin, será otra, aunque también se puedan encontrar rastros de esta postura en la propia argumentación de Hegel, que como veremos podemos encontrar en el Prefacio a la *Fenomenología*.

Contextualización de la Escuela de Frankfurt

La escuela de Frankfurt nace en un contexto histórico marcado por el fracaso de las revoluciones en el centro de Europa, especialmente con el fracaso del levantamiento espartaquista de 1919, y el auge de los fascismos (ascenso de Mussolini en Italia en 1922 y de Hitler como Canciller de Alemania en 1933).

Esta escuela va a constituir un núcleo central de la llamada “teoría crítica”, entendida ésta como un punto de confluencia de distintos pensadores que tienen como nexo una serie de intereses o perspectiva común a la hora de encarar el trabajo de investigación científica. Si el lugar neurálgico del grupo va a ser la Escuela de Frankfurt (institucionalmente representada en el Instituto de Investigación Social), los autores centrales de la misma van a ser aquellos que detentarán la autoridad de la misma, esto es Horkheimer, Adorno y Benjamin. A partir de ellos podemos trazar círculos concéntricos de afinidad o pertenencia a la misma. Para establecer un texto autorreferencial sobre la misma, podemos remitir a la lectura de “Teoría tradicional y teoría crítica” en la que se señala la línea en que perseveran, la de someter a examen de manera crítica la realidad y los propios conocimientos surgidos de la razón. Se trata de retomar el trabajo emprendido por Kant o por Marx de realizar una lectura crítica del problema a investigar.

Tratan de poner de manifiesto cual es la tradición en la que se encuentran insertos, la tradición ilustrada, y los defectos o vicios del proyecto de la modernidad, dando cuenta de las herencias, así como las consecuencias no queridas que conlleva dicho proyecto. La postura que se asuma respecto a éste tema va a ser símbolo de la pertenencia o no de un pensador a esta escuela. Así podemos señalar la no pertenencia a la misma de Habermas, realizando una comparación con su postura respecto al proyecto de la modernidad, en tanto que éste último pretende recuperar el proyecto de la modernidad¹, eliminando sus errores, mientras que Adorno y Horkheimer, sobretodo tras el ascenso del fascismo y su etapa norteamericana, desconfían de la propia razón tanto de sus producciones como de su posibilidad en clave emancipatoria. Esto se traduce también en clave política dado que Horkheimer y Adorno parten de la desconfianza a la democracia formal, dando cuenta de la inadecuación de las formas de representación de la democracia, y por tanto, se alejan de cualquier transacción con la tradición liberal, al contrario que Habermas que se coloca dentro de la misma. Esta posibilidad no se tiene en cuenta en los autores dado que para ellos la realidad les ha exigido posicionarse a favor del comunismo o del



¹ Esta postura de Habermas es desarrollada en diferentes escritos suyos y la podemos leer sintetizada en “La modernidad, un proyecto incompleto” en la que se muestra contrario al paso a la posmodernidad dado que considera que ésta se presenta como antimodernidad. Así la modernidad es entendida como ruptura con la sociedad tradicional, colocando como guía de la acción no ya la verdad revelada o las costumbres, sino el análisis racional. Frente a la alarma de tradicionalistas de la desintegración de las identidades postula retomar el proyecto de la modernidad descartando sus errores, el caer en convertir en tradición y regla aquellas lecturas de la realidad que en un momento determinado se han conseguido utilizando el instrumento de la razón.

fascismo. Esto no significa que se posicionen a favor del comunismo soviético dado que se muestran contrarios a esta por su burocratismo o por los crímenes del estalinismo, a la vez que se muestran contrarios a la socialdemocracia por su reformismo. Asumen una postura antireformista, que niega la posibilidad real de reformar el sistema, pero que al mismo tiempo se encuentra sin referencia histórica a la que remitir.

En contraste, Benjamin, se coloca en una posición distante de sus compañeros de Escuela, al señalar la imposibilidad de que la racionalidad pueda ser tomada por un absoluto y que el argumento hegeliano de que “todo lo racional es real y todo lo real es racional” sea verdadero, aún sea mediante su consagración en la Historia. Por el contrario, Benjamin, frente al método dialéctico de sus compañeros, apuntará a la falsedad de la misma, reclamando la consideración de un canal o una perseverancia mística que podemos escudriñar en distintos momentos de la Historia y que la ponen en entre dicho. Para Benjamin existe un anhelo y una resistencia primera que nunca ha dejado de persistir pese a los avatares de la Historia. Pese a que la Historia, como consecución de masacres y humillaciones para el ser humano, ha pretendido legitimarse es ser un proceso de racionalización y de moralización, Benjamin, considera que no es así, que no por haber triunfado, a base de sangre y fuego, puede pretender la victoria definitiva. Benjamin recurrirá a una concepción del sujeto no individualista, en cierto sentido mesiánica y heredera de la tradición judía, de dos clases de tiempo, el tiempo del acontecimiento, y el tiempo lineal e histórico. El tiempo del acontecimiento no se encuentra determinado, no es causal, se encuentra siempre allí a la espera de poder saltar, haciendo aparición allí donde se encuentren las fracturas del tiempo lineal histórico.

La herencia que recogen es la de un Marx más filosófico, frente al Marx de *El Capital*, con lo que los temas que tratarán serán más superestructurales, aunque no dejarán de remitir a la infraestructura y a la última instancia económica. Es por ello que su crítica no será una crítica moral ni filosófica, sino que buscarán hallar las condiciones objetivas de la sociedad emancipada que se han de encontrar gestándose en el propio capitalismo. Partirán de la reflexión teórica Georg Lukacs, al mismo tiempo que incorporarán las reflexiones sociológicas de Max Weber y los descubrimientos teóricos de Friedrich Nietzsche. Es de ahí que se recoja la preocupación weberiana por dar cuenta de las patologías de la modernidad, señalando las consecuencias de la visión tecnológica científica que trae consigo el proceso de racionalización. Se trata de dar cuenta de un proceso que por un lado emancipa y por el otro cosifica. De la misma forma recogerán la sospecha de Nietzsche respecto a la Ilustración por su fe extrema en la razón, la artificiosidad de la división entre el objeto y el sujeto que establece la ciencia, a la vez que pondrá en entre dicho la visión tradicional de la construcción de los sujetos sociales.

El objetivo de la teoría crítica será la elaboración de un método sintético totalizador frente a la parcialización que impone la ciencia burguesa, optando por utilizar la filosofía como reflexión filosófica totalizadora de los saberes, yendo más allá de la reflexión sobre los conceptos, ofreciendo dicha visión totalizadora. Se tratará entonces de desarrollar una hermenéutica histórica, esto es, un método de lectura de la historia que vaya más allá de la narración de los hechos sin caer en teleologías.

Por el contrario, Walter Benjamin, a pesar de pertenecer a la Escuela de Frankfurt tiene una línea diferente de intervención crítica, que no buscaría el encontrar una síntesis meramente acumulativa, debido a que para éste no existe un proceso gradual de acumulación de saberes, sino un saber que se encuentra en el detalle y no da mera cuenta del error y la verdad, sino que se detiene en el detalle, en el acontecimiento particular mostrando su relación con el devenir general o con la totalidad, pero sin terminar por sumergirlo en aquella para hacerlo desaparecer.

Conexiones y diferencias respecto a la concepción racionalista.

La Ilustración supone la paulatina instauración de determinada lectura de la historia de la filosofía y de la ciencia dando cuenta de la paulatina centralidad que ha asumido el hombre en dichos esquemas. Esto implica preguntarse por la posición central que ha ido adquiriendo el hombre como sujeto de conocimiento y como objeto y medida del conocimiento. Esta preeminencia se desarrolla históricamente con la Ilustración y tiene como momento cumbre el idealismo, cuyos sus hitos podrían ejemplificarse con Descartes, Kant y Hegel. Una evolución del pensamiento que frente a la concepción imperante del medievo, en la que el centro estaba regido por Dios, tanto en lo que respecta a la naturaleza como a la historia de los hombres, pasa paulatinamente a centrarse en el hombre, como parte de esa naturaleza a la

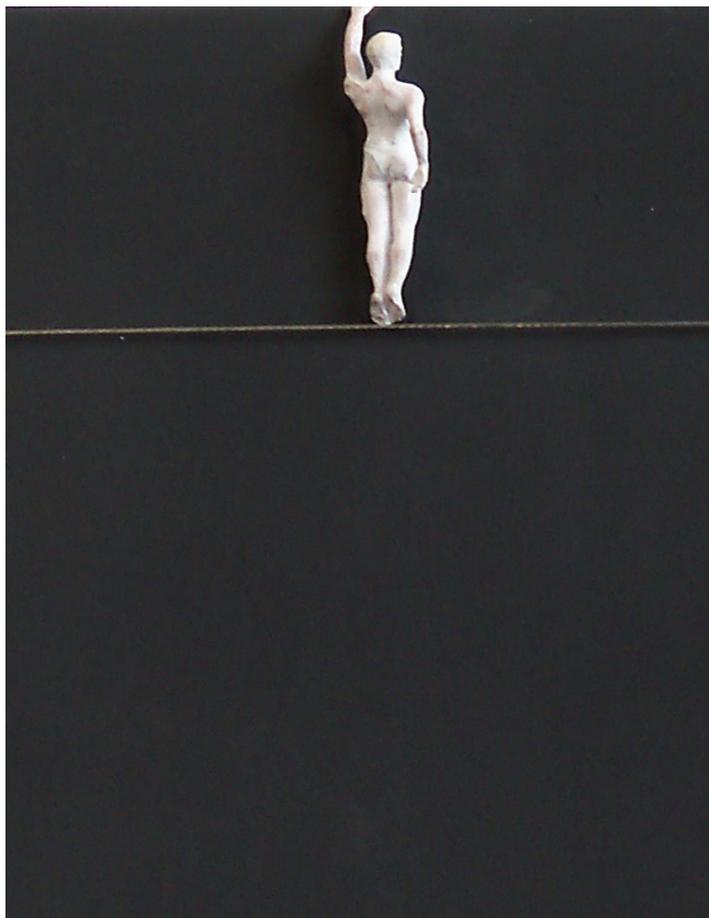
que también transforma, y centro de la historia de su especie. Podemos ver estos momentos brevemente en estos tres pensadores. En Descartes en el conocimiento o certeza de sí, en tanto certeza de su pensamiento, en Kant, en el que el sujeto constituye al objeto, el sujeto trascendental es el que le da forma al objeto de conocimiento y ese es el mundo de la experiencia posible, solo hay objetos para un sujeto, y aquello que la razón no puede conocer es el *noumeno*, el mundo de la cosa en sí que es incognoscible para la razón. Y finalmente Hegel en el que la razón pasa a conocer toda la realidad porque la realidad sería solo una expresión de la razón, se trata entonces de un juego especular, en el que la realidad es la razón y la razón es la realidad.

En la dialéctica del amo y del esclavo se establece una narración plausible de lo que puede ser la creación de la identidad en cada nuevo individuo que se establece en el mundo. Dicha narración nos cuenta que el niño nace y el mundo es suyo, es príncipe de su mundo, el mundo le da lo necesario para vivir, son los padres o los otros los que le suministran el sustento, él tiene su vida solucionada. Pero aún no existe ningún otro, todo le es inteligible. Sólo existe él y lo que ve o siente le pertenece. Sin embargo ese mundo se acaba con la llegada del otro. Surge el "otro" en escena. El mundo del niño se pone en entre dicho, ya no es su mundo, ahora ese mundo pertenece también al otro. Aparece otra conciencia, esa nueva conciencia puede ver las cosas de otra manera. Ya no controla sólo él la realidad, se encuentra con el otro que puede ver la realidad de otra forma, una *conciencia otra* a la que no puede acceder y una realidad que ya no le pertenece sólo a él. Se le

ha usurpado su mundo, ya no puede tener la anterior certeza que poseía, ya no puede tener seguridad en su posesión. Debe destruir o dominar al otro para hacerle admitir su derecho, su posesión, sobre este mundo. Sin embargo aún haciéndole decir, obligándole, que el mundo le pertenece, no puede estar seguro de su sinceridad. Ha de conseguir el reconocimiento del otro para poder sentirse seguro. El reconocimiento del otro pasa por la dominación del otro. Es como resultado de ésta lucha que el que logra dominar se convierte en amo y hace del dominado su esclavo.

Es por ello que esa lucha que se establece entre aquellos dos niños es primero entre iguales, cualquiera de los dos tiene las mismas posibilidades de ganar, pero terminará por ganar aquel que sabe que la lucha es de todo o nada, el que no le baste con una solución a medias. No hay posibilidad de acuerdo, o domina él o el otro, su identidad se establecerá en esa relación, como dominador o dominado. El que gane será quien domine, el mundo estará de nuevo a su servicio, lo único que desde entonces su relación con el mundo será mediada por la relación con el otro, el esclavo que será quien le traiga su sustento. El dominado pierde su mundo, ahora sólo es *para el otro*, pero mantiene una relación directa con el mundo y debe adaptarse a él y gracias a este esfuerzo de adaptación, mediante el trabajo, será capaz de superarse. A raíz de ésta capacidad de adaptación será capaz un día de dignificar su situación, convirtiéndose en clase media, accediendo a la cultura, mientras que el amo al no hacer uso de ésta relación directa con el mundo no logra superarse. Es así que un día la clase de los amos se verá superada por esa clase media que se ha crecido gracias al trabajo. Esto supone finalmente la superación mediante la dialéctica del antagonismo entre el amo (tesis) y el esclavo (antítesis) mediante un nuevo término que conserva y a la vez supera los dos términos *-aufheben-* (Hegel: 1999, 113-121).

Por otro lado, para referirme a la concepción que Hegel establece de la Historia he de referirme a que el individuo es entendido como una construcción que no tiene un sentido absoluto. No es éste el sujeto de la historia. No es el individuo quien realiza la historia. Éste no es más que un *ser para otro*. Es en tanto que vive en sociedad, es por tanto una construcción de la sociedad en la que vive. Esta sociedad en la que vive adquiere consistencia en una determinada cultura, que es obra de un sujeto, éste sí, un sujeto histórico, que obra para sí y



no para el otro, que es la nación. Ésta sí puede decir de sí que se autodetermina en tanto que se dota de su propia cultura, se autoconstituye. En cambio el individuo es construido en tanto que se encuentra culturalmente determinado, dado que nace inmerso en una determinada trama de relaciones sociales y con unos determinados preconceptos culturales. Sin embargo la nación para dotarse de una finalidad moral necesita del Estado, de establecerse como Estado-nación. Esta identificación de la nación con el Estado establece una novedad respecto de los estados antiguos, de carácter patrimonial, donde la identificación con la nación era inexistente o difusa. Se trata de lograr la identificación entre el pueblo y una organización política que le de consistencia, dotar a ese sujeto de un principio moral que encarna el Estado.

Para Hegel la historia es la historia de las naciones –identificadas con las naciones tomadas como identidades culturales–. Hay un “búho” en la historia que se va posando sobre las naciones y las convierte en cabeza del devenir histórico. Algunas de estas naciones son las elegidas y llevan en su seno el impulso de la universalidad. Este transcurso de la historia es un transcurrir por una senda de progreso. Pero éste es un progreso en el espíritu y no simplemente material. Realiza de esta forma una justificación de la necesidad del Estado, como fruto del progreso de la humanidad, y justifica la sumisión al mismo señalando que si bien el individuo parece estar perdiendo a primera vista su libertad, sólo se trata de un momento, dado que tiene como resultado final el acceso a una libertad más plena. Dentro de su seno se convierte en ciudadano dotado de derechos de los que carecía en otros ordenes sociales, ya sea el de un “estado de naturaleza”, en el que el individuo es dueño de sí mismo pero se encuentra solo frente a la adversidad, o bajo el feudalismo en el que se establecían lazos sociales de tipo personal.

Por el contrario para Benjamin la Historia no puede considerarse como un proceso que encuentre su razón de ser en el término, en el fin, aunque dicho fin se encuentre legitimado en ser resultado de un proceso dialéctico que viniese a superar las contradicciones. Para Benjamin no hay posibilidad de reconciliación con la realidad si no existe *reconocimiento* y la Historia sigue omitiendo la existencia de distintos proyectos que pudieron ser y no fueron, y de las luchas de los excluidos, que a lo largo de las épocas se han venido sucediendo. Lo que hace falta es que la Historia sea frenada en su concatenación de causas y efectos, que el tiempo se detenga, para que haga su aparición el *acontecimiento*, dando pie a la entrada del Mesías, como aquel hecho que viene a romper con la monotonía del calendario, o de aquel sujeto revolucionario que posibilite la entrada de algo *otro* (Benjamin, 2008-2:308).

Es cierto que en Hegel podemos encontrar una posición parecida como cuando apunta en el Prologo a la Fenomenología que “...el espíritu que se forma va madurando lenta y silenciosamente hacia la nueva figura, va desprendiéndose de una partícula tras otra de la estructura de su mundo anterior y los estremecimientos de este mundo se anuncian solamente por medio de síntomas aislados; la frivolidad y el tedio que se apoderan de lo existente y el vago presentimiento de lo desconocido son los signos premonitores de que algo otro se avecina” (Hegel: 1999, 12). Sin embargo, Hegel comprende dicho proceso como un “parto”, en el que lo que importa es el resultado, y desconoce los despojos de dicho acontecimiento, aún su dialéctica busque *conservar* y a la vez *superar* los términos de la contradicción en esa integración que va a ser el advenir. Para Benjamin lo que hace falta es que se abran paso los proyectos truncados, que los marginados y humillados, el lumpenproletariado o el proletariado, obtengan su reconocimiento, haciendo que puedan cumplirse y la humanidad pueda por fin reconciliarse consigo misma. Se trata de un reconocimiento a aquellos que han sido siempre humillados y excluidos, y que por la fuerza que les da la necesidad, irrumpen de una vez en esa Historia que les ha negado para hacer cumplir aquello para lo que les han predestinado y sean redimidos. La Historia así sería parada, puesta en entre dicho por la redención, que traería las humillaciones del pasado al presente, dándoles término (Benjamin, 2008-2:305).

Además, si bien Benjamin apunta a un Juicio Final, éste no se encuentra en la Historia, no forma parte de la misma, no es consecuencia de sus cadenas causales, es, por el contrario, ruptura con la misma (Benjamin 2008-1: 306). No es, por tanto, una justificación a posteriori del pasado, ni siquiera en su formato de recuperación y superación. De ahí que Benjamin propugne que el “materialismo histórico”, al contrario del historicismo, se detenga en el hecho concreto y de cuenta de la *constelación*² que lo ilumina, pero sin integrarlo en la historia

2 El concepto de “constelación” tiene una larga trayectoria, emanado del acervo literario a través de Goethe, utilizado como indicador astrológico de la influencia de las estrellas a la hora del nacimiento en un individuo, es rescatado para la sociología y para las ciencias sociales primero por Max Weber que señala que esta es el conjunto de los diversos factores históricos que concurren en la producción de un fenómeno histórico significativo, como por Karl Mannheim y el propio Benjamin. A este respecto: GONZÁLEZ, J. M., “Reflexiones sobre El pensamiento conservador de Karl Mannheim”. Revista Reis 62/93 pp. 61-81.

homogénea y vacía del historicismo, que plantea un amontonamiento de hechos que no son nada *en sí* dado que adquieren su significado sólo en futuro, el único que toma entidad. Es por eso que señala que el materialista histórico no mira los acontecimientos del pasado desde la óptica del presente sino que se separa prudentemente de éste para ver el hecho histórico tal como se produce, influido por la constelación que le toca, que guarda ninguna relación con el acontecer futuro, porque éste hecho no se encarga del futuro, al ser pasado. El materialista histórico si se encarga de escudriñar en el hecho pasado, no para engarzarlo a la Historia, hacerlo partícipe del futuro, sino para traerlo al presente. Se trata entonces de hacerlo salir de las ruinas, que son el producto que deja tras de sí el futuro y que es la verdadera construcción de la Historia. Sin embargo, al recoger aquel hecho histórico en su constelación de influencias, se le hace hacerse presente y postular la redención. El sujeto revolucionario debe hacer presente todas esas luchas que se han visto derrotadas. Al igual que los hechos del pasado que la Historia aniquila o asimila para desvitalizarlos, el sujeto revolucionario es también el mismo un desplazado, marginado o, si acaso, un subordinado, por lo que no debe pretender convertirse en poder, para hacerse con la Historia, sino que debe, tomando conciencia de sí –de las pasadas luchas y del pasado como clase oprimida- hacer saltar en pedazos la Historia y con ella al Poder.

No se trata, por tanto, de hacer como propugna Hegel, ir en busca de lo Real para a través de ella entrar a formar parte de la Idea, es decir, partir de los hechos concretos para a través de ellos ir paso a paso en busca de la meta. Tampoco indica Benjamin que se trate de conseguir rescatar el acontecimiento o hecho pasado para “reconocerlo <<tal y como propiamente ha sido>>” sino, entroncando con su concepción mesiánica, de “apoderarse de un recuerdo que relampaguea en el instante de peligro” (Benjamin 2008-1: 307). Se trata de “apoderarse”, hacerse con esa imagen de la lucha para que sea propiamente la del sujeto revolucionario, para que no sea diferente de aquella, que se enlacen las distintas luchas por que son la misma. Para ilustrarlo, Benjamin, coloca distintos ejemplos, desde la lucha de Espartaco, dirigiendo a los esclavos hacia la libertad que es rememorada por el propio movimiento espartaquista en Alemania, al ser la vigencia de esa lucha de la clase esclavizada en pro de la liberación en “nombre de generaciones de vencidos” (Ibíd.: 313). Y también el propio revival que establece la Revolución Francesa, que instaura un nuevo calendario y se considera no sólo heredera sino el resurgir de la propia República Romana (Ibíd.: 315).

Un sujeto histórico que permanece a pesar de la Historia, obra de los vencedores, del poder, que hace por salir a la luz y redimirse. Si la Historia deja a su paso sólo ruinas en pro de ese futuro que pronostica, la clase universal de los vencidos son los muertos, las mismas ruinas son testimonio de su paso. Y el mecanismo que Benjamin apunta para la labor del materialista histórico es la de recordar, traer a la luz esas luchas, la actualidad de dichas luchas, el señalar que no han sido vencidos del todo y que ha de llegar un día de redención donde el tiempo cronológico se vea obligado a parar, para dar paso al tiempo del calendario, el de la redención, el de los días festivos. Esa tarea que debe acometer el materialista histórico es una tarea de articulación, de construcción, para dar paso a esa actualización, no propia del historicismo, del *tiempo-ahora* (Ibíd.: 315).

Toda esta crítica al historicismo entronca con una crítica a la socialdemocracia alemana de su época, a la situación a la que había llevado la concepción de ciertos postulados marxistas que habían hecho del progreso la confirmación de la victoria de sus principios, colocando al trabajo y el desarrollo industrial y capitalista como en la misma línea que la consecución de los ideales por los que luchaba el proletariado. Esto, a juicio de Benjamin, había convertido al partido socialdemócrata en un partido conservador que se legitimaba en la Historia de los vencedores y veía en ella la victoria de los vencidos. Todo el sufrimiento de las clases subalternas se veía legitimada en la victoria del progreso, en la razón de la Historia, concluyendo en la trampa historicista esbozada por Hegel según la cual todo lo real es racional y todo lo racional es real, con lo que se debe ir a corriente de los tiempos. Por el contrario, Benjamin, exige al materialista histórico justamente eso, el ir contra corriente, ver los hechos a *contrapelo*, para buscar el cuerpo de los vencidos y todos aquellos proyectos que quedaron truncados por el paso de la Historia, de los ejércitos de los vencedores. Por otro lado, ese sujeto de conocimiento, nunca objeto, que se hace llamar “materialismo histórico” es la propia clase oprimida, que toma conciencia de sí, de su situación, porque en eso consiste la rememoración en busca de la redención. Es como parte de esa clase que los “materialistas históricos” deben llevar su labor, es en tanto que se reconocen en aquellos que fueron vencidos que traen a la actualidad sus luchas.

Por otra parte, aquella constelación que ejerce o hace de influencia o constituye a un

hecho o acontecimiento histórico, tal vez al propio sujeto, es visto o en nombrado como una *mónada*, objeto del pensar que se fija en una determinada constelación y con ello la cristaliza. Esto es, según Benjamin, el momento que debe buscar el sujeto revolucionario que la percibe, a la *mónada*, con el objeto de hacer saltar “una época concreta respecto al curso homogéneo de la historia”, con lo que logra al mismo tiempo hacer “saltar una concreta vida de la época, una obra concreta respecto de la obra de una vida” (Ibíd.: 317). A partir de esta percepción se hace eco del procedimiento dialéctico mediante el cual “en la obra queda conservada y superada la obra de una vida”, en esta una época, y en esta última el decurso de la historia (Ibíd.: 317). El tiempo queda así comprendido pero a la vez superado, deja de ser la razón

y justificación de la realidad y se logra que toma asiento en su genuino lugar. Procedimiento dialéctico que difiere del enunciado por Hegel que señala un sentido en la Historia, que hace de los hechos y acontecimientos relevantes sólo en cuanto contenidos, aunque sea mediante el procedimiento dialéctico que nos indica que a la vez se ha de conservar como de superar (*aufheben*) los términos que se contraponen (tesis-antítesis). Por el contrario, Benjamin, nos habla de una constelación que gravita sobre la *mónada*, no simplemente de un enfrentamiento o de dos términos de una contradicción. El *otro* en Hegel se encuentra dentro de la relación y su contrario, pese a que le enfrenta, es parte necesaria de su definición, es el otro constitutivo, tanto porque hay necesidad de ser reconocido por el otro, como que la propia visión que uno tiene del otro es la visión, con sus miedos y temores, que uno tiene de sí mismo (Hegel: 1999, 113-121). En vez, Benjamin, expulsa al sujeto revolucionario de esta relación, que hace del vencedor lo mismo que el vencido, para reclamar la existencia de un sujeto otro que no participa de esa relación y no busca el reconocimiento dentro de una relación de por sí viciada. Lo que reclama no es el reconocimiento por parte de los vencedores, sino propugna recoger de las ruinas aquellos otros proyectos que buscaban escapar de dicha lógica de la Historia, para hacer que en un determinado momento surja esa posibilidad redentora.

Por otro lado, Hegel al preguntarse por el absoluto da cuenta de la necesidad de presentarse a éste como un *sujeto*, así Dios, lo que en verdad es una “locución carente de sentido, un simple nombre”, adquiere su significado gracias al predicado, que le ofrece el sentido. Para dar cuenta de este fenómeno

Hegel nos dice que “con esta palabra se indica cabalmente que lo que se pone no es un ser, una esencia o un universal en general, sino un algo reflejado en sí mismo, un sujeto”. Este sujeto no es más que un punto fijo, carente de sentido, al que se le van a ir adhiriendo significados mediante la predicación logrando así que el contenido se presente como sujeto. El planteo que realiza se dirige hacia la necesidad de que el saber se nos presente siempre “como ciencia o como *sistema*” (Hegel: 1999, 18-19).

Si el *espíritu* para Hegel es un desarrollo en el que una escuela de pensamiento se enfrenta a una escuela anterior, conteniéndola pero superándola, para Benjamin, de la mano de su lectura de Engels (Benjamin: 2008-2, 70), lo rechaza denunciando que no es posible realizar dicho artificio y considerarlo el desenvolvimiento del *espíritu*, en su proceso racionalizador y de descubrimiento de la verdad, por el contrario considera que hay que dar cuenta para el estudio de una escuela de la *constelación* que la vio nacer, hacerlas presentarse dentro de una constelación de influencias, de su acontecer tanto social como económico, para evitar que se la presente como una teoría aislada. Se trata, por tanto, de poner en cuestión el aislamiento de los ámbitos y de sus figuras. A su vez, no se trata sólo de dar cuenta a las circunstancias en las que aconteció el surgimiento de una teoría o escuela de pensamiento sino que se ha de tener en cuenta, también, el proceso de recepción, porque un hecho, y una teoría lo es, nunca



permanece inerte después de acontecer, sino que interpela a los tiempos venideros, pero aquellos siempre suponen una determinada *perspectiva* en su recepción, la de la *constelación* que le influencia. Se trata de la tarea, que debe acometer el “materialista dialéctico” de tomar “conciencia de la constelación crítica en la cual este preciso fragmento del pasado se encuentra precisamente a este presente”. Cualquier imagen del pasado desaparecería si el presente no se puede *reconocer* en ella. Se trata, por lo tanto, de dar cuenta de la supervivencia de lo *reconocido*. (Benjamin: 2008-2, 70-72)

Alrededor del objeto: crítica a los idealismos.

Quiero poner en relieve la labor realizada por Benjamin, que enlaza con el esfuerzo realizado por la Escuela de Frankfurt, de realizar y dotar de herramientas a una filosofía crítica, base de toda investigación científica, con el objetivo de dar cuenta de los límites del conocimiento y de una valoración de sus producciones.

La filosofía desde Kant se realiza la pregunta por la posibilidad de conocer la *cosa en sí* y con ello se plantea la posibilidad de un conocimiento verdadero. Con ello se plantean los límites del conocimiento humano, lo que supone plantear que nuestra razón funciona de una determinada manera y con unos determinados filtros que condicionan nuestra visión de la realidad y tal vez nos la distorsionen. Pero a la vez supone la certeza acerca de que dentro de los límites de la razón dichos conocimientos son plausibles. De dicho esquema se pasará a la certeza en el pensamiento y del sujeto que lo produce en Descartes, hasta llegar a la identificación entre sujeto y objeto -entre razón y realidad- en Hegel en que “todo lo racional es real y todo lo real es racional”. El pensamiento se hace cargo de sus límites para pasar luego a establecer desde ellos su certeza, colocando el hito desde el que lanzarse a la conquista del mundo, estableciendo el sujeto –el Yo- y la certeza en aquello que produce –el pensamiento-, para pasar a la coincidencia entre razón y realidad.

En “Concepto de Ilustración de M. Horkheimer y Th. W. Adorno, se realiza una crítica del concepto de la razón surgido de la Ilustración, del proyecto de la modernidad, como producto de una época. No se trata de una crítica a la “razón” sino de la específica significación que le dio una ideología determinada, la de la ciencia moderna identificada en la acepción que de la misma realiza Bacon y con cuya exposición dan comienzo a su “crítica”.

Es por ello que se realiza una crítica de la concepción de Hegel señalando el nominalismo que se extrae de su lectura del mundo, en la que se pasa de la certeza del pensamiento de la concepción cartesiana, a la certeza del sujeto que construye su objeto, a la identificación de lo racional con lo real, en donde el nombre se identifica con lo nombrado. El idealismo plantea que esa realidad no se extrae de los fenómenos sino de su ser adquirido dentro del proceso. Al decir que la dialéctica muestra toda imagen como escritura (Adorno/Horkheimer: 2001, 78) se señala que todo suceso debe ser entendido dentro de los procesos en los que se haya insertos. Sin embargo, ésta afirmación sobre los procesos, que hacen creer la asunción de una ciencia que de cuenta de fenómenos no esenciales, recae mediante la introducción de la concepción de la totalidad de la historia. La afirmación de la misma como de un proceso que acontece para un fin –causalidad-, recae en la necesidad del absoluto, que es en lo que se termina convirtiendo el resultado del entero proceso dialéctico, como totalidad del sistema y de la historia. Siendo así que el proceso pasa a estar decidido de antemano, con lo que se abre de nuevo la puerta a



una teleología y con ello, como afirman los autores, se vuelve a caer en el mito.

Al final esas relaciones en las que los fenómenos adquirían sentido son puestas ellas mismas como fenoménicas, al ser consideradas ellas también como meros momentos superficiales que han de ser entendidos dentro de una explicación que le ofrezca sentido. Se recurre a la necesidad de establecer un sentido puesto de antemano, al mismo tiempo que se hace necesaria una linealidad de la historia a pesar de la dialéctica. Aquello que se había hecho desaparecer, un sentido en el *ser de la cosa*, vuelve a aparecer como un sentido en el *proceso de la cosa*. Especialmente se ve esto en el proceso histórico, en la dialéctica histórica, que salta sobre los hechos históricos aislados como carentes de sentido, a su sentido en la historia. Si los hechos aislados no podían adquirir significado por sí mismos ahora los adquiere en un proceso que se encuentra ya dado de antemano.

Es en el concebir idealista de que “todo lo real es racional y de que todo lo racional es real” que nos encontramos que los productos de la razón se encuentran realizando una mera repetición de la realidad, que es justificada como producto de la razón por el mero hecho de existir, llegando a una tautología, la de que decir pensamiento y realidad sea decir una misma cosa. Por lo cual terminaría por coincidir con la mitología dado que ésta mediante la representación no estaría más que reafirmando la existencia de aquella, dando cuenta de su esencia.

A este respecto, Benjamin, en el “Prologo epistemocrítico” de *El origen del Traverspiel alemán* critica la concepción sistémica propuesta para la ciencia desde la doctrina de las ideas de Platón, la monadología de Leibniz o la dialéctica de Hegel, como proyectos de descripción del mundo, por la pretensión de “apropiarse de la verdad, la cual sigue siendo una verdad sin grietas, mediante una integración enciclopédica de los conocimientos” (Benjamin: 2006, 229). Pero a su vez, señala la equivocación de partida, al basarse en presupuestos indeducibles, con lo que las teorías solo tienen fundamentación si se refieren a dicho mundo de las ideas.

Así, frente a la concepción de la Historia de Hegel, que considera la categoría de “origen” como una categoría lógica, es señalada por Benjamin como una categoría meramente histórica. Para Benjamin lo que trata de justificar Hegel en su concepción idealista es que, a pesar de los hechos, lo que importan son las conexiones esenciales (Ibíd.: 244).

Al mismo tiempo criticará la conceptualización de mónada presente en la concepción de Leibniz, por la que en cada idea se contiene la imagen del mundo, así como la concepción de la necesidad de las manifestaciones históricas, dado que siempre pudo haber sido de otra manera, cuya presuposición es sólo eso, una mero a priori (Ibíd.: 251). Es lo que señala en el campo de la historia del arte al referirse a los las obras y formas de arte como fases previas necesarias para un desarrollo posterior, señalando para ellas la “necesidad de ser ahí” y, a su vez, conectándola con un espíritu que las precediese o las anunciase. Lo que pretende es denunciar las construcciones o argumentaciones que parten de la reelaboración de hechos (restos) pasados para legitimar el “espíritu de los tiempos”.

Por todo ello, Benjamin, quiere remarcar la posición que debe tomar la filosofía, declarándose como exposición de los hechos, exposición mediante el rodeo en el tratado. Esa forma de pensar se compone de fragmentos, de escritura, que se exponen y comprende sus extremos. No se trata de un sistema ni pretende hacerse con la verdad, porque el objeto del conocimiento no es este. Quienes pretenden el conocimiento de la verdad creen que este es su objeto y que es posible interrogar a la verdad. Pero, para Benjamin, esto es una intención ilusoria, porque la verdad no es el objeto del conocimiento sino solo las ideas están dadas a la observación (Ibíd.: 227)

El concepto de identidad dentro de una crítica a la Modernidad.

A su vez, la linealidad del tiempo se ve reforzada en que a pesar de la dispersión de los hechos y su aparente carencia de sentido, adquirirán éste en el proceso dialéctico, adquiriendo como en el mito un carácter predeterminado. Retorna la inmutabilidad de los hechos, *lo que* es termina por ser racional. Todo entra dentro de la lógica de la modernidad, que no difiere en éste aspecto de la mitología, en el sentido de que una como otra tratan de representar la realidad con el objeto de dominar tanto la naturaleza como a los hombres. La lógica de la modernidad es una lógica de dominio y ésta “...no se paga sólo con la alienación de los hombres respecto de los objetos dominados: con la reificación del espíritu fueron hechizadas las mismas relaciones entre los hombres, incluso las relaciones de cada individuo consigo

mismo.” (Adorno/Horkheimer: 2001, 81) Es decir, la lógica de la modernidad, con su concepción de la razón como razón instrumental, que admite el conocimiento en tanto este sirva para la manipulación de la naturaleza o de los hombres, por un lado separa a los hombres de los objetos –que son en tanto pueden ser dominados–, que pierden su “ser en sí” para “ser para” el hombre, y por el otro cosifica³ las relaciones entre los hombres –las transforma en hechos, en objetos de conocimiento–, es decir, las cosifica para poderlas manipular. Al mismo tiempo la propia relación del hombre consigo mismo es también cosificada, pudiendo ser ella misma manipulada. De ahí que la psicología conductista se arroge la capacidad de manipulación de la propia *conciencia de sí*, la propia conducta. El sujeto se ve entonces capacitado de modificar su conducta, pasando a ser manipulable, convirtiéndose en un *ser para otro*.

¿Cuál es ese otro? En la concepción hegeliana ese otro que si que es un *ser para sí*, la nación dotada de conciencia en el Estado, como *conducción* que dota de sentido al devenir histórico de la nación en su realización. Tanto las relaciones entre los hombres como los individuos mismos no serán más que hechos que deben ser leídos dentro de la realización histórica de la razón en las naciones, como sujetos de la historia, que en su devenir van trazando el desarrollo de la civilización, el desencantamiento del mundo, el progreso y coronación de la racionalidad del mismo. En definitiva, se reifican las relaciones humanas que pasan a ser consideradas como naturales con el objeto de legitimarlas, del mismo modo que se le resto libertad a la propia naturaleza haciéndola coincidir con la razón, transparente a la misma.

El modelo de hombre de la racionalidad ilustrada sería Ulises, temeroso de perderse a sí mismo⁴, preocupado por su propia autoconservación, para la cual establece todos los recursos a su alcance con el objetivo de mantenerse firme en este su perseverar, consolidando la unidad de su propia vida y la identidad de su persona. Para lo cual ha de tener la certeza en la ordenación del tiempo y que dentro de éste el pasado sea inmutable, para lo cual se dota de un sentido predeterminado (Adorno/Horkheimer: 2001, 86). En el mito de Ulises ante el canto de las sirenas se establece la metáfora ante la que queda la razón desencantada, en la que el que goza del conocimiento, del canto de las sirenas, queda maniatado de la relación con *la cosa en sí*, que es abandonada al siervo que la trabaja alienado pues la desconoce.

Es así que se recurre a la dialéctica del amo y el esclavo para representar ésta pérdida producida con la instauración del absolutismo de la razón, que viene a ser considerada como sinónimo de la dialéctica de la Ilustración. Es en este sentido que veo que todo el capítulo del “Concepto de Ilustración” puede ser leído como un comentario a dicho desarrollo en Hegel dentro de la *Fenomenología*. De ahí que continúen, parafraseando el texto hegeliano, aludiendo a que “(...) el quedar exento de trabajo significa también mutilación (...) Los superiores experimentan la existencia, con la que no necesitan ya relacionarse (...) rígidos en el *sí mismo* que manda”. Para luego acudir al propio texto de Hegel y señalar la situación en la que quedan el amo y el esclavo tras la confrontación por la que el primero domina sobre el segundo y se produce el efecto de *reconocimiento*: “El primitivo experimentaba la cosa natural sólo como objeto que escapaba a sus deseos, en cambio, « el señor, que ha intercalado el siervo entre la cosa y él, no hace con ello más que unirse a la dependencia de la cosa y gozarla puramente, pero abandona el lado de la independencia de la cosa al siervo, que la transforma»” (Horkheimer: 2001, 88) Tras esta lucha quedan separados los dos ámbitos, el del que *comanda* y el del que trabaja. Se pasa a dividir entre la representación y lo representado.

Los siervos terminan por encontrarse alienados, sin capacidad de comprender la tarea que desempeñan, el trabajo, el cual realizan al ser objetos de dominio del amo, pero sin hallarle sentido, al mismo tiempo que el amo se degrada al no poder gozar del trabajo y quedarse en el mero disfrute del goce de la cosa. La imagen resultante es la del proletariado con los oídos ensordecidos al conocimiento de la cosa y la inmovilidad física del amo ante la cosa en sí. El resultante social es el convertir a los individuos en eso mismo, en casos únicos, sin contacto entre sí, dentro de una colectividad “coactivamente dirigida” (Adorno/Horkheimer: 2001, 89). Dicha coacción es la resultante de las condiciones de producción, no de influencias conscientes, a pesar de que estas sean “naturalizadas”. Se retoma aquí la concepción marxista de que las relaciones de producción ocultan su condición de ser socialmente constituidas, al

3 Por cosificación me refiero al concepto establecido por Georg Lukacs en *Historia y conciencia de clase* con el que señala que el capitalismo establece como átomo de la sociedad a la mercancía, esto es, un ser inerte, sin vida propia y por tanto susceptible de manipulación, de paso de unas manos a otras. Mercancía entendida como fetiche, que no tiene únicamente valor de uso sino que se le agrega en el valor de cambio un plusvalor que hace referencia a algo ajeno a la cosa misma, a una idealización de la cosa.

4 Se trata de mantener la autoconservación del sujeto, su identidad, su nombre, que es el miedo más ancestral del hombre (Horkheimer: 2001, 84).



ser naturalizadas y tomadas como hechos ajenos a la voluntad de los hombres. Sin embargo no son mero reflejo, sino que mediante su naturalización ocultan que son resultado de relaciones de dominio. Esa es la tarea de la ideología, ocultar el dominio y hacerlo pasar por natural, no sólo de una forma exterior sino estableciendo su hegemonía en cada individuo⁵.

De esta forma el instrumento (la ideología) “adquiere autonomía” legitimando u ocultando el dominio. La razón que partía hacia el desencantamiento del mundo ha omitido la reflexión sobre sí misma y sus productos, haciendo que se reintroduzcan como necesarias, como relaciones objetivas, las ideas míticas de “misión y destino” (Adorno/Horkheimer: 2001, 90). El proceso de construcción de la identidad en el sujeto se puede resumir en hacerle creer “su sí mismo como suyo propio, distinto de los demás, para que con tanta mayor seguridad se convierta en igual” (Adorno/Horkheimer: 2001, 68)⁶. Esto supone adscribirse al concepto, con la premisa –para la ideología de la Ilustración- de que “Nada absolutamente debe existir fuera, pues la sola idea del exterior es la genuina fuente del miedo.” (Adorno/Horkheimer: 2001, 70). Si el pensamiento mítico identificaba lo viviente, los hechos y criaturas, con lo no viviente –aquella narración del mito-, el pensamiento racional realizará la misma labor pero de manera inversa al transformar la narración con los hechos en sí.

Sin embargo el resultado de esta crítica a la ideología de la razón instrumental no termina con un mero rechazo de la misma, sino que siguiendo el mismo proceso dialéctico hegeliano del amo y del esclavo, señala su posibilidad de superación, confiando en que esta huida de la necesidad que el proyecto de la modernidad ha venido esbozando, no termine en la idealización-naturalización de las coerciones que ella ha construido, pasando a constituir la garantía de la futura libertad. El recurso a Marx se vuelve a hacer notar, en esa confianza en el progreso, alegando que con “Cada progreso de la civilización ha renovado, junto con el dominio, también la perspectiva hacia su mitigación”. La certeza en el progreso, tras la crítica a la razón instrumental, permanece inmune. Es un reclamo a que se permanezca atento ante la posibilidad de que el proyecto desmitificador de la Ilustración caiga en un atolladero y termine por reintroducir aquello a lo que trató de desterrar. Y en clave de preocupación por el proyecto socialista -una sociedad emancipada- reclaman ser conscientes de que encontrarse fuera del conocimiento de la realidad, de las condiciones objetivas, lleva a caer en el utopismo, así como la justificación de la realidad mediante la ideología termina por abandonarse a la confianza en la tendencia objetiva de la historia.

La absolutización del dominio que trae consigo el proceso modernizador se ejemplifica en que ya no necesita solo de amos ni de esclavos, sino la interiorización del dominio por todos. La Ilustración termina por desempeñar la labor ya no de desencantamiento del mundo de la mano del conocimiento, sino su utilización para el engaño de las masas, esto es la aceptación por ellas de la necesidad de ser dominadas.

5 Sobre este proceso podemos remitirnos para su aclaración a la concepción que del mismo tiene Althusser, reflexión desarrollada en su escrito “Ideología y aparatos ideológicos del Estado”, en la que se remarca la labor desempeñada por la ideología en la construcción de los individuos y como principal labor de las mismas señala su instrumentalización, su función, en la constitución del propio sujeto.

6 Este punto lo podemos comprender remitiéndonos al escrito reseñado en la nota anterior, de Althusser, que lo utiliza en su concepción de lo que significa en el proceso ideológico de hacer de cada uno *uno* siguiendo el modelo del *Sujeto –Uno-*, hacer de cada uno sujeto a imagen y semejanza del Sujeto –Dios para la ideología religiosa-.

A modo de conclusión

La Escuela de Frankfurt se caracteriza por dar cauce a ese espíritu crítico, abierto por los análisis económicos de Marx -en la línea de Hegel-, que pretendía realizar una ciencia que no tuviese que recurrir para justificar el entramado del sistema a un sujeto trascendental. Así, recogiendo las intuiciones de Hegel, pero sobretudo de Marx, se preocuparon por dar cauce a una ciencia de la historia sin sujeto. Sus campos no se limitaron a la ciencia histórica o a la economía, sino que desde la sociología y la filosofía buscaron ampliar el campo de estudio a realidades poco estudiadas o que habían sido estigmatizadas por un marxismo vulgar que reducía toda explicación a remitir a una última instancia (económica) de todo hecho social. Siguiendo la brecha que había abierto Lukács al emprender un estudio de distintas áreas de la superestructura, utilizando para ello el aparato teórico y metodológico marxista, especialmente en las áreas culturales. Esta brecha no había supuesto una apertura del campo de interés de los estudios marxistas respecto de la *Vulgata* elaborada por los partidos comunistas de la órbita soviética, sino también con respecto a la producción marxista socialdemócrata, que habían basado sus posiciones en ese mismo presupuesto.

Así hemos podido ver como el tema de la ideología, su estudio y su crítica, ha estado siempre presente en los campos de interés de los autores frankfurtianos, así como el estudio y la crítica al Estado, con el objetivo no de crear una teoría sistematizadora del mismo, sino de crear desde una perspectiva crítica un debate sobre el mismo, dando cuenta de su especificidad, sin caer en los reduccionismos típicos de la *vulgata* marxista -la lectura simple, vulgar y *legalmente* reconocidas tanto por las escuelas comunista o la socialdemócrata- que pretendían hacer de la ideología un mero discurso encubridor de una realidad que poseía claridad meridiana, o de una teoría sobre el Estado mucho más completa y que fuese más hacia los detalles, que la típica de un aparato de dominación, dando cuenta de cómo actuaba éste y como se legitimaba.

Así, tal como hemos visto en los posicionamientos de Adorno o Horkheimer, Benjamin también elabora una indagación sobre lo que se trata al hablar de ideología y sobre lo que constituye el Estado y su forma de proceder en cuanto detentador de la violencia legítima, como podemos ver en su obra *Hacia la crítica de la violencia*.

Lo que podemos comprobar en Benjamin es una crítica de plano a la concepción historicista de herencia hegeliana, así como a las pretensiones de un racionalismo modernista, así como a las pretensiones de veracidad de la ciencia o del conocimiento. A su vez, abre una brecha por un pensamiento ético, abierto a la responsabilidad, a la memoria y a la posibilidad de acción. Es un autor que busca encontrar un espacio para la acción libre, para el acontecimiento -como diría Hanna Arendt, admiradora de Benjamin-, que diese pie a una opción siempre posible de que las cosas fuesen de otra forma y que la historia, como una constante generadora de ruinas y muerte, se abriese a un hecho que la desbaratara -llegada del Mesías en la teología judaica- y redimiera a todo aquel que había luchado y se había visto aplastado por los vencedores, siempre haciendo un uso de la rememoración como el instrumento a través del cual traer al tiempo-ahora esas luchas, marcando que estas siguen activas y que no se pueden dar por muertas.

En mi opinión es a través del concepto de *constelación* que logra desbaratar la linealidad de la historia hegeliana, desde su origen a su fin, así como a su sujeto trascendental que la rige (Pueblo, Estado-nación, proletariado...), debido a la *constelación* establece una determinada configuración de influencias no causales -son cosas que se encontraban allí ante aquel hecho-, que lo hacen irrepetible pero, no obstante, memorable -pudiendo surgir y romper el transcurso lineal de la historia y su cadena causal-. Pareciera que Benjamin propugnase otro sujeto trascendental, en este caso el proletariado o el lumpenproletariado - en su propuesta más bakunista-, pero sin embargo no podemos alegar tal cosa porque el sujeto que plantea, que emerge como el Mesías e irrumpe en la cadena causal, no es un sujeto en la Historia, ni mucho menos el Sujeto de la Historia, se encuentra fuera de la Historia y si irrumpe en ella es para desbaratar sus planes.

En clara conexión lógica con los intereses críticos de la escuela frankfurtiana y siguiendo las intuiciones esbozadas por Hegel y Marx al respecto, Benjamin, se plantea una Historia sin sujeto. Un sujeto sin historia, mesiánico, que mediante la rememoración trae la lucha de los vencidos al *tiempo-ahora*, para sacarlos de la muerte y de la ruina a que los condenó la Historia. Se trata de *exponer* esa lucha en el tiempo-ahora, mediante el acontecimiento, desbaratando sus planes. No hay posibilidad de plantear un plan, como sí hace, aunque se los

desbaraten, la Historia. Lo que resta es la rememoración de las luchas de los que antecedieron (tener memoria), se podrán plantear promesas (enarbolar la voluntad de perseverar en esa lucha), pero siempre sin planes (sin pretender que se vuelva a establecer una red causal con su origen y fin).

Bibliografía:

Adorno, Th. W. y Horkheimer, M. "Concepto de Ilustración" en *Dialéctica de la Ilustración*, pp. 59-95. Ed. Trotta. Madrid, 1998.

Adorno, Th. W. y Horkheimer, M. "La industria cultural. Industrialización como engaño de masas" en *Dialéctica de la Ilustración*, pp. 165-212. Ed. Trotta. Madrid, 1998.

Adorno, Th. W. "La idea de historia natural" (1932) en *Actualidad de la filosofía*, pp. 103-134. Ed. Paidós. Barcelona, 1991.

Benjamin, Walter. "Tesis de filosofía de la historia." en *Discursos interrumpidos*. Taurus Ediciones. Madrid, 1982.

Benjamin, Walter. "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica." En *Discursos interrumpidos*. Taurus Ediciones. Madrid, 1982.

Benjamin, Walter. "Prólogo epistemo-crítico" a *El origen del Trauerspiel alemán* (1925), en *Obras completas*, I/1. pp. 222-257. Ed. Abada. Madrid, 2006.

Benjamin, Walter. "Hacia la crítica de la violencia" (1921) en *Obras completas*, II/1. pp. 183-207. Ed. Abada. Madrid, 2007.

Benjamin, Walter. "Sobre el concepto de historia" (1940) en *Obras completas*, I/2. pp. 305-318. Ed. Abada. Madrid, 2008.

Benjamin, Walter. "Eduard Fuchs, coleccionista e historiador" en *Obras completas*, I/2. pp. 68-69. Ed. Abada. Madrid, 2008.

Habermas, Jürgen. "La modernidad, un proyecto incompleto", pp. 19-36. En *La posmodernidad*. Comp: Hal Foster. Ed. Kairos. Barcelona, 1985.

Hegel, G.W.F., *Fenomenología del Espíritu*. Fondo de Cultura Económica. México, 1999.

Horkheimer, M. "Teoría tradicional y teoría crítica" (1937), pp.23-77. En *Teoría tradicional y teoría crítica*. Ed. Paidós. Barcelona, 2002.



Nothing
ever
held
you
like
**ALFRED
HITCHCOCK'S**



ROPE

STARRING
JAMES STEWART

PRESENTED BY
WARNER BROS.

IN COLOR BY
TECHNICOLOR

A TRANSATLANTIC PICTURES PRODUCTION



COPYRIGHT 1948 WARNER BROS. PICTURES DISTRIBUTING CORPORATION.
PERMISSION GRANTED FOR NEWSPAPER AND MAGAZINE REPRODUCTION.
MADE IN U.S.A.

PROPERTY OF NATIONAL SCREEN SERVICE CORP. LICENSED FOR
DISPLAY ONLY IN CONNECTION WITH THE EXHIBITION OF THIS PICTURE.
AT YOUR THEATRE, MUST BE RETURNED IMMEDIATELY THEREAFTER.

48 1375

La soga de Alfred Hitchcock

Nicolas Gálvez Gutierrez

Una buena película se diferencia de las demás en muchas, en tantas cosas. Unas las podemos explicar, razonar, otras las guardamos directamente en el bolsillo del corazón. Y a mi Sir Hitchcock me parece un director de razonamiento, de análisis meticuloso. Y es que absolutamente nada se le escapaba de entre sus manos de director.

Me hace gracia pensar en aquellas famosas entrevistas para Cahiers du cinema entre Alfred y Truffaut!. Truffaut todo corazón y Sir Hitchcock pues siendo...Sir Hitchcock!.

Bueno, diría que una de las diferencias más evidentes para saber si estamos viendo una "buena" o "mala" película es tener la sensación de que cuando tus ojos la están observando estás viendo, recordando otras películas, y a la vez estás leyendo o recordando muchos libros. Viviendo y recordándote a ti mismo, en definitiva. Y esta idea que intento desarrollar no anda para nada reñida con aquel concepto de que una película "buena" ha de ser una película "original".

Soy de la opinión de que todos los buenos, en cualquier campo de la creación, son buenos porque cogieron, devoraron, transformaron lo bueno de los buenos anteriores. Y Hitchcock también.

Lo que menos me interesa de esta gran película es su virtuosismo técnico. A la vista está. Hitchcock era un cirujano de primera, preciso y limpio. Dificultad técnica al grado máximo superada. Travellings de vértigo, elegancia y suavidad de la cámara que nos/les acompaña como una buena amiga, todo ello a un ritmo de nana, no hay cortes, suave como la mantequilla, un baile, vamos.

También es evidente ponerme a resaltar el trabajo de los actores, todos ellos unos campeones de la naturalidad bien llevada y eso que el reto era inconmensurable. Qué decir de nuestro querido James Stewart...? faltarían las palabras.

Por lo que lo que más me interesa y atrae de esta película es lo que quiere decirnos y cómo nos lo dice.

El guión es un guión cinco estrellas, pulido y afinado hasta el máximo. Una delicia de precisión e inteligencia. Basado en la obra de Patrick Hamilton, adaptada por Ben Hecht y Arthur Laurents.

El asunto se resumiría así : ¿tenemos algún derecho a decidir acabar con la existencia del otro? ¿Aun cuando el otro sea un "David" cualquiera?... como uno de los asesinos -y ya veis, que yo ya me pronuncio- en su engrimiento intelectual, en su refinamiento desalmado, nos dice : "los Davids de este mundo no ocupan casi espacio...".

No, no tenemos derecho.

Cuando comencé a verla pensé instantáneamente en El corazón delator de Poe, luego en la película Funny Games (Michael Haneke), más tarde en 21 gramos (González Iñárritu) para pasar luego al gran Dostoievski. Pero nada de esto me servía para tipificar o clasificar al tipo de asesino que me estaba mostrando Sir Alfred. Todos los asesinos que se iban paseando por mi mente no eran estos. Los asesinos de Funny Games eran unos del tipo frívolo, despiadados y torturadores. Realmente es tremendo hablar de frivolidad en el asesinato pero la hay...y Funny Games lo retrata perfectamente, se reduce a una diversión. Tampoco encajaba el asunto con Poe, Dostoievski o la película 21 gramos...¿y por qué?. Porque en estos hay alma, hay arrepentimiento, hay remordimiento, hay impulso y hay visceralidad. En la soga no hay nada de esto. Prueba de ello es que a Hitchcock no le importaba tanto mantener el suspense. Desde el principio nos hace cómplices de lo que hay, vivimos las situaciones que se van generando de la mano de los asesinos. ¿Y por qué?. Porque nos quiere decir más,

mucho más. No se trata de una pelí de asesinatos. Es más que eso, de ahí su genialidad con mayúsculas. Nos muestra el perfil de asesino controlado, aquel que se considera superior. El asesino encubierto de intelectualidad y de refinamiento artístico. En definitiva aquel que ve el asesinato como una bella obra de arte. Soy superior a ti y por eso tengo derecho a matarte. Tremendo. Y al ser un “artista” te mataré bellamente, con una elegante ceremonia, pero, al fin y al cabo...te mataré.

Y, bingo!. Di con mi clasificación personal de asesinos. Son del tipo del genial escritor Thomas de Quincey y su libro: El asesinato considerado como una de las Bellas Artes. La película es Thomas de Quincey. Y aprovecho para recomendar la lectura de este magnífico libro, siempre y cuando os apetezca. Y cómo no ver La Soga de Sir Alfred!.

Y para acabar una frase de Dostoievski: “ Donde no hay amor no hay razón”.

*

La soga (Rope)

La soga de Alfred Hitchcock es una película rodada en 1948 que contaba con un reparto de sólo nueve actores y un escenario único.

Basada en una obra de teatro del dramaturgo inglés Patrick Hamilton, Hitchcock decide adaptarla para la gran pantalla y para ello decide contar con la ayuda de Ben Hecht y Arthur Laurents. En mi humilde opinión no se conforma con hacer una adaptación del texto sino que quiere llevar el teatro al cine y hacer que el espectador sienta esa impresión desde el inicio de la película.

Será el primer film producido por Hitchcock siendo también su primer rodaje en color.

Todo esto suponía un gran desafío pero no conforme con eso, además, decide rodar todo en un solo escenario (un apartamento) del cual sólo veremos el salón, el comedor y el recibidor. Casi toda la película transcurre en el salón que tiene un gran ventanal abierto a la ciudad y por el cual veremos transcurrir el tiempo.

El inicio del film no podía ser más inquietante para la época ...Brando y Phillip deciden asesinar a un amigo suyo, David Kentley, para luego montar una cena donde estarán invitados los padres y la prometida del asesinado, un antiguo novia de la misma (David Kenneth) y el antiguo tutor de ellos en la universidad (Ruper Cadel). Además aparece en escena la ama de llaves . Desde el principio se entabla un juego diabólico, del ratón y el gato, entre los asesinos y los invitados. Brando Y Phillip nos plantean qué como seres superiores pueden quitar la vida a los que ellos consideran como seres inferiores y esto, nos genera un tremendo dilema moral y ético.

Alfred Hitchcock decide rodarla sin apenas pausas , con escenas de hasta diez minutos de duración y eligiendo meticulosamente la colocación de las cámaras en cada escena.

La interpretación de los actores es magistral, lo cual contribuye a que el espectador de sumerja en la película.

Reparto:

Brando (John Doll)
Phillip (Farley Granger)
David Kentley (Dick Hogan)
Rupert Cadel (James Sewart)
Mr Kentley (Sir Cedric Hardwicke)
Atwater (Constance Collies)
Janet (Joan Chadler)
David Kenneth (Douglas Dick)
Mrs Wilson (Edith Evanson)



Foto: Roap. CC. Autor: Bruce Berrien



Manifestación Romani, 1 diciembre 2007. [CC](#). Autor: Philippe Leroyer

Éloignement

Antonio Heredia

El 9 de octubre de 2013, la burocrática aunque bien engrasada maquinaria francesa de expulsiones lleva a cabo la enésima *reconduite à la frontière* de una familia romaní. Es un caso más entre las miles de “reconducciones” anuales (voluntarias y forzosas) a la frontera de inmigrantes romaníes, principalmente originarios de Rumanía y Bulgaria; política sistematizada por el gobierno de Sarkozy y continuada con gran “esmero” por el gobierno socialdemócrata de François Hollande. Esta vez se trata de una familia kosovar casi al completo (el padre había sido “reconducido” un día antes, tras su paso por un CRA o Centro de Retención Administrativa -el equivalente a los CIEs españoles-). Es la familia Dibrani, una madre y cinco niños. Una familia, decimos, casi al completo. Porque faltaba Leonarda Dibrani, de 15 años de edad, y escolarizada en tercer curso del collège André Malraux de Pontarlier, quien es interceptada en plena carretera por la Policía francesa de Fronteras durante una salida escolar a Sochaux, cerca de la frontera con Suiza.

Los profesores de Leonarda relatan en un medio independiente¹ cómo se produjo la detención. El alcalde de Levier (localidad donde se encuentra el CADA o Centro de Acogida de Demandantes de Asilo en que vivían) llamó por teléfono a la propia Leonarda y le pidió que le pasara con una de las profesoras presentes en el autobús. El alcalde le pidió que parase el vehículo, a lo que en un principio ella se negó. Un agente de la Policía de Fronteras fue bastante menos diplomático. Le ordenó que hiciese parar el autocar inmediatamente, puesto que Leonarda Dibrani debía ser “reconducida”, con el resto de su familia, a Kosovo, donde ninguno de los niños conocía siquiera el idioma. Llevaban 4 años y 10 meses en Francia, La más pequeña había nacido en suelo francés. Les faltaba sólo dos meses para acogerse a la circular de “regularización” puesta en marcha por el flamante ministro del interior, Manuel Valls. La profesora pidió a Leonarda que se despidiese de todos sus compañeros, mientras un coche policial espera estacionado detrás del autobús.

Gracias a la denuncia de los profesores de Leonarda y de su hermana, el caso salió a la luz pública. Se sucedieron cientos de declaraciones de repulsa. Manuel Valls pidió un informe a la IGA (Inspección General de la Administración) sobre las “Modalidades de alejamiento de Leonarda Dibrani”². Por descontado, el informe sostiene que no hubo “irregularidades” en el proceso de “alejamiento”, aunque sí una cierta falta de “discernimiento”. Una senadora ecologista escandalizada acusó a la policía de *rafle* o redada³. Pero no por el fondo del asunto, sino por la manera en que se llevó a cabo y en nombre de la pretendida “santuarización de la escuela”. El Front de Gauche (FG) dijo que se trataba de una “crueldad abyecta”, del mismo modo que la asociación pro-romaní “La voix de Roms” lo tildó de “inhumano, indecente e ilegal”. Sin embargo, la opinión pública francesa apoyaba mayoritariamente la política migratoria, y al máximo responsable de ésta después del presidente, Manuel Valls. Un sondeo de opinión BVA realizado para *i-Télé* y *Le Parisien* los días 17 y 18 de octubre de 2013⁴ reveló que el 65% de los franceses estaba en contra del retorno de Leonarda Dibrani a Francia; respecto del espectro ideológico de los franceses, apoyaban a Valls el 89% de los votantes de derechas, el

1 <http://blogs.mediapart.fr/blog/resf/141013/leonarda-15-ans-arretee-et-expulsee-pendant-une-sortie-scolaire> [Consultado el 22.11.2013].

2 <http://www.interieur.gouv.fr/content/download/66015/477543/file/13086-13114-01%20Modalit%C3%A9s%20d%27%C3%A9loignement%20de%20Leonarda%20Dibrani%20-vdefin.pdf> [Consultado el 28.11.2013].

3 <http://tempsreel.nouvelobs.com/education/20131017.AFP9104/leonarda-il-faut-arreter-ces-rafles-benbassa-ecologiste.html> [Consultado el 28.11.2013].

4 <http://www.leparisien.fr/politique/sondage-65-des-francais-opposes-au-retour-de-leonarda-18-10-2013-3238453.php> [Consultado el 28.11.2013].

65 % de votantes socialistas, el 46% de los electores ecologistas, así como el 37% de los del Front de Gauche de Jean-Luc Mélenchon.

Para tratar sin embargo de acabar con toda la polémica, el presidente francés, François Hollande, anunció, en un discurso televisado, que, “por humanidad”, Leonarda podría volver, si así lo deseaba, a Francia, “sola”, sin su familia, algo que fue rechazado de plano tanto por la joven como por su familia. Esta intervención no hizo sino avivar el escándalo.

Aunque han transcurrido décadas desde la desaparición del gobierno de Vichy, este episodio recuerda negros momentos de la historia de Francia⁵. En el lenguaje administrativo francés se llama *alejamiento* a lo que no es otra cosa que deportación, *reconducción a la frontera* a lo que no es sino expulsión. *Medidas de alejamiento, protocolo de reconducción a la frontera, falta de discernimiento*, etc. Todo estos tecnicismos esconden la negra realidad de las deportaciones masivas (¡al Este!) de la minoría gitana romaní, una etnia molesta para el típico FDS (*Français de souche*, o, para que nos entendamos, francesito de pura cepa), así como para nacionales de segunda o tercera generación. “No se adaptan a nuestras costumbres; no se quieren integrar y no aceptan nuestros valores”. Frases de este tipo son repetidas con nimios matices entre políticos y ciudadanos de prácticamente todas las ideologías. Son los “otros”, mendigos y holgazanes, clase pasiva y piojosa que ha de ser democráticamente éloigné, “alejada”, por el bien de *notre République*.

Pioneros tal vez en la “administración norma” y en el uso calculado y sistemático de eufemismos y de tecnicismos para la resolución de cierto “problema” fueron, durante los años treinta y durante toda la II Guerra Mundial (sí, avisado y querido lector), los nazis. Sin salirnos de Francia, la filósofa alemana de origen judío Hannah Arendt nos cuenta en su ensayo *Eichmann en Jerusalén*⁶, refiriéndose al *problema judío*: “Laval y Pétain pensaban [oh, ingenuos...] que estos judíos serían reasentados en el Este (...) ignoraban el verdadero significado de “reasentamiento”. Léase con ojos de aplicado burócrata: reasentamiento. No se limitaban sólo a “alejarlos”, sino que eran además objeto de *Tratamiento especial*. En cuestiones de *asepsia* y de método no les ganaba nadie.



Manifestación Romaní, 1 diciembre 2007. [CC](#) Autor: Philippe Leroyer

⁵ http://internacional.elpais.com/internacional/2013/11/02/actualidad/1383422739_935400.html [Consultado el 28.11.2013].

⁶ ARENDT, Hannah: *Eichmann en Jerusalén*, Lumen, 2013. En formato electrónico. Lectura muy recomendada.



Manifestación Romani, 1 diciembre 2007. [CC](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). Autor: Philippe Leroyer



Vinilo de corte

Rotupia

Ya es sabido que en época de crisis se agudiza el ingenio, y qué mejor manera de combatir las “vacas flacas” que con ganas y creatividad. Rotupía somos Isra y Dilia, y queremos emprender un nuevo camino de autogestión económica.

Nos hemos centrado en el trabajo con vinilo, principalmente porque nos encanta. Es un material que permite unos acabados espectaculares, es económicamente asequible y puede aplicarse a gran variedad de soportes.

Web: rotupia.es





Diseños personalizados

Nos centramos en el diseño y, le damos la importancia que se merece, porque queremos que puedas imaginar sin límites tu idea y asegurarnos de que el resultado final se ajusta lo máximo posible a lo que tú has imaginado.

Lo importante es “la idea” que tú tengas, porque el dónde instalarla y cómo es cosa nuestra: te asesoraremos y ayudaremos a valorar y elegir, hasta que estés totalmente a gusto con la propuesta.

Por ejemplo. Si tu idea es hacerle un tributo a Chavela Vargas, lo importante es encontrar la imagen con la que te sientas a gusto, y una vez que la hayamos diseñado podrás decidir si la quieres poner en una camisa, un delantal, una bandera, en la pared de tu cuarto, en la nevera, en tu coche, etc.

¿Qué puedes vinilizar?

¡Casi todo!. Abarca un amplio abanico de posibilidades tanto en espacios interiores o exteriores. Basta que el soporte sea lo suficientemente liso, y si favorece la adherencia mejor que mejor.

Si tienes muebles antiguos puedes customizarlos dándoles un nuevo diseño, si tienes paredes sosas y quieres llenarlas de vida y estilo, puedes personalizarlas a tu gusto, los electrodomésticos, el portátil, los tarros de cocina, hasta las macetas de plástico más insulsas pueden quedar radiantes...

La bici puedes llenarla de llamas, estrellas, flores o ponerle los lemas que mas te gusten. Le puedes dar un toque personal a tu coche o moto. También puedes tunear tus instrumentos musicales, guitarras, bajos, baterías, los estuches.

Y lo mismo puedes hacer en prendas textiles, por fin puedes tener la camiseta que siempre has querido, bolsos, delantales, banderas...







Oda a las Malvinas

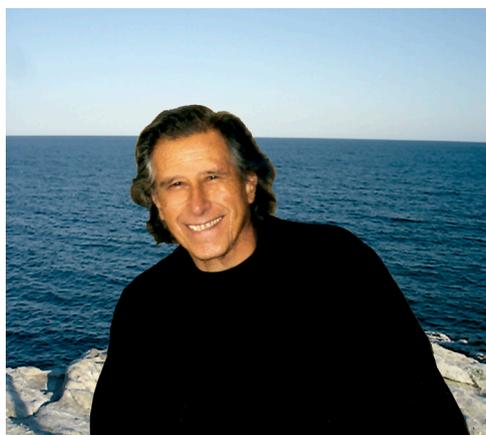
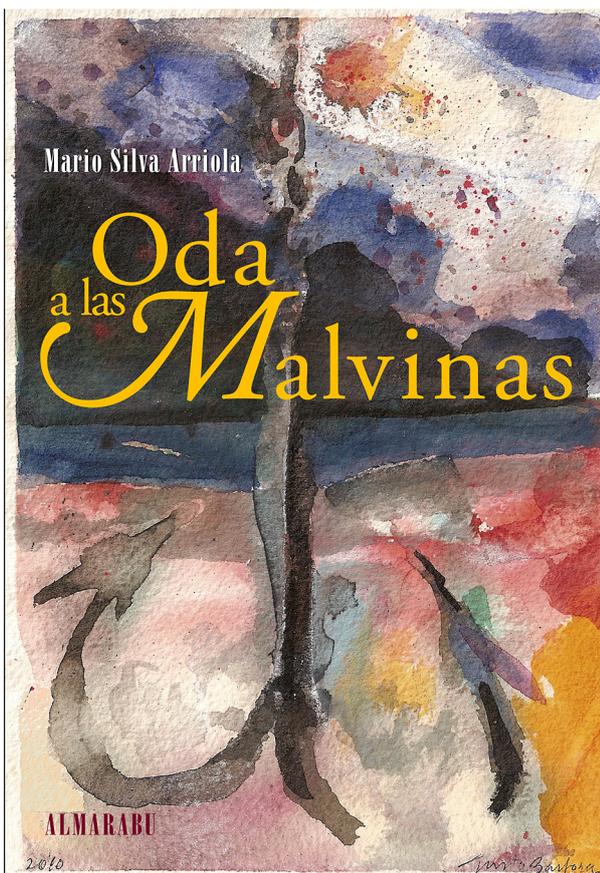
La gestación de la Oda a las Malvinas tuvo como elementos previos infinidad de horas dedicadas a la investigación y el estudio de los trabajos publicados sobre las islas en los cuales se trata de su historia, geografía, fauna, flora, sus vicisitudes humanas, su raigambre en la sociedad argentina, las luchas por su pertenencia, las batallas armadas y diplomáticas, las reivindicaciones seculares y todo lo que atañe y convierte a las islas Malvinas en un símbolo para los argentinos.

Los reclamos internacionales han sido tan numerosos como fallidos en su propósito fundamental, aunque valiosos como testimonio de nuestra irreductible postura soberanista. De este modo se mantiene un statu-quo injusto desde todo punto de vista y que repugna al derecho, la lógica y las normas de convivencia internacional.

Este trabajo tuvo que navegar por la historia, los hechos y el paisaje malvinense, atravesando muchas tormentas conceptuales y emotivas que fueron sorteadas utilizando la brújula de la mayor dignidad posible.

Páginas: 88 / Rústica con solapas / Formato: 14,5 x 21 cm / PVP: 10 €

Solicitar a Revista Tehura (más gastos de envío para España)



Mario Silva Arriola nació en Buenos Aires, Argentina, donde obtuvo el título de abogado por la Universidad de Buenos Aires. Ejerció la profesión estrechamente ligado a la defensa de los derechos humanos hasta junio de 1976, año que determinó su exilio. Tras varias peripecias vitales, se radicó en Madrid, España, donde en 1977 convalidó su título y volvió a ejercer, y lo sigue haciendo, como abogado colegiado en el Ilustre Colegio de Abogados de Madrid. Desde 1983 posee la nacionalidad española.

Entre sus obras editadas podemos destacar: *Poemas de cuatro amores* (Stilcograf, Buenos Aires, 1960), *Perfil de la actual poesía paraguaya*, en colaboración con José Isaacson (Amistad, Buenos Aires, 1961), *Canciones* (Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, 1962), *Natalia, país de la calesita*, ilustrado por Jean Cocteau y Naum Goijman (Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 1962), *Amor al odio y otros poemas* (Corregidor, Buenos Aires, 1995). Ha colaborado en numerosas publicaciones internacionales. Sus trabajos figuran en diversas antologías de poesía argentina e hispanoamericana.



NORMAS DE PUBLICACIÓN

La finalidad de Revista Tehura es abrir un espacio para la publicación de trabajos de investigación en las diversas disciplinas del saber.

El formato de los originales, que se pueden enviar en castellano, inglés y francés, es el siguiente:

- **Artículos:** en torno a 25 páginas a doble espacio. La primera página debe contener, por este orden: título, nombre del autor, Resumen/Abstract de unas 8 líneas de 70 caracteres cada línea, y hasta 6 Palabras clave, en el mismo idioma que el texto y su traducción a otro idioma, en ambos casos.

- **Notas Críticas:** máximo de diez páginas a doble espacio, de 35 líneas y 75 caracteres.

- **Reseñas de libros recientes:** máximo de dos páginas.

- **Propuestas gráficas:** variable según el proyecto. Dos modalidades: proyecto monográfico o ilustración de artículos.

En la primera página de Artículos y Notas Críticas, junto con el nombre y apellido(s) del autor se ha de indicar a pie de página, mediante llamada de asterisco: la dirección postal (profesional o particular), y el e-mail. Las notas bibliográficas deben incluirse a pie de página y redactarse como sigue:

- Libro: Laclau, Ernesto: Política e ideología en la teoría marxista, Madrid, Siglo XXI, 1978.

- Capítulo de libro: Campos, Victor: "Universo y tempo", en: M. Carpentier y G. Sarlo (eds.): Nuevo siglo, Madrid, Virus, 1999, pp. 61-85.

-Artículo: Altamirano, Carlos: "Conceptos de Sociología", Punto de Vista (Buenos Aires), nº 8, Diciembre 1983, pp. 61-83.

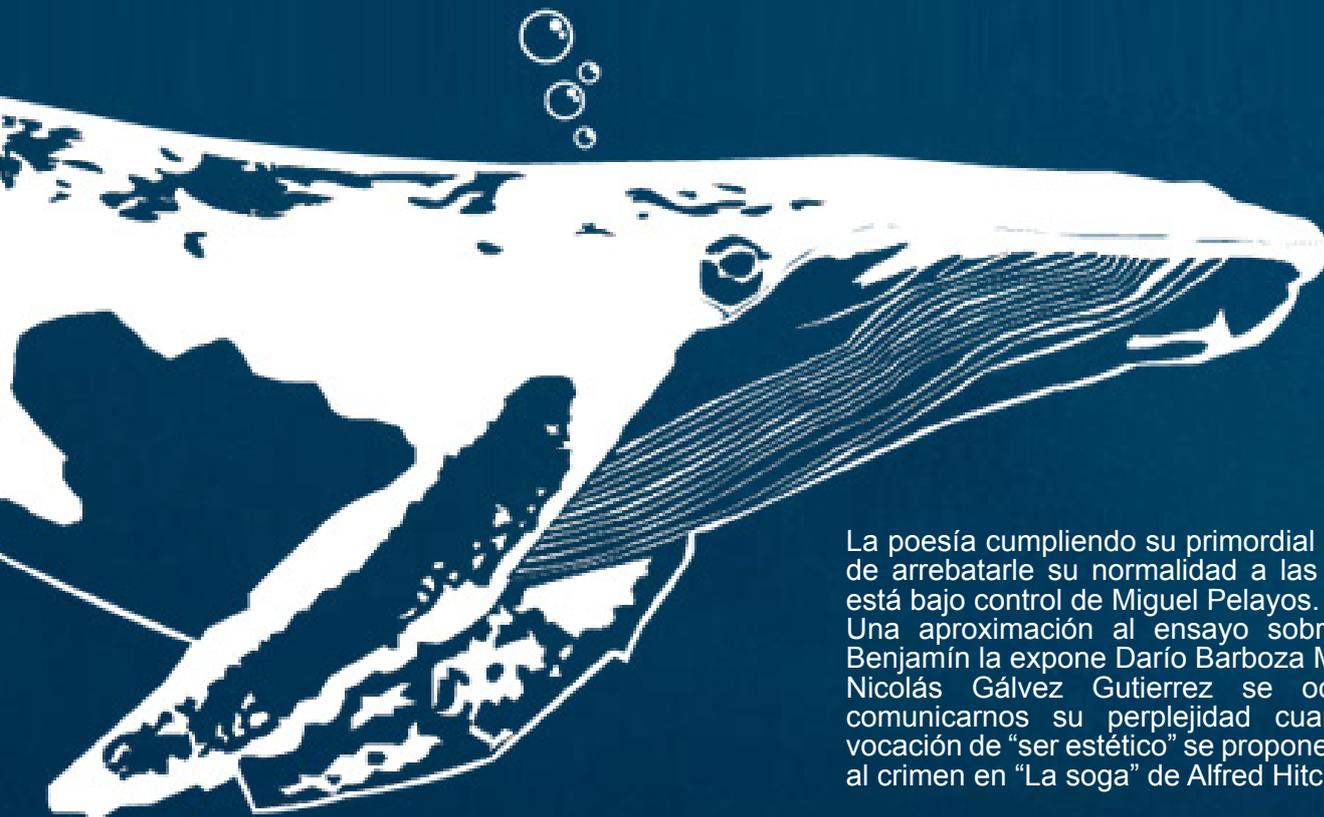
Las referencias bibliográficas al final, en su caso, deben comenzar por el apellido del autor, para ordenarlas alfabéticamente.

Derechos de autor: el autor que envía su artículo a la Revista Tehura se compromete a autorizar su publicación. A los autores corresponde tanto la responsabilidad de las opiniones expresadas en sus trabajos como los derechos de autor sobre los mismos.

Procedimiento: los autores recibirán un acuse de recibo de los originales enviados, que serán objeto de un informe de idoneidad de su publicación o no por parte del Consejo Editorial de Tehura, tal decisión será comunicada a los autores.

Envío de originales (para no registrados): se enviará el original en formato .doc, indicando el autor, la dirección de contacto, correo postal, e-mail, teléfono.

Presentamos el número seis intentando continuar cumpliendo con la necesidad de estar reunidos y siempre tratando temas de interés que puedan seguir sumando a tantos “cualquiera” que desconocemos, pero que es ese “cual” que “se quiere” (según escribió Giorgio Agamben). Aquí preferentemente hemos abundado en bloques de narrativa, tal vez por no dejar de obedecer al pensamiento borgeano que destaca al cuento como ese breve espacio que desde la literatura se intenta sustraer de “el tiempo”. Carlos Mamonde, Mariela Salaberry, José María García Pérez y Martín Llade, sostienen esta aventura.



La poesía cumpliendo su primordial cometido de arrebatarle su normalidad a las palabras está bajo control de Miguel Pelayos. Una aproximación al ensayo sobre Walter Benjamín la expone Darío Barboza Martínez. Nicolás Gálvez Gutierrez se ocupa de comunicarnos su perplejidad cuando una vocación de “ser estético” se propone justificar al crimen en “La sogá” de Alfred Hitchcock.

Antonio Heredia, en “Éloignement” expone un agudo extracto del segregacionismo oficial francés.

El diseño en “Vinilo de corte”, de Rotupia ajusta la relación entre materiales, forma y uso, ponderando al “vinilo” por su bajo costo y por sus propiedades plásticas.

El sostén gráfico del número seis de Tehura está a cargo de Eva Petruzzi Villén.

